

La presente obra nos ofrece una visión amplia y penetrante de los pueblos célticos, desde su cristalización en la noche de los tiempos, hasta su impetuosa entrada en la Historia. Las correrías, las luchas, las costumbres, la religión, el arte y la extraña mitología de una raza dotada de una personalidad fulgurante y única, sin parangón posible con los otros pueblos de la antigüedad.

Para nosotros, el conocimiento de los celtas —a los que un famoso autor calificó de alegres, poéticos, piadosos, crédulos, sagaces, patriotas, gregarios, valientes, indisciplinados, indolentes, amables, avisados y tercos—, es más apasionante, si cabe, porque su sangre dejó honda huella en la Península.

El autor, Mariano Fontrodona, ha publicado ya otras obras en Editorial Bruguera: *Rusia en tinieblas*. *El fin de los Romanov* y *La Larga Marcha*. *El nacimiento de la nueva China*. Doctor en Derecho, Licenciado en Ciencias Políticas y en Sociología, graduado en Periodismo y Estudios europeísticos, ha colaborado en las revistas *Testimonio*, *Destino*, *Revista de Estudios Políticos*, *Revisione*, y actualmente sigue publicando trabajos sobre cuestiones diversas en *Historia y Vida* y *Nueva Historia*.

Mariano Fontrodona

LOS CELTAS Y  
SUS MITOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Barcelona • Bogotá • Buenos Aires  
Caracas • México

© **Mariano Fontrodona - 1978**

Texto

© **Luis Albers - 1978**

Cubierta

La presente edición es propiedad de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

1a. edición: febrero, 1978

Impreso en España –  
Printed in Spain

ISBN 84-02-05502-8  
Depósito legal: B. 48.962 – 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Carretera Nacional 152, Km. 21,650  
Parets del Valles - Barcelona - 1978

Scan: Urijenny  
Revisión: Warlok72  
Agosto/2004

1

**LOS PUEBLOS CELTAS HACEN SU APARICIÓN EN LA  
HISTORIA**

## El enigma de los celtas

Con muy escasa precisión y un cierto tono, habitualmente despectivo, los escritores clásicos llamaron celtas o galos —de manera indistinta— a los pueblos de tez blanca que habitaban al norte de sus fronteras. Recordemos la lapidaria frase de Tácito, para quien eran bárbaros, es decir extranjeros, todos aquellos pueblos que comían pan de centeno en lugar de pan de trigo, que cocinaban con grasas de animales en vez de hacerlo con aceite de oliva, y que bebían cerveza u otros brebajes fermentados, pero no vino. Dicho en otras palabras, que no poseían las tres plantas básicas de la cultura mediterránea, a saber, el trigo, la vid y el olivo.

Posteriormente —como ha escrito Fay-Cooper Colé<sup>1</sup>—, el término «celta» quedó restringido a ciertos grupos de habla afín, lo cual, en conjunto, constituía una ramificación de la lengua aria o indoeuropea. Y con el tiempo vino a darse el nombre de celtas a un grupo étnico, o subraza, poseedor de una lengua característica y distinta. Aunque la verdad es que ellos jamás se dieron a sí mismos el nombre de celtas.

Parece ser que la primera denominación que recibieron los celtas fue la de «hiperbóreos», que les atribuyeron los griegos, y así llama Heráclides del Ponto a los galos que invadieron Roma, allá por el año 390 a.C. No obstante, hay que tener en cuenta que los griegos designaban de la misma manera a todos los pueblos del noroeste de Europa.

A partir del siglo v de nuestra era los griegos comenzaron a usar el término *keltoi*, así como *keltai* y *galatai*. Por su parte, los autores romanos usaron las denominaciones *celtae*, *celtici* y *galatae*, tomadas evidentemente de los griegos, a las que añadieron un nuevo vocablo: *galli*.

El erudito Arbois de Jubainville<sup>2</sup> afirma que las voces *keltoi* y *keltai* equivalen a los calificativos «altos» y «nobles», pero que la palabra latina *galli* quiere decir «guerrero». La verdad es, empero, que no hay unanimidad alguna en este terreno. Algunos investigadores<sup>3</sup> creen firmemente que *galli* es sinónimo de «montañés». Y otros autores sostienen la teoría de que, en un principio, se usaban las palabras *keltai* y *keltoi* para señalar a todos los pueblos de raza celta. Luego, en una diversificación ya de los conceptos, con la voz *galli* se definió a los celtas de Europa, y con la palabra *galatae* a los del Asia Menor. No cabe duda, en todo caso, de que fue Catón el que primeramente usó el término *galli*. En cuanto a Julio César, consideraba como galos a todos los pueblos de este lado del Rin, y creía que galos y celtas equivalían a lo mismo.

En el campo de la antropología, el confusionismo y la disparidad de los criterios no son menores. La escuela de Broca<sup>4</sup>, apoyándose en el testimonio de los historiadores antiguos, considera como el solar de la más pura raza celta a la región comprendida entre los ríos Sena y Carona, por un lado, y el mar y los Alpes por otro. Por consiguiente, estos antropólogos franceses opinan que los actuales habitantes de Auvernia son el arquetipo de aquella raza. Describen su talla como menos elevada que la de los belgas y otros pueblos celtas más septentrionales, con el cabello negro o castaño, los ojos grises, verdes o claros. Son braquicéfalos, de considerable capacidad craneal, frente ancha, aunque con el cráneo anterior poco desarrollado si se les

---

<sup>1</sup> Fay-Cooper Colé: Artículo "Celtas" de la Gran Enciclopedia Durvan. Bilbao, 1962.

<sup>2</sup> H. Arbois de Jubainville: *Les Celtes*. París, 1903.

<sup>3</sup> A. Fernández Guerra: *Cantabria*. Madrid, 1873.

<sup>4</sup> Pierre Paul Broca: Antropólogo francés, fundador de la famosa École d'Antropologie, considerado como el padre de la moderna craneología.

compara con otros individuos de inferior capacidad craneal. El occipucio alcanza casi la vertical, y las protuberancias superciliares son muy marcadas. El arco zigomático —el formado por la apófisis zigomática del hueso temporal, en su cara externa— es de los más ocultos entre los conocidos. La cara aparece ensanchada con relación al cráneo, algo aplastada y de forma rectangular. Los pómulos suelen ser muy marcados y separados, y la mandíbula inferior presenta una forma cuadrada. El conjunto da la sensación de una cabeza grande, sobre un cuello relativamente estrecho. Por lo que respecta a los miembros, son fuertes, de bastante grosor y perfectamente musculados.

Frente a esta teoría, excesivamente perfilada, un gran prehistoriador, como Pedro Bosch Gimpera<sup>5</sup>, entre otros autores<sup>6</sup>, apunta la hipótesis de que los celtas fueran un pueblo resultante de la fusión de muy variados elementos, muchos de ellos incluso ni siquiera indogermánicos, y «sin ninguna unidad antropológica». Con esta teoría se explicaría que, no obstante el carácter indogermánico de la lengua —a caballo entre las lenguas germánicas y las itálicas e ilíricas— y pese al tipo antropológico netamente nórdico de los esqueletos hallados en las grandes sepulturas de caudillos Célticos de la Champaña (segunda Edad del Hierro en Francia), en todos los territorios célticos abundan tipos antropológicos variados y diversos. Bosch Gimpera pone en la picota el excesivo dogmatismo de la escuela antropológica francesa de Broca, que ha configurado a los celtas como braquicéfalos, tomando como sus indiscutibles representantes o sucesores a los braquicéfalos de la actual región de la Auvernia, cuando lo más probable es que dichos tipos raciales no sean otra cosa que los descendientes de los primitivos pobladores indígenas de aquella zona, antes de los movimientos y migraciones de los celtas.

Entre los actuales tratadistas se suele considerar a los celtas como una subdivisión de los caucásicos. Se describe a los sujetos de tipo céltico como gentes de cabello castaño o rojizo, algo menos rubios y no tan dolicocefalos como los nórdicos puros, bastante altos y esbeltos, con cierta característica de agudeza en las facciones. Coon<sup>7</sup>, acertadamente, los cataloga como «tipo periférico de los nórdicos».

Pero, raza o subraza, con unidad antropológica o sin ella, fueran o no resultado de la fusión de muy variados elementos, los celtas tenían una naturaleza especial. ¿Quiénes eran realmente?, se pregunta un historiador. ¿Eran idénticos a los bárbaros germanos de las invasiones de comienzos de la Edad Media? ¿Eran teutones que emprendieron la aventura migratoria con mil años de anticipación?

La mejor contestación a todas estas preguntas sólo puede ser dada por las obras y la ejecutoria de los propios celtas; por sus correrías, sus instituciones y costumbres, su religión, su arte. Los testimonios que dejaron de su paso por la historia demuestran, sin dejar lugar a dudas, que los celtas tenían una personalidad extraña y única. El carácter y hasta los gustos de los celtas revelan un alma distinta, sin parangón posible con los de otros pueblos de la antigüedad.

---

<sup>5</sup> Pedro Bosch Gimpera: *Las razas humanas*. Capítulo "Los pueblos de Europa". Barcelona, Instituto Gallach, 1956.

<sup>6</sup> José de C. Serra-Ráfols. Alberto del Castillo Yurríta.

<sup>7</sup> S. C. Coon: Prehistoriador británico; realizó excavaciones en Europa, África del Norte y Afganistán.

## El origen de los celtas

«El proceso de las formaciones étnicas —ha escrito Bosch Gimpera<sup>8</sup>— parte de un estado en que la personalidad étnica no se halla todavía definida, de lo que puede llamarse un estado fluido, con posibilidades de evolución en diversos sentidos. Poco a poco se destacan grupos con una cierta personalidad embrionaria, que podríamos considerar como una etapa de “coagulación”, que va afirmándose hasta cristalizar en verdaderas familias de pueblos, o en pueblos en el sentido estricto de la palabra.»

En el neo-eneolítico, según el gran prehistoriador citado, y a través de grandes períodos de tiempo, aparecen ya formadas diversas familias étnicas. En el norte de África han cristalizado ya los pueblos llamados camíticos, y en el Próximo Oriente las familias semítica y asiánica. Entretanto, en Europa se han formado los pueblos denominados «indoeuropeos».

El parentesco de las lenguas indoeuropeas, junto con las analogías de las instituciones y caracteres, hizo que muchos creyeran en la existencia de una gran familia étnica. Mientras que en el paleolítico —o Edad de la Piedra— las formaciones étnicas se hallaban todavía en estado fluido, en el mesolítico —período de transición entre la piedra tallada y la piedra pulimentada—, comenzó la «coagulación» de los pueblos europeos, cristalizando la familia indoeuropea. En el occidente de Europa, «la indoeuropeización céltica» —en frase del profesor Bosch Gimpera— borró los sustratos étnicos anteriores, de los que subsistieron únicamente los pictos y los escotos, en el norte de Escocia. El centro y el norte de Europa quedó indoeuropeizado, borrándose las diferencias étnicas y comenzando muy pronto la «coagulación», con algunos grupos ya en vías de cristalización.

Durante el pasado siglo estuvo de moda, por decirlo así, entre los prehistoriadores, la teoría de un pueblo primitivo indoeuropeo —al que se denominaba *Urvolk*, con una lengua primitiva, *Ursprache*, y una patria común *Urheimat*. Schrader buscó esta mítica patria originaria en las regiones óntico-danubianas, Kossinna la persiguió en el norte de Europa. De esta lengua y este pueblo primitivos —según sostenía Schleicher<sup>9</sup>; en su divulgada hipótesis del «árbol genealógico»— se había diferenciado un grupo occidental —las lenguas del grupo *centum*—, y otro oriental —escitas y eslavos, con el grupo de lenguas *satem*.

Hoy día, apenas hay ya nadie que sostenga esta simplificación de gabinete. Schmidt ha demostrado que la difusión de los fenómenos lingüísticos indoeuropeos no solían seguir las direcciones del famoso «árbol genealógico», y que a veces se había difundido por oleadas, que podían haber sido borradas por otras que se entrecruzaban, como el movimiento del oleaje marítimo (*Wellentheorie*). Por otra parte, siempre fue extremadamente difícil localizar el sitio de aparición de la lengua primitiva imaginada por los citados investigadores, así como el solar de la «patria originaria» o *Urheimat*.

Los antropólogos, buscando afanosamente un tipo indoeuropeo, ayudaron también a complicar las cosas. Durante un tiempo, pretendieron identificar este tipo antropológico indoeuropeo con la raza nórdica —alta estatura, ojos azules, pelo rubio, cráneo dolicocefalo, etc.—. Pero los hechos, esas cosas tan molestas e implacables, como dijo un humorista, no se prestaron a ser descoyuntados en el lecho de Procusto de las teorías. Sucedió que, entre los esqueletos de culturas supuestamente indoeuropeas, había muchos de baja estatura y con cráneos que nada tenían de nórdicos.

---

<sup>8</sup> Pedro Bosch Gimpera: *Prehistoria de Europa*. Madrid, Ediciones Istmo, 1975.

<sup>9</sup> August Schleicher: *Die Sprachen Europas in systematischer Übersicht*. Bonn. 1848-1850.

A mayor abundamiento, la quiebra de las hipótesis que identificaban a los indoeuropeos con la raza nórdica se precipitó con las derivaciones políticas del pangermanismo y luego del tristemente famoso nazismo. Para los teóricos del Tercer Reich, los «arios» eran un pueblo de guerreros y de señores —*Herrenvolk*—, que tenían perfecto derecho a imponer su dominio a las llamadas «razas inferiores». Todo lo cual era un puro dislate, porque no se puede confundir a los indoeuropeos con los arios, puesto que los arios son los indoiranios —que éstos sí se llamaban a sí mismos nobles y señores—. Además, no es exacto que los pueblos indoeuropeos hubiesen sido siempre guerreros o pastores nómadas, ya que muchos de ellos —Bosch Gimpera señala a los danubianos— fueron pacíficos agricultores. Los descubrimientos arqueológicos han evidenciado la imposibilidad de reducir todos los pueblos del neo-eneolítico, del centro, norte y este de Europa, a un origen común. Originariamente sólo se pueden considerar como indoeuropeos a los grupos danubianos, y al grupo de la cultura de los llamados «vasos de embudo».

Los movimientos de los pueblos de las estepas interrumpió la cristalización de los indoeuropeos del norte y del centro de Europa; proceso que se reanudó en la Edad del Bronce. Y es precisamente en este período donde pueden encontrarse los antepasados de dos grandes pueblos indoeuropeos, que ya tienen nombre histórico: los celtas y los germanos.

Los más eminentes investigadores actuales de la Prehistoria están de acuerdo en afirmar, por otra parte, que la indoeuropeización de la Europa occidental se produjo a lo largo de diversas etapas, que van desde el final de la Edad del Bronce, a la Edad del Hierro. En aquellos remotos días, las expansiones y movimientos de los celtas borraron a los antiguos pueblos.

## La cultura de los túmulos

La arqueología ha rastreado las huellas de los pueblos celtas hasta lo más profundo de la noche de los tiempos. Dentro de la Edad del Bronce, las llamadas culturas de los túmulos franceses y de los túmulos alemanes (*Hügelgraberkultur*), han sido atribuidas unánimemente a los pueblos célticos en proceso de formación, que incidieron sobre los antiguos grupos indígenas de diversa naturaleza y los unificaron.

En una obra reciente de María Gimbutas<sup>10</sup>, se agrupan las culturas del centro de Europa: la cultura Unetice de Checoslovaquia, la de los túmulos y, ya en la transición a la Edad del Hierro, la cultura de los campos de urnas (*Urnenfelder*). En las dos últimas está enraizado el origen y desarrollo de los celtas.

Aproximadamente entre los años 1600 a 1300 a.C., se desarrolló la cultura de los túmulos en tierras de Alemania, estudiada concienzudamente por Reinecke y Schumacher. Se extendió por Baviera, el Palatinado superior y Bohemia, y luego pasó a Francia. Hacia el oeste, entró en Bélgica, el Franco Condado, Lorena, Borgoña y la región de Langres, alcanzando hasta Charente y, Normandía. Por el norte, llegó a Holanda, Westfalia, el Harz, Austria, la meseta suiza y Turingia.

Este período de los túmulos se puede denominar ya protocéltico, lo que significa que los grupos celtas estaban ya en trance de cristalización y fijación definitiva. Los prehistoriadores dividen la cultura de los túmulos en diferentes zonas: el Bajo Rin, Rin medio, Alsacia, Württemberg, Hessen, Luneburg, Baviera, Palatinado superior, etc. En muchos de estos enclaves

---

<sup>10</sup> María Gimbutas: *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*. París, 1965.



geográficos han aparecido poblados fortificados sobre las colinas, con sepulcros de inhumación bajo túmulos. Los esqueletos descubiertos se hallan en posición encogida. En la meseta de Suiza, el esqueleto se encuentra en ocasiones depositadas en ataúdes construidos mediante el método de vaciar troncos de árboles.

En este tipo de sepulturas se han encontrado enseres y armas, característicos de los inicios de la Edad del Bronce, a saber: puñales triangulares sin mango, hachas planas con bordes salientes, brazaletes de láminas de bronce enrollados en espirales, espadas de lengüeta con agujeros para ser adaptadas a las empuñaduras, etc. En Checoslovaquia, Austria y Hungría se han hallado en los túmulos espadas de empuñadura maciza, ligeramente abombada. En las tumbas de mujeres abundan los ornamentos, collares de bronce adornados con espirales y cuentas de ámbar, pectorales colgantes, alguno de ellos integrado por ocho cadenas entrelazadas en espiral, etc.

La cultura de los túmulos alemana se extendió hasta las tierras donde actualmente se asientan Austria, Hungría, Eslovaquia, e incluso Rumania.

En el norte de Francia, y concretamente en la Bretaña, existen grandes túmulos, que pueden situarse cronológicamente en los comienzos de la Edad del Bronce. Paradójicamente, estos túmulos, de enormes proporciones, contienen sepulturas de menor tamaño y pequeñas cámaras, construidas con piedras secas y con una falsa cúpula; así sucede, por ejemplo, en el de Mané Rumentur. En otros grandes túmulos —situados por lo general en la costa atlántica—, aparecen cámaras muy reducidas, hechas con losas de piedra, o simples cofres, como en el del Mont-Saint-Michel. El «mobiliario», que es el término usado por los arqueólogos, no presenta las riquezas de los túmulos alemanes. Tan sólo se encuentran flechas de sílex, triangulares y muy alargadas, con anchas aletas que no terminan en punta, llamadas flechas armoricanas.

La influencia centroeuropea se manifiesta poderosamente en los túmulos franceses de Le Cheylounet (Haute-Loire) y Le Castello (Côtes-du-Nord), en los que las hachas de bronce de filo semicircular, las espadas cortas y los puñales triangulares suponen una transición hacia el período pleno de la «cultura de los túmulos». Más tarde, en el grupo de sepulturas de Haguenau, en Alsacia, se encuentran ya vasos de forma esférica y cuello cilíndrico, con decoraciones mediante surcos y acanalados —detalle plenamente céltico—. También en la cuenca del Ródano existen tumbas con abundante cerámica, que presenta las típicas decoraciones célticas de meandros, zigzags, espirales, etc. A este grupo pertenecen las sepulturas de Grotte du Cimetière, en Tharoux, Baume Longue, en Dions, y Grotte Nicolás, en Russan.

En la época de la cultura de los túmulos, penetraron en tierras francesas, desde Alemania, estupendas piezas de orfebrería: los macizos y extraños brazaletes de Vieux Bourg Quentin y de Maignon, en Côtes-du-Nord, las sortijas y brazaletes con espirales de Rongères (Allier), etc. La forma espiral obsesionó siempre al pueblo celta.

En un profundo estanque de Nesny, en La Vendée, se encontraron cucharas y varias tazas sin asas. Probablemente fueron arrojadas al agua durante el curso de una de aquellas ceremonias de las que trataremos más adelante, en las que los celtas impetraban el favor de los dioses, mientras entonaban cánticos religiosos y hacían sonar sus largas y curvadas trompetas, de posición vertical.

A partir del año 1200 a.C., y en términos de aproximación, claro está, porque este tipo de cronología se mueve siempre en un campo de imprecisiones, comenzó a producirse un fenómeno proto-histórico importantísimo. La cultura de los túmulos se convirtió, lentamente, en la cultura de los campos de urnas, que los alemanes llaman *Urnenfelder*. En el centro de Europa hubo grandes movimientos de pueblos, empujados, yo me atrevería a decir que electrizados, por una raza que iba a realizar cosas asombrosas y a crear una leyenda imperecedera. Los celtas van

saliendo de las nieblas de la Prehistoria y van adquiriendo forma ante nuestra mirada atónita. En el seco lenguaje de los investigadores, se dice que los celtas estaban asentados ya en la Europa central, y que habían «cristalizado», surgiendo de una amalgama de antiguos pueblos.

Nos imaginamos a los celtas —alegres, poéticos, crédulos, valientes, indisciplinados, amables, indolentes y tercos, como los ha definido un historiador—, pugnando por salir de las filas anónimas de la Humanidad y por situarse en primer término en calidad de protagonistas.

## Los campos de urnas

Toda esta parte de nuestro estudio es como una gran danza de la muerte. Para saber cómo vivieron los hombres de aquellas remotas edades hemos de observar la forma en que fueron inhumados. La muerte nos ha dejado testimonios sólidos, pétreos, indelebles. La vida ha de ser imaginada, reconstruida idealmente sobre la base de los hallazgos arqueológicos.

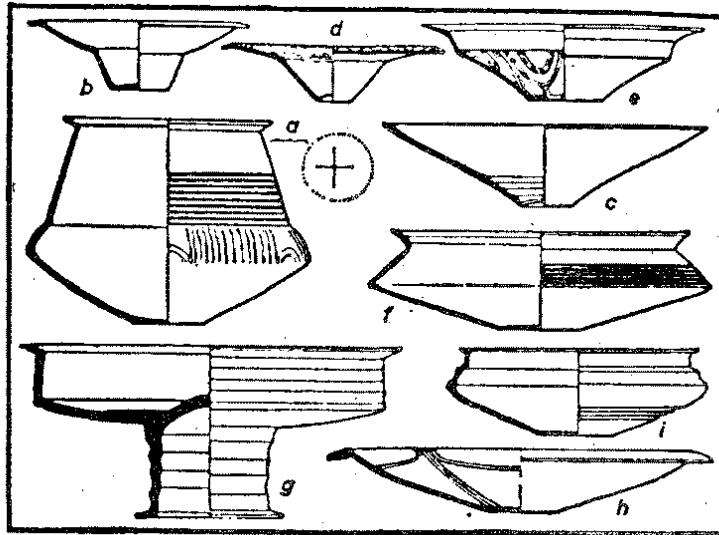
En la cultura de los túmulos, los cadáveres eran sepultados en tumbas, de mayor o menor tamaño, en cámaras, cofres o troncos de árbol ahuecados. Se les rodeaba de objetos y de armas para afrontar el gran viaje. A veces eran colocados horizontalmente, en otras ocasiones quedaban en extrañas posiciones encogidas. Luego se alzaba sobre la sepultura un imponente dosel de piedra.

En la cultura de las urnas, que se generalizó por casi todo el continente, prevaleció la incineración, que no es, desde luego, un invento moderno. Los cadáveres eran quemados y sus cenizas puestas en urnas, que se enterraban en hoyos no muy profundos. Una macabra siembra de urnas cubrió los campos de Europa. Los *Urnenfelder* son grandes cementerios en los que, de cuando en cuando aparece algún túmulo conmemorativo. Generalmente, cerca de estos cementerios encontramos grandes plataformas de piedra, donde los cuerpos eran previamente quemados. Y no lejos de los *Urnenfelder*, sobre algún cerro, aparecen las moradas de los vivos, rodeadas de fosos defensivos. Estas defensas, típicas de la cultura céltica, tienen forma de anillo y han sido denominadas *Ringwall*.

Behrens ha estudiado y catalogado la forma de esas urnas. Las más generalizadas tienen el cuello cilíndrico, con borde plano. El cuerpo es de forma globular o bicónica. Otras son bicónicas o esferoidales, sin cuello, pero con un borde saliente y la abertura muy ancha. Los pies de las urnas suelen ser muy estrechos, y junto a ellas no faltan nunca los platos troncocónicos, que se utilizaban como tapaderas.

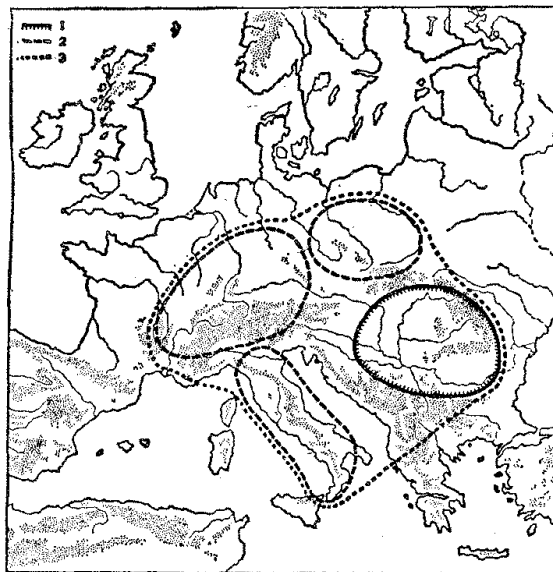
Los motivos decorativos de las urnas suelen ser anchos surcos paralelos, acanalados, a veces formando semicírculos, y situados normalmente en el cuello de la vasija. A menudo no existe «mobiliario» alguno, al revés de lo que sucedía en los túmulos. Pero también se han hallado espadas de bronce, de lengüeta o de empuñadura maciza, cuchillos curvados, agujas con una rara cabeza en forma de vaso y hachas tubulares. Todo ello en bronce; el hierro brilla por su ausencia, aunque en realidad esta cultura de los *Urnenfelder* es ya un período de transición a la nueva Edad del Hierro. Según Bosch Gimpera, la excepción se da en Cataluña, en la necrópolis de Can Missert, de Tarrasa.

Los campos de urnas no son, empero, privativos de los celtas. Se dan también en la llamada cultura de Lusacia, situada al este de Europa, que al infiltrarse por Austria, Hungría y Moravia originó, probablemente, desplazamientos de los grupos célticos hacia el sur y hacia Italia.



Diversos tipos de vasos de barro, en los «Urnenfelder» (según Behrens).

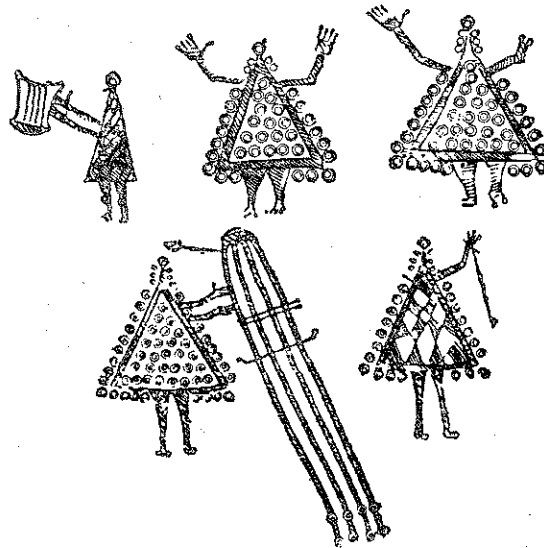
Sobre el mapa de Europa, la expansión de los campos de urnas funerarias dibuja un inmenso cuadrado, algo ladeado hacia el oeste, y con el lado superior paralelo a la costa atlántica de Francia, los Países Bajos y Alemania. El lado sur se proyecta desde el estrecho de Mesina, al final de la bota italiana, hasta el mar Negro. Pero se han hallado campos de urnas fuera de estas lindes. Los arqueólogos distinguen varios grupos regionales, con ciertas diferenciaciones: el de Bohemia, el de Hungría, el del Palatinado bávaro, el del Tirol septentrional, el de Badén, el de Suiza, el del norte de Italia, el de la cuenca del Danubio, el del Mosela, el de Lorena, los de Bélgica y Holanda, etc.



Expansión de las culturas con inhumación en urnas cinerarias, según Bosch Gimpera.

- 1) 3.000 a. C.
- 2) 2.200 a. C.
- 3) 1.800 a. C.

En Oldenburg y Hannover se han encontrado urnas funerarias con unos extraños dibujos, estudiados concienzudamente por Hoernes, pero cuyo significado no está muy claro. Son figuras humanas, con brazos, piernas y una cabeza diminuta. Suelen llevar los brazos alzados y abiertos, o bien sujetando algún objeto indistinguible. Pero lo más curioso es el cuerpo, o vestido, de las figuras, compuesto por un triángulo regular con círculos pintados o una especie de cuadrículados.



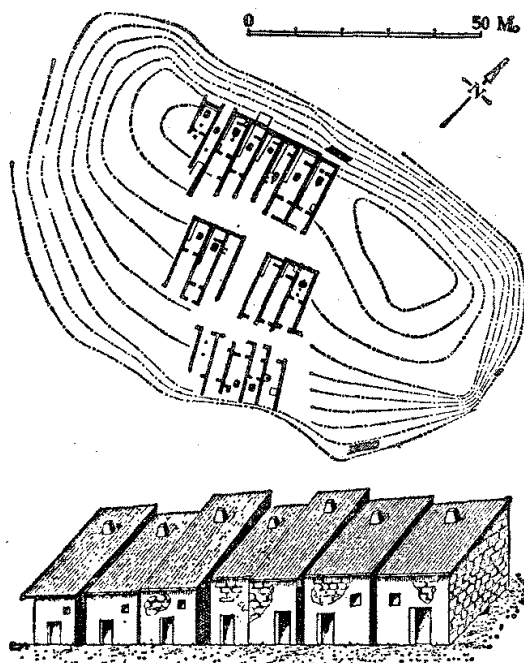
Extrañas figuras, en forma de triángulo, en las urnas funerarias de Oldenburg, Europa Central (según Hoernes).

La gran expansión de los campos de urnas es una clara demostración de la prosperidad y, paradójicamente, de la vitalidad de los pueblos célticos que los crearon. Es evidente que los celtas hicieron retroceder los límites de los germanos hasta el norte del río Elba. Para algunos prehistoriadores, los celtas llegaron hasta aquellas regiones septentrionales en busca de los mercados de ámbar, que codiciaban grandemente.

Hacia el sur, la cultura de los *Urnenfelder* se derramó por toda Francia. Hay necrópolis en Saboya, Borgoña, Saone-et-Loire, Allier, Languedoc, Toulouse. Haut-Garonne, Pyrenées Orientales, etc.

Los pueblos célticos de las urnas funerarias llegaron al Valle de Aran (necrópolis del Pía de Beret, próxima a Salardú) y a Navarra (necrópolis de Cortes). Parece ser que penetraron en Cataluña por el camino del Perthus (necrópolis de Agullana) y por el puerto de Bañuls (necrópolis de Vilars). Se han hallado campos de urnas en la Punta del Pi y en las cuevas del Mont Bufadors, cerca de Port de la Selva; en Parrali (La Escala); en la Bauma de Can Eures (Perafita), en Can Roqueta, Sabadell, y en otros lugares.

La más importante de estas necrópolis es, sin duda alguna, la de Can Missert, de Tarrasa. Pero los pueblos de las urnas penetraron más a fondo en la región catalana. Alcanzaron las comarcas del Alto Llobregat, (Santa Maria de Marlés), la Cerdaña, el Pallars, el Penedés (Vilafranca), Tarragona (Cornudella), las márgenes del Ebro (con el importante hallazgo de la Cova d'en Janet, en Tivissa; y el poblado del Molar). En Lérida aparece el poblado de Guissona y la necrópolis de Llardecans; en Huesca, el sepulcro de Presiñena, etc.



Planta y reconstrucción del poblado de Cortes de Navarra, de la época de los campos de urnas (según el prehistoriador J. Maluquer de Motes).

Bosch Gimpera hace notar que en Cataluña y Navarra existen nombres toponímicos terminados en *-du* (*dunum*, equivalente a castillo), de claro origen celta: Así, por ejemplo: Verdú, Salardú, Besalú, Navardú. También tienen procedencia céltica indudable Cogolls, Cogós, La Cogullada, y los nombres terminados en *-ac* (*-acum*), como Reixac, Masarac, Vulpellac, etcétera.

Perafita, o sea piedra que señala límite o frontera, procedente igualmente de los celtas. Se encuentra justo donde terminaba en Cataluña el territorio de la tribu de los bergistanos, y en la linde entre ausetanos y laietanos. En cuanto al resto de España, los nombres que establecen fronteras entre las tribus de los celtas son frecuentes: Piedrahíta, El Hito, Cofiñal.

Los prehistoriadores han rastreado y fijado, a todo lo ancho de la cultura de los campos de urnas, varios nombres de tribus célticas. Veamos algunos de tales nombres. Los *bibroci*, que ostentaban, como muchos celtas, una denominación totémica (el pueblo del castor), y que fueron encontrados por Aníbal en los Pirineos Orientales cuando marchaba contra Roma. Los *lemovices*, de Limoges, en Francia, que en tierras alemanas se denominaban *lemovii*, y que Tácito menciona. Los *menapios*, de Bélgica; los *ambrones*, de Jutlandia; y posiblemente los *rauracos* y *sequanos*, de Francia.

Es evidente que, en la época de los campos de urnas funerarias, los pueblos célticos habían conseguido ya una cultura notablemente desarrollada, y estaban bien organizados política y socialmente. Henri Hubert<sup>11</sup> afirma que la importancia y el poderío de los celtas en aquellos lejanos días se deducen de la introducción y aclimatación de muchas palabras celtas entre los pueblos germanos, como «rey», «embajador», «rehén», «juramento», y varios otros nombres relativos al contrato matrimonial, a las alianzas y federaciones entre tribus, y al comercio.

<sup>11</sup> Henri Hubert: *Los germanos*. México, UTEHA, 1955.

## Las tribus célticas en la época de la cultura Hallstatt

En el centro de Europa, durante la primera Edad del Hierro, floreció la cultura que se ha denominado de Hallstatt. Los investigadores establecen su momento de apogeo entre los años 800 y 700 a.C., y un período posterior que va desde el 700 hasta el 500. Reinecke, cuya cronología difiere de la de otros autores, denomina a estas dos etapas Hallstatt C y Hallstatt D, aplicando los términos de Hallstatt A y B a la anterior cultura de las urnas.

En todo caso, es incuestionable que el centro y hogar de la cultura Hallstatt radicó en Austria y las regiones limítrofes de Hungría. La explotación de las minas de cobre de Mitterberg, y de las minas de sal gema de Salzkammergut y Hallstatt —que ha dado nombre a esta cultura—, permitieron un floreciente y activo comercio con los pueblos de Italia —etruscos—, y hasta con los griegos.

Características de los pueblos célticos de Hallstatt son las ciudades fortificadas, algunas de ellas fuera de los límites de Austria, como la de Heuneburg, en Badén, próxima a Sigmaringen, con bastiones cuadrados que se proyectan fuera del muro, construido todo ello a base de ladrillos.

La necrópolis más importante de esta cultura es la del mismo Hallstatt, que contenía más de dos mil sepulturas. Debajo de los cadáveres fueron hallados restos de maderas. Algunos de los sarcófagos son de tierra cocida, denominados «bañeras» por los arqueólogos. Con frecuencia, en una misma sepultura se reúnen dos o más cadáveres; en ocasiones hasta seis. Lo extraño es que apenas se hallan enterramientos de mujeres o de niños.

Junto a las tumbas aparecen espadas, largas y cortas, correspondientes a períodos distintos, con la empuñadura en forma de seta e incrustaciones de oro. Las vainas de estas armas son también de gran riqueza y netamente célticas.

Del estudio detenido de estas tumbas, principalmente de las de Klein-Klein, en Estiria, los prehistoriadores deducen la existencia de una sociedad estratificada, con unas clases superiores de príncipes y guerreros, y otras inferiores de agricultores y mineros. G. Clark ha reconstruido gráficamente el poblado de Wasseburg Buchaum, en Würtemberg, que debió estar íntegramente dedicado a la agricultura y a la complementaria ganadería.

Se ha observado también que sólo las sepulturas de gentes de las clases superiores contienen armas, y aún no todas. Pero abundan la cerámica, los cuchillos de bronce y de hierro, las fíbulas, etc.

La altura fortificada de Sopron, Oedenburg, contiene unos doscientos túmulos, con algunas urnas parecidas a las de los *Urnenfelder*. Hemos hablado ya anteriormente de las extrañas figuras de algunas urnas, con cuerpo y vestido de forma triangular. En otras aparecen parejas humanas, jinetes cazando ciervos, hombres tocando el arpa, mujeres orando, carros agrícolas de cuatro ruedas, etc. En una tumba de Strettweg, de Estiria, se encontró un objeto de bronce muy raro. Consiste en una plataforma cuadrada, provista de cuatro ruedas, y sobre la cual hay varias figuras humanas. En el centro de la plataforma, y por entre los personajes, se alza un soporte rematado por un disco.

En las sepulturas de Vace, en la Eslovenia yugoslava, se han hallado frisos con escenas domésticas, muy bien desarrolladas, combates, y hasta un verdadero encuentro pugilístico. Y en Hesse, en la región forestal de Langen, cerca de Francfort del Main, ha aparecido una fortificación bastante complicada, a base de fosos y vallas de tierra, destinado todo ello, según parece, a proteger los sepulcros del centro.

Se supone que todos los dispositivos defensivos, que tanto abundan en la época Hallstatt, estaban destinados a detener las tremendas invasiones de los pueblos cimmericos, que procedían de Ucrania, y posteriormente, por las incursiones guerreras de los escitas, también venidas del este de Europa. Como puede observarse, la historia se repite a lo largo de los siglos. Recordemos la genial frase del gran Tácito, al principio de su *Germania*: «Toda la Germania está separada de las Galias, de Retia y de Panonia, por el Rin y el Danubio; de Sarmatia y de Dacia, [ahora diríamos Rusia y la Europa oriental], por algunos montes y por el mutuo temor...»

Del mismo modo que la cultura de las urnas, en la época de Hallstatt también pueden identificarse los nombres de varias tribus célticas. Los prehistoriadores se han esforzado en reconstruir los grupos celtas, ya cristalizados y fijados en dicha cultura. Pero hay que tener en cuenta que los nombres de dichas tribus nos han venido por fuentes muy posteriores. No obstante, la arqueología ha hecho retroceder la historia de los celtas en más de cinco siglos. Téngase en cuenta que el primero en hablar de esta raza, es Herodoto, en el siglo V a. C.

En la Alta Austria podemos localizar las tribus de los *tauriscos* y de los *ambisontes*; en Estiria los *amhidravi*; en Carintia, los *carni*; en el sur de Austria, los *pannoni*, los *osi* y los *aravisci*.

En tierras alemanas estuvieron asentados los *boios*, al sur del Main, sobre ellos estaban los *santones*; al norte de Badén los *helvecios*, que allí tuvieron su solar originario antes de pasar a la actual Suiza; en Württemberg los *vindelictos*; en el Ruhr los *insubrios* y los *rauracos*; en la confluencia del Rin y el Mosela, los *bituriges*; junto a la frontera de Holanda, los *pelendones*, entre otros varios.

## Los grandes movimientos de los celtas hacia Occidente

Los pueblos celtas eran ya, de por sí, inquietos y andariegos. No permanecieron mucho tiempo en los lugares de origen, donde «cristalizó» la raza, para usar un término caro a los prehistoriadores. Pero las presiones de los pueblos del este de Europa y luego las de los germanos les empujaron hacia el Occidente, en la época de la cultura Hallstatt.

Algunas tribus célticas, en sus movimientos migratorios, se cuartearon y dividieron, debido a lo cual encontramos sus huellas en zonas muy separadas entre sí. Los *bibroci*, de los que ya nos hemos ocupado, se bifurcaron hacia las tierras de Francia, dejando rastros de nombres toponímicos entre el Aisne y el Oise, y en Dijon. Uno de sus grupos pasó a Inglaterra y se estableció junto al Támesis, al oeste de Londres. También llegaron a la Bretaña francesa y a Irlanda. Varios clanes de los *bibroci*, que tenían como tótem protector al castor, llegaron hasta el Rossellón y levantaron sus poblados en la región del Conflent, donde, como ya hemos indicado, Aníbal los encontró en su celeberrima marcha contra Roma. Parece ser que algunos *bibroci* entraron en Cataluña y siguieron descendiendo hasta el Maestrazgo.

Los *senones* bajaron hasta el Sena y hasta el actual emplazamiento de París desde las regiones selváticas de las Ardenas y los Vosgos, mientras los *sequenos* se extendían desde Suiza al Franco Condado.

Un verdadero puzzle de tribus célticas de Alemania, se dirigió a regiones más al sur y más al oeste.

Los *nemetes* se asentaron en Nemours; los *aulercos* llegaron a Orléans y a Chartres; los

*turonos* dieron nombre a la Turena; los *eduos* se dirigieron a Borgoña, los *segusiavos* a Lyon; los *alóbrogos* se quedaron en la Saboya y el Delfinado.

Las tribus de los *voconcios* levantaron su hábitat en la orilla izquierda del Ródano; mientras los *arveni* escogían las tierras de la Auvernia, a la que dieron el nombre, los *petrocorii* se asentaban en el Perigord.

En el sur de Francia se produjo una mezcla de las poblaciones indígenas precélticas con las tribus migratorias. En la Gascuña aparecen los *tarusates*, en Tarbes, los *tarbellii*, en Toulouse, los *tolosates*, que son, probablemente, grupos pirenaicos celtizados.

En la segunda Edad del Hierro, los vóleos conquistaron la Provenza y el Languedoc. En el mismo período las tribus celtas de los «belgas» se extendieron hasta el Sena y el Marne. Luego, probablemente inquietados por los germanos, se movieron hacia el sur, marcando el camino de posteriores invasiones. Siguieron la ruta París-Poitiers-Angulema-Burdeos-las Landas-Béarn, hasta alcanzar los pasos del Pirineo vasco. Desde estos pasos siguieron el camino de Pamplona-Vitoria-Miranda de Ebro, hasta llegar a la meseta castellano-aragonesa. Parece que algunos pequeños grupos «belgas» penetraron hasta tierras extremeñas.

Algunos de los grupos belgas no eran de sangre celta pura, por haber entroncado con los germanos. Ya Julio César, con su proverbial perspicacia, dice que los belgas se distinguen de los restantes celtas de la Galia, por «tener mezcla de sangre germánica». Entre estas tribus figuran los *eburones*, los *segni*, los *poemani* y los *condrusii*, establecidos cerca de la costa de Flandes, los *nervii*, de la región de Bruselas, y los *tungri*, del norte de Bélgica, son también tribus mixtas. Es un hecho curioso que el actual territorio de Bélgica de habla flamenca coincide con las zonas hasta las que llegó la penetración germánica.

Es evidente que los celtas de la tribu «belga» eran grandes viajeros. Uno de sus grupos, los *cassi*, pasó el canal de la Mancha y llegó hasta Irlanda. En antiguas leyendas irlandesas se habla de los *Fir Bolg* —es decir «hombres belgas»—. El denominativo irlandés de Eire parece ser que deriva de otro clan belga, los *iverni*, que con los *bibroci* y los *menapios* —grupos pregermánicos de Holanda—, arribaron a la Verde Erín a finales de la época de Hallstatt. Hay que señalar que también en Irlanda anduvieron entreverados los pueblos célticos y los germanos. El clan Clan-na-Morna, perteneciente a los mencionados *Fir Bolg* u «hombres belgas» estaba constituido por los *morini*, germanos desplazados del norte de Bélgica, que se habían mezclado con elementos celtas.

En el norte de Francia ha podido registrarse igualmente el paso de las tribus belgas. En Amiens (Bajo Somme) se establecieron los *ambiani*; por la costa, hasta la desembocadura del Sena merodearon los *caletes*, y algo más hacia el interior vivieron los *veliocasses*. Entroncados con estos últimos figuran los *cassi*, que como ya hemos dicho, cruzaron el canal de la Mancha y se extendieron por el sur de Inglaterra y por Irlanda.

En otras regiones francesas han sido identificados, también, grupos de celtas belgas, como los *bellovaci* en Beauvais, los *viromandui* en las riberas del Oise y los *suessiones* donde actualmente se levanta Soissons. Para Bosch Gimpera es muy probable que fueran igualmente belgas los autrigones, que desde Francia, y en considerables contingentes, pasaron a España.

Después de las migraciones de los pueblos belgas, que ya hemos descrito aunque someramente, y cuando las presiones y las infiltraciones de los germanos en tierras célticas hubieron remitido, el continente europeo tuvo un par de siglos de relativa calma. En el período que va desde el siglo VI al V a.C., parece como si los hombres estuvieran un poco cansados de luchas y de correrías, como si la sangre céltica y la sangre germánica —motores de tantas agitaciones en la larga historia de Europa—, se hubieran enfriado sensiblemente.



La frontera céltico-germana fue fortificada en evitación de posibles invasiones. Anteriormente, en la época de la cultura llamada del *Eifel Hunsrück*, en el este de Francia, se habían dispuesto ya fortificaciones en Lorena, Mosela superior y Borgoña, abandonadas en el siglo VI. Luego se estableció una nueva línea de fortalezas defensivas a lo largo de las Ardenas, Eifel, Westerwald y Taunus, continuada por la parte oriental del Vogelsberg y al sur del Thüringer Wald. Los celtas de Francia vivieron durante largo tiempo en granjas y poblaciones abiertas de escaso número de habitantes. Pero al producirse nuevas tensiones con las tribus germánicas próximas, las viejas fortificaciones fueron ocupadas otra vez y hasta se construyeron algunas nuevas. En algunas de estas *oppida* o fortalezas se puede apreciar la superposición de dos construcciones, como por ejemplo, en Fort Harrouard, Normandía.

Ya es sabido que, en tiempos de paz, florecen la cultura y las artes. Entre los siglos VI y V aparecen en Francia los llamados «sepulcros de príncipes» (*Fürstengraber*), en Turena y en las tierras célticas del Rin, así como en ciertas regiones de Suiza y de Alemania.

En la cultura final del período Hallstatt, y en una transición hacia la segunda Edad de Hierro, es decir, la cultura de La Tène —que examinaremos luego—, llegan al mundo céltico muchos objetos procedentes del comercio con los griegos, e incluso del mundo etrusco. Marsella, fundada ya allá por el año 1600, es el eje de tales relaciones comerciales.

Por tierras de Francia, las rutas mercantiles a lo largo del Ródano se bifurcan en Lyon. Una ruta va hacia el interior de Francia y la otra se remonta hacia Suiza. En el Periplo Masaliota<sup>12</sup> se describe el curso superior del Ródano hasta el lago Lemán, y se menciona una ruta de mercaderes que, partiendo de Narbona, remontaba el río Garona llegando a la región de Burdeos, en la costa atlántica. En dicha costa, más al norte, se asentaba el mercado de estaño de las islas Oestrímnidas, de Bretaña. Los celtas seguían este derrotero marítimo, y también los tartesios, que iban a comprar el metal de Cornualles.

No cabe duda de que los celtas hispanos, sobre todo los de la región gallega, frecuentaban los mercados bretones, como se demuestra por las semejanzas notorias entre la cerámica y algunos objetos de la Península Ibérica y de la Bretaña. Algunos historiadores, como Taracena<sup>13</sup>, han señalado el parecido extraordinario entre los castros o poblados de Soria —con piedras hincadas a modo de glacis defensivo—, y algunos *hill forts* de Irlanda.

Todo este movimiento comercial queda evidenciado en los hallazgos efectuados en la costa de Provenza, hasta Narbona. En las cercanías de Marsella se han encontrado piezas jónicas, en Narbona cerámica corintia y etrusca, en Montlaurès cerámica ática con figuras negras, en el valle del Ródano bronce griegos, etcétera.

El descubrimiento más importante en este sentido tuvo lugar en Vix (Chatillon-sur-Seme), en la Côte-d'Or. Cerca de un *oppidum* o poblado fortificado, de los últimos tiempos de la cultura Hallstatt, apareció una gran tumba, con un túmulo de piedras de cuarenta y dos metros de diámetro por unos seis de alto. En la cámara funeraria, medio excavada en el suelo y cubierta por entablado de madera, se hallaron objetos hallstáticos junto a fragmentos de cerámica ática de figuras negras. En uno de los ángulos de la cámara había una gran cratera o recipiente de bronce, de más de metro y medio. En el centro de la tapadera que la cubría apareció la estatuilla de una mujer cubierta con un manto. La figurita es de gran belleza y se supone que puede tratarse de la diosa Artemisa, que en Siracusa simbolizaba a la patrona de los caballos de batalla. Además de la

---

<sup>12</sup> Se denomina Periplo Masaliota al relato del viaje de Piteas de Marsella, por las costas occidentales de Europa y hasta el mar Báltico. Masalia o Massalia es el antiguo nombre de Marsella.

<sup>13</sup> B. Taracena: *Tribus celtibéricas: Pelendones*. Homenaje a Martins Sarmento, 1933.

crátera, había en el recinto copas de plata, copas áticas, jofainas de bronce y, alineadas en la pared opuesta, cuatro ruedas de carro con sus tambores.



Estatuilla que figuraba en la parte superior de la gran crátera hallada en la tumba de Vix, en Chatillon-sur-Seine (Côte-d'Or).

Justo en el centro de la cámara mortuoria se encontró un esqueleto humano femenino, correspondiente a una mujer de unos treinta y tantos años, ricamente enjoyada. En la cabeza ostentaba una diadema de oro, sobre el abdomen un gran collar de bronce, brazaletes de perlas de ámbar y de pizarra, torques y anillos en los tobillos, etc. Los restos de la llamada «Dama de Vix» debieron haber sido sepultados sobre la caja del carro, ya muy destrozado, que correspondía a las mencionadas ruedas. Los adornos de la crátera y las figuras de hoplitas y cuadrigas pertenecen, sin duda alguna, al arte griego arcaico. Los investigadores han argumentado que dicho recipiente pudo haber sido fabricado en Laconia, o en alguna colonia griega de Italia, posiblemente Tarento.

2

## **LA CULTURA DE LA TÈNE**

## La Tène

La Tène es una antigua población, actualmente deshabitada, situada junto al lago de Neuchâtel, en Suiza. Los prehistoriadores discuten todavía si era un verdadero palafito —es decir, si tenía características totalmente lacustres y estaba asentada sobre una plataforma soportada por pilastras—, o si estaba en tierra firme, constituyendo una minúscula península rodeada de agua por sólo tres de sus lados. En los lagos de Suiza y del norte de Italia abundan estos palafitos, *Pfahlbauten*, algunos de los cuales tenían bastante cabida y permitían albergar a un considerable número de habitantes. El de Hagneck, que es prototípico, está enclavado cerca de la orilla, en el lago de Biene, y se comunica con el exterior por un puente o malecón de sesenta metros de largo.

En todo caso, se trata sin duda de un puesto militar, en un paraje estratégico, muy bien escogido desde el punto de vista de la defensa, un «*oppidum* helvético», como lo ha definido Gross. Poco antes de nuestra era, según las últimas apreciaciones, y después de una existencia de unos cuatrocientos años, fue abandonado y destruido.

Algún historiador ha insinuado la hipótesis de que podría tratarse de lo que el doctor Keller ha denominado «viviendas enfajinadas», frecuentes también en los lagos de Suiza y parecidas a las fortificaciones de los galos que describe Julio César, o a los típicos *crannogs* de Irlanda y de Escocia. En ellos, la plataforma base descansaba sobre fajinas amontonadas y sumergidas en el agua.

Desde mediados del pasado siglo se han venido recogiendo, y estudiando, materiales arqueológicos procedentes del antiquísimo poblado de La Tène. Sin embargo, los mayores descubrimientos, que dieron pie a los más profundos análisis, datan de los años 1907 a 1917. Nos referimos a los trabajos inapreciables de Vouga y Wavre. De ellos, los estudiosos han deducido que La Tène estuvo habitada por un grupo militar celta, que imponía su autoridad a placer sobre el territorio cercano, y que obligaba a cuantos pasaban por allí a pagar el peaje del río Ródano al Rin. En efecto, al norte de La Tène las aguas se dirigen hacia el lago de Thoune y, en una segunda fase, hacia el Rin. Por otra parte, las del lago de Neuchâtel entroncan con el lago de Ginebra, y desde él con el Ródano.

Como ha dicho un autor, los celtas no tenían un ritual, un estilo fijo de urbanización, como por ejemplo, los etruscos y los romanos. Puesto que solían ser minoría en las tierras que ocupaban o invadían, se veían obligados, por puro instinto defensivo o de conservación, a protegerse con murallas o con el astuto sistema de construir sus viviendas dentro del agua; esto es, los palafitos. Naturalmente, estos tipos de hábitat no eran exclusivos de la raza céltica. Otros pueblos prehistóricos los utilizaron, e incluso en la actualidad siguen haciéndolo algunos pueblos aborígenes.

Los celtas adoptaron las edificaciones lacustres, como es obvio, en los lugares que se prestaban a ello, como Suiza y el norte de Italia. En otros terrenos, secos y pedregosos, como España, es decir, la Iberia de entonces, o la Galia, construían poblados sobre colinas y los fortificaban concienzudamente.

Ahora bien, de los palafitos celtas nos han llegado, a través de los tiempos, muchos más objetos arqueológicos que de los poblados. Los fortines célticos de las colinas, típicos de la

Península Ibérica y de Francia, fueron saqueados y quemados por los romanos —maestros en estos menesteres—, y luego por las restantes razas guerreras—. Apenas quedaron reliquias de clase alguna en las que el futuro historiador pudiera hincar el diente de su curiosidad científica. En cambio, de los palafitos cayeron al agua de los lagos y se hundieron en el cieno, día tras día, enseres, armas, objetos de la vida común y corriente. Y el cieno los conservó para delicia de los arqueólogos modernos. Los conservó, todo hay que decirlo, incluso mejor que el aire, que oxida el hierro implacablemente.

He aquí cómo la estación lacustre de La Tène representa el apogeo de esa edad. Había recibido influencia escita por medio de la cultura de Hallstatt, griega a través de Massilia (es decir, Marsella, a lo largo del Ródano), y etrusca a lo largo del río Po (ruta de los argonautas).

Desde La Tène, la cultura céltica irradió en todos los sentidos de la rosa de los vientos: Hacia Bohemia, hacia las Islas Británicas, hacia Francia, la Península Ibérica, etc. Incluso en Grecia y en Asia Menor se encuentran fíbulas de La Tène. La industria prehistórica de este poblado imprimió un peculiar sello al segundo período de la Edad del Hierro. Cabe añadir, también, que esta cultura presenta muchas semejanzas con la aportación cultural de los galos en la cuenca del Marne.

Tischler<sup>1</sup> ha dividido la cultura de La Tène en tres grandes períodos, a saber: La Tène I, II y III, basándose en la forma y características de los objetos hallados, principal y esencialmente las espadas y las fíbulas (agujas imperdibles).

La Tène del primer período presenta espadas de hierro, con espiga y vaina de bronce. En las fíbulas aparece una pequeña cabeza de animal y un pie alto.

En el segundo período la vaina de la espada no tiene anilla, sino un simple reborde adherido al cuerpo de la vaina. Las fíbulas se aproximan más a la forma de arco.

Finalmente, el tercer período nos proporciona unas espadas con la vaina formada por travesaños de hierro, y la contera redondeada. En las fíbulas, el pie se une al arco, formando un solo cuerpo y terminando, por lo común, con una cabeza de serpiente.

Estos tres períodos de La Tène se sitúan, aproximadamente, en los años 500, 300 y 100 a.C. No obstante, Reinecke<sup>2</sup> se inclina por la división en cuatro períodos, que enumera A, B, C y D. En realidad se trata de la misma sistematización de Tischler, pero con el período I subdividido en dos etapas.

## Las espadas y los cascos celtas

Parece ser que este enjambre de gentes y de tribus diversas a las que llamamos celtas, permaneció establecido en la Europa Central desde los primeros días de la época neolítica. En la Europa infrapoblada del segundo milenio antes de la era cristiana, las diversas tribus celtas vivían, aletargadas, en las tierras que modernamente han constituido la nación alemana. Hacia el final de la Edad del Bronce, como ha explicado elocuentemente Schaeffer<sup>3</sup>, Europa disfrutó de un raro y largo período de paz. En los túmulos funerarios de la región de Hagenau, en Alsacia,

---

<sup>1</sup> Prehistoriador y arqueólogo alemán. Realizó estudios sobre La Tène, y en especial sobre la evolución de las fíbulas encontradas allí.

<sup>2</sup> P. Reinecke: *Zur Chronologie der zweiten Hälfte des Bronzealters*. Leipzig, 1902.

<sup>3</sup> F. A. Schaeffer: *Les tertres funéraires préhistoriques dans la Forêt de Hagenau*. París, 1926.

correspondientes a la mencionada Edad del Bronce, apenas si se encuentran armas. En realidad no había enemigos, ni guerras. ¿Para qué hacían falta las espadas?

Pero, de pronto, en medio de estas gentes, más entregadas a la pacífica agricultura que a otra cosa, comenzaron a moverse grupos de soldados y guerreros. Eran los celtas, inicialmente también dados al cultivo de la tierra y al pastoreo, pero que rechazaron la vida sedentaria. Como el halcón sobre su presa, los aguerridos celtas cayeron sobre los ilirios, los latinos, los ligures, los iberos, etc. Avanzaron y retrocedieron, lucharon con varia fortuna, saquearon Roma y hasta el santuario de Delfos, llegaron a regiones casi remotas, dada la época, como Irlanda, Hispania y Asia Menor.

Ignoramos todavía, pese a la copiosa bibliografía y al notorio avance de la arqueología, si estos celtas inquietos y luchadores constituían un tipo étnico único o eran una aglomeración circunstancial de varias razas. Parece que no existía una absoluta unidad étnica. Algunos celtas fueron, al parecer, braquicéfalos y morenos, mientras que otros eran dolicocefalos y rubios. En el País de Gales abundaban los morenos y en Irlanda predominaron los rubios. Sin embargo existía, claro está, lo que hoy llamaríamos «el tipo estándar». Para los romanos un celta tenía que ser, reglamentariamente, muy rubio y muy alto. Suetonio<sup>4</sup>, que no tenía pelos en la lengua y le agradaba poner a los divinizados Césares como chupa de dómene, cuenta que Calígula, para celebrar una imaginaria campaña contra los germanos y los celtas, había mandado traer a unos cuantos cautivos galos, de gran talla, y les había hecho teñir el cabello del color del trigo maduro.

Pero, con unidad étnica o sin ella, los pueblos célticos tenían una lengua uniforme, o una serie de formas lingüísticas esencialmente semejantes. Las inscripciones celtas confirman esa unidad del lenguaje. No obstante, aparecen ciertas diferencias en el habla de los celtas de distintas regiones: Galia, Hispania, Italia, etc. «Son diferencias de menor cuantía —escribe con gracejo Pijoan<sup>5</sup>—, pero a veces originan confusión. Acaso la más importante de estas malas interpretaciones es la que se encuentra en las primeras líneas de los *Comentarios* de Julio César, al describir sus guerras con los celtas de la Galia. Dice, o parece decir, que los habitantes del norte de Francia se llamaban a sí mismos celtas, pero que los romanos les llamaban galos: “*Qui ipsorum lingua Celtæ riostra Galli appellantur*”.

»Se han hecho infinidad de suposiciones —sigue diciendo Pijoan— para explicar la etimología de la voz “celta”, todas descabelladas, y aún más para explicar la voz “galo”. Pero lo gracioso es que, finalmente, nos hemos dado cuenta de que celta o galo son dos variantes dialectales de una misma palabra; mejor dicho, dos pronunciaciones provinciales de una misma voz, y que, hasta es probable que, lo que César quiso decir, en buen latín, es que lo que los bárbaros pronuncian “celta”, los romanos lo pronuncian “galo”.»

El temperamento inquieto, aventurero y aguerrido de los celtas les unía por encima de la raza, de la lengua y de la distancia. En todas las ruinas arqueológicas de los celtas y, desde luego, en La Tène se encuentran armas y principalmente espadas.

La mayor parte de los objetos descubiertos por Vouga<sup>6</sup> y Wavre, desde 1907 a 1917, en el poblado de La Tène, fueron espadas. El óxido y el moho las habían adherido de tal manera a la vaina que fue prácticamente imposible separar ambas partes. Los mangos y empuñaduras, que debieron ser de madera, desaparecieron roídos por el tiempo implacable. Del fondo de las vainas sale el fleje o punzón de hierro que penetraba en el puño de la espada. La característica de tales

---

<sup>4</sup> Cayo Suetonio Tranquilo: *Los doce Césares*.

<sup>5</sup> José Pijoan: *Summa Artis* tomo VI Madrid, Espasa Calpe, 1953.

<sup>6</sup> P. Vouga: *La Tène*. Neuchâtel, 1923.

espadas es su extraordinaria longitud. Las espadas de La Tène contrastan con las cortas espadas de bronce de la cultura de Hallstatt. Parece probado que los celtas de La Tène se aprovecharon, e incautaron, de las antiguas fundiciones que otras tribus con conocimientos metalúrgicos habían instalado en los próximos montes del Jura.

La larga espada de hierro debió ser uno de los motivos de las fulgurantes victorias célticas. Su arma secreta, como diríamos ahora. El historiador romano Polibio, cuando describe la campaña del cónsul Cayo Flaminio contra los celtas insubres, o insubríos —que fueron los primeros en cruzar los Alpes, estableciéndose en la Galia Transpadana, en Mediolanium (Milán)— allá por el año 223 a. C, cuenta que las espadas de los guerreros bárbaros se plegaban o torcían, y que quienes las esgrimían se veían obligados a enderezarlas con el pie. Lo cual puede ser indicio de que el hierro no estaba bien templado. Pero sea como fuere, lo cierto es que los romanos acabaron por adoptar estas largas armas, que permitían herir al enemigo desde más lejos. Por su parte, Tito Livio explica que, en la famosa batalla de Cannas, los iberos y los galos usaban largos mandobles; pero que los segundos se dedicaban a repartir tremendos tajos.

Otro autor romano de envidia, Plinio el Viejo, ensalza a los celtas como grandes metalúrgicos. Cuenta que, en la gran invasión de los galos del año 387, bajo el mando de Belloviso, los atacantes disfrutaban de muchos datos relativos al dispositivo romano de defensa gracias a un herrero helvético —precursor de los modernos y sofisticados espías— llamado Elicón, que había ejercido su oficio en la propia Roma.

Lo típico de las espadas célticas encontradas en La Tène son los adornos cincelados en la vaina, o las aplicaciones de fundición sobre la misma. En cambio, son rarísimas las vainas que muestren grabados. Esencialmente, la decoración se concreta a líneas espirales, geométricas, con pocas rectas y muchos círculos. Está dispuesta en la parte alta de la vaina, o en la contera o parte inferior. Las curvas son simplemente lineales, sin tomar formas de animales, ni apenas de plantas. Bienkowski<sup>7</sup> dice que los rizos y las curvas recuerdan a veces vagamente los tallos de la vid o de las enredaderas, y hasta acaso algunos animales heráldicos, pero tan estilizados que son irreconocibles. Existen también algunas vainas, las más elaboradas, que presentan piezas repujadas añadidas, y aplicaciones de esmaltes y corales.

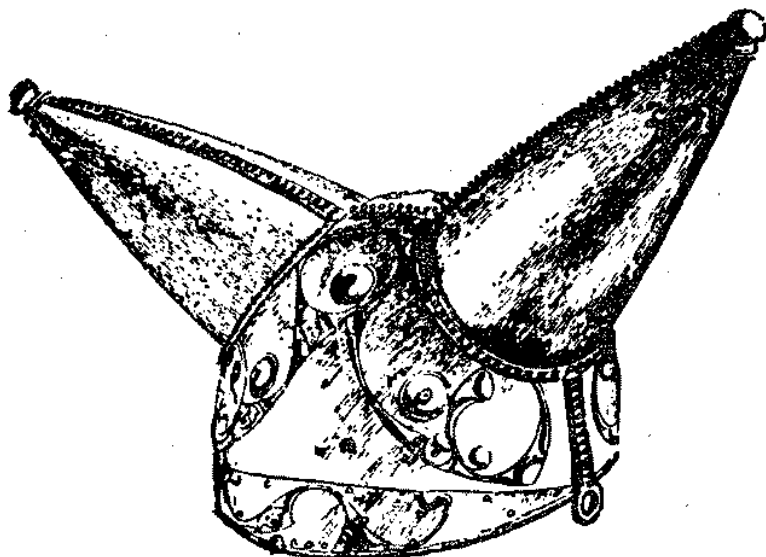
Los celtas de la época de La Tène llevaban las espadas al costado derecho, colgando de un amplio cinto mediante sólidas anillas. A fin de que no se arrastraran por el suelo, entorpeciendo los movimientos del combatiente, parece ser que las sujetaban con la mano, empujando la empuñadura hacia abajo hasta que quedaban casi horizontales. En la otra mano, los guerreros celtas empuñaban las armas arrojadizas. No parece que hubieran adoptado las armaduras, y los autores romanos se complacen en decir que los celtas gustaban de pelear desnudos, cosa que parece un tanto exagerada. Ahora bien, lo que sí usaban era el escudo, de enormes proporciones, acarreado frecuentemente por un auxiliar, esclavo o escudero, y sobre todo, el casco.

Los cascos celtas son en extremo interesantes. Son de bronce y presentan dos protuberancias laterales a modo de cuernos. Es criterio de los historiadores que esta forma de los cascos estaba destinada a dar a los guerreros un aspecto de gran ferocidad. En muchas tumbas de jefes celtas y galos se han encontrado cascos más o menos bien conservados. Pero el más célebre, y de gran belleza, es el llamado «casco del Támesis», que fue descubierto por unos obreros mientras construían los cimientos del puente de Waterloo, en Londres. Está formado con piezas ensambladas, o roblonadas entre sí, y parece que originariamente se adornaba con esmaltes ya desprendidos. Las curvas que lo adornan, delicadamente trazadas, tienen una vaga reminiscencia

---

<sup>7</sup> P Bienkowski: *Les Celtes dans les arts mineurs greco romains*, 1928.

vegetal, sin concretar nada. Son asimétricas y fantásticas, al modo celta, y nos demuestran el peculiarísimo espíritu de aquel gran pueblo.



El famoso casco bicorne llamado «del Támesis», por haber sido hallado en este río, junto al puente de Waterloo. Perteneció, sin duda, a un caudillo celta, y se supone ejecutado entre los años 30 y 10 a. C.

No es el casco del Támesis el único casco céltico con apéndices en forma de cuernos. Algunos presentan, además de las piezas corníferas, un tridente central, que debía dar aspecto imponente a quienes los llevaba. Parece que se fabricaron en la Galia Cisalpina, y en algún raro ejemplar hay, ensamblada, una corona áurea netamente etrusca.

Aparte de los cascos de guerra se han encontrado otros de más pacíficos usos. Tienen forma de gorro y están provistos de una corta visera por delante y un protector para la nuca en la parte posterior. En el museo del Louvre se exhibe uno de ellos, hallado en Amfreville-sous-les-Monts, literalmente cubierto de adornos asimétricos. Las espirales enlazan una con otra, sin orden ni mérito aparente. Probablemente en su origen debía ser policromado, con esmaltes engarzados, lo que debió conferirle una suprema belleza. A cada uno de sus lados llevaba adosada una pieza protectora de las orejas.

Este tipo de cascos servía, probablemente, como adorno para fiestas y paradas militares, o acaso para honrar y embellecer a los jefes muertos en combate. En el también famoso casco procedente de la tumba de La Gorge-Meillet hay una elevada punta cónica, que rememora ciertos cascos orientales. El motivo central y reiterado de los adornos es la famosa esvástica aria, símbolo solar. Los alvéolos laterales debieron encerrar adornos de coral. El temperamento artístico y colorista de los celtas les inducía a poner una nota de rojo coral sobre el dorado bronce.

En ciertos cascos galos, también hechos de bronce, los cuernos superiores adoptan forma estilizada de alas, y el centro está rematado por un tridente o un doble agujón. En la parte inferior, justo sobre la corta visera, una corona de hojas de oro magnifica estas piezas soberbias.

En los cascos de las sepulturas celtas de Berra, en el Mame, los motivos de decoración repujados adoptan la típica forma de espirales, pero parece que quieren imitar los adornos



griegos. Da la impresión de que los celtas se hubieran esforzado por helenizarse, aunque, a la postre, se vieron obligados a volver a los estilos propios y a ser fieles a sí mismos.

Es una característica general de los cascos celtas el no adoptar formas funcionales, es decir, adaptadas a la lucha y a las necesidades militares, como los griegos y luego los romanos. Los cascos celtas son altos, imponentes, rematados por cuernos o tridentes. Sus portadores no buscaban una utilidad inmediata, sino que pretendían, ante todo, espantar al enemigo. En el arco de Tiberio, en Orange, se aprecian unos relieves que representan guerreros galos, o celtas, tocados por impresionantes cascos. Los cuernos superiores son de forma retorcida e irregular, muy adecuada a la mentalidad de estos pueblos.

## Los escudos decorados de los celtas

Ya hemos indicado que las dos únicas armas o piezas defensivas de los celtas eran el casco y el escudo. Este último solía ser largo, de forma elíptica. Su espécimen más famoso es el llamado escudo del Támesis, o de Battersea, que se puede admirar en el Museo Británico. Se compone de una placa alargada, elíptica, de bronce repujado, con otras placas menores soldadas. En el anverso del escudo hay tres círculos, de arriba abajo, de mayor tamaño el central, con medallones internos de esmaltes rojos y blancos. El tiempo ha robado, como es natural, esplendor y brillo a esta pieza excepcional; pero aún así, es una obra de arte que nos arrebató. «El escudo de Battersea —escribe José Pijoan— es un verdadero epítome del gusto celta. Nos comunica un sentido de interpretación de las líneas geométricas y regulares enteramente nuevo en la historia del espíritu humano. El Oriente nunca habría imaginado la posibilidad de una decoración tan precisa y tan imprecisa al mismo tiempo. Nunca el Occidente se ha superado en exquisitez, al producir un arte geométrico y abstracto.»

Los tratadistas de arte han observado que el escudo de Battersea puede ser dividido, idealmente, en dos mitades idénticas, tanto en sentido vertical como transversal. Sin embargo, el efecto que produce a primera vista es de que carece de toda simetría. Los artistas celtas se complacían en tales efectos. En otras dos piezas magistrales, también conservadas en el Museo Británico —él disco de bronce, para un centro de escudo, encontrado en Irlanda, y la placa hallada en el río Withan—, la impresión de falta de simetría, de vibración de las curvas, casi de movimiento, es agobiante. Si se las mira fijamente, durante un rato, las placas parecen girar y oscilar de manera no uniforme.

Los fragmentos de bronce para decoración encontrados en La Tène, que pueden verse actualmente en el Museo de Ginebra, difieren de todo el arte de aquella remota época y parecen adelantar conceptos futuros. Los celtas eran, sin duda alguna, distintos a los restantes pueblos primitivos. La cultura de La Tène nos apasiona y nos intriga a la vez.

Los collares o torques de bronce y de oro son las piezas más significativas de la orfebrería céltica. Al parecer eran adornos muy extendidos entre los celtas, hombres y mujeres, y no denotaban una especial categoría social, militar ni religiosa. La estatua del «galo del Capitolio», denominada también «galo moribundo», lleva un collar alrededor de la garganta; particularidad que también se aprecia en otras esculturas del ciclo helenístico. Lo cual significa que todo galo era representado con un collar como distintivo. La palabra latina *torcus* nos indica que estaban

hechos con una barra retorcida. La verdad es que en las tumbas de la época de Hallstatt también aparecen collares semejantes, pero su momento de esplendor y máxima difusión se sitúa en la cultura celta de La Tène. Con el tiempo, las torques se convirtieron en objetos sagrados, hasta el punto de que todos los dioses celtas eran representados con ellas. El dios galo hallado en París, del Museo del Louvre, lleva sendas torques en los cuernos. Para los pueblos célticos era una especie de joya nacional. Quintiliano testimonia que los galos ofrecieron a César Augusto, como presente y tributo a la vez, un collar retorcido de oro macizo que pesaba cien libras. Y Tito Livio cuenta que en la época de las grandes invasiones galas sobre Italia, el senador Manlio se acostumbró a llevar, alrededor del cuello, una torque de oro. Debido a lo cual en Roma fue llamado desde entonces Manlio Torcuato.

Algunos de estos collares son valiosas joyas, por estar hechos de oro, y por el primor del retorcido y de los adornos. Así, por ejemplo, los de Fenouillet, en el Alto Carona, y los encontrados en España, que se conservan en el Museo Arqueológico de Madrid y en el Instituto del conde de Valencia de Don Juan. En ciertas ocasiones los collares se cerraban con una charnela, pero otras veces presentaban una abertura delantera y se colocaban en el cuello forzando el aro, para no volverlos a quitar ni durante la vida ni en la muerte de su portador.

En La Tène han sido hallados también collares de bronce que a veces presentan serpientes en relieve. La presencia de estos reptiles ha sido interpretada por algunos arqueólogos como la creencia de que la serpiente posee cualidades terapéuticas, es decir curativas, idea existente ya en la cultura griega.

Para Schaeffer, las serpientes de los collares celtas tienen carácter religioso, son seres semidivinos, relacionados con héroes y dioses. Alguna de ellas presentan cuernos, que les dan aspecto de carnero. Sobre todo en las torques halladas en Alsacia, aparecen unas cabezas de serpientes, grandes y abultadas, que no son las de un reptil. En Alsacia, la palabra *sclang* (serpiente), se utiliza para designar ciertas pócimas o infusiones de herbolarios, destinadas a curar las enfermedades infantiles. Posiblemente la serpiente llegó a la cultura de La Tène como rito superviviente de antiquísimas civilizaciones de comienzos del neolítico.

En el Museo de Hagenau se conservan torques con remates de figuras humanas de enormes ojos. Aquí el ojo humano realiza las consabidas funciones de talismán.

En resumen, los collares o torques han aparecido no solamente en La Tène, sino en todos aquellos lugares en que los inquietos y andariegos celtas pusieron el pie. Son, por lo tanto, como un símbolo unificador y revelador del espíritu céltico.

Estrechamente relacionados con los collares, hemos de citar los colgantes que los celtas solían llevar sobre el pecho. La estatua de un guerrero galo encontrada en Grézan (Gard) aparece adornada con torques y un colgante de gran tamaño, en el que se dibuja el signo solar. Para los arqueólogos, es la única posible representación de un personaje real celta —quizá un retrato funerario—. Todas las demás esculturas que poseemos de los galos son obra de los artistas clásicos. Pero lo curioso es que griegos y romanos representaron siempre a los celtas desnudos, o sea, en acción de combate. Por el contrario, la estatua de Grézan está cubierta de ropas y de joyas, como ya queda dicho. Incluso luce una capucha.

En el reducto celta de Alesia —en Borgoña, no lejos de Dijon—, y evidentemente relacionada con La Tène, existía una famosa metalurgia del bronce. Allí se concentraron los galos y otros pueblos celtas del otro lado del Rin para resistir a los conquistadores romanos en el año 52 a.C. De la misma manera, unos años antes —el 133 a.C.—, los celtíberos se juntaron en Numancia para un último y denodado esfuerzo.

## Los adornos de los dioses celtas

Han llegado hasta nosotros pocos objetos artísticos relacionados con la religión de los celtas. El más importante de ellos es el famoso vaso de Gundestrup, actualmente en el Museo Nacional de Copenhague. Parece ser que originariamente era un gran recipiente litúrgico, literalmente cubierto de relieves de bronce repujado. Fue hallado en una turbera, deshecho pero con todos los adornos alrededor, de manera que fue factible montarlo con un nuevo cuerpo de madera dura. Hay ocho planchas repujadas exteriores, y otras ocho interiores.

Los fragmentos interiores representan al dios Taranis o Thor, a la «diosa de las palomas», o sea, la Venus celta, al dios de la caza, con la cabeza rodeada de cazadores y pequeños jabalíes capturados, a una diosa guerrera, etc. En cuanto a los relieves exteriores, mucho más ricos y nutridos, muestran a los dioses celtas cercados de una variadísima fauna. El dios cornudo —Cernunnos—, con el reglamentario collar y con las piernas plegadas, parece estar efectuando la exaltación de la serpiente con cabeza de carnero. Hay ciervos, jabalíes, toros y leones en las proximidades.

En otra de las placas exteriores, un druida, con casco de cuernos, presenta a un dios la rueda de los adivinos. Algunos de los relieves presentan escenas violentas, relacionadas con los sacrificios humanos. Una de las placas, que es de plata dorada, describe un sacrificio en honor del dios Teutates, al que era preciso resucitar ofreciéndole víctimas humanas. Guerreros a pie y a caballo presencian la escena. La víctima está representada, cabeza abajo, sobre un odre o caldero.

Para Pijoan, el vaso de Gundestrup revela el alma céltica tal como era, sin haber sido pulida y suavizada todavía por la cultura clásica y luego por el cristianismo. Pero las restantes figuras de dioses celtas son ya muy distintas. Están, por decirlo así, adulteradas y censuradas. Así, por ejemplo, el relieve del Museo de Reims, donde Cernunnos, con una gran cornamenta de cérvido, aparece haciendo brotar frutos ubérrimos de una cornucopia. Un buey y un corderillo comen mansamente los frutos que van cayendo.

La estatua del dios celta hallada en Sommerécourt (Alto Marne), va adornada con collares y torques de serpientes con cabeza de carnero. Se cree que los dos agujeros de la cabeza de la figura debieron servir para sostener los cuernos. En la localidad de La Roquepertuse (Bocas del Ródano), fueron halladas dos estatuas sin cabeza de dioses celtas. Están sentados, con las piernas plegadas, y vestidos con unas túnicas o casullas, con adornos de grecas y cruces gamadas. La figura en bronce de un dios hallada en Bouray —del Museo de Saint-Germain— presenta pies de ciervo y un peinado clásico, sin cuernos. Lo único realmente celta son los collares. Es muy interesante, sin embargo, el gran parecido del rostro de este dios celta con el busto de bronce, también provisto de torques, y que es considerado como la efigie de Vercingetórix.

En Eufigneux (Saboya) apareció una rara imagen de un dios celta menor, probablemente el de la caza, con un collar y un enorme jabalí en relieve sobre el vientre.

Hay varias representaciones zoomórficas de dioses celtas menores: la diosa Epona, venerada por los celtíberos de España, se relaciona estrechamente con el caballo; el dios de la noche, Rudiobos, tiene plena forma equina; Cernunnos lleva siempre aparatosos cuernos de ciervo; Begomo va acompañado, invariablemente, de la serpiente con cabeza de carnero.

## La cerámica celta, los esmaltes de La Tène

De lo dicho anteriormente se desprende que las espadas, los cascos y los escudos celtas son muy superiores a las escasas esculturas. El genio creador de aquella raza se revela principalmente en la decoración de objetos, donde su estilo es absolutamente original, incluso cuando imita, transformándolos completamente, ciertos motivos clásicos. En la orla decorativa del túmulo galo de Rodenback aparecen tres fajas, en las que las «palmetas», «ovas», «grecas», «volutas» y demás formas de la Grecia clásica están interpretadas de una manera tan original y personalísima que apenas son reconocibles. Pero es en las espirales donde el artista celta da libre curso a su fabuloso poder creador. Como ha dicho un historiador del arte, las decoraciones celtas parece que se mueven y que nos invitan a descifrar un acertijo. Las curvas y las espirales celtas no tienen una anchura uniforme. Ya hemos dicho que muchas veces se inspiraron en las algas y en los helechos, que sin duda impresionaron poderosamente la imaginación céltica.

La cerámica experimentó un gran desarrollo, formando grupos regionales localizados. Al comienzo de la cultura de La Tène, aparecen centros de cerámica en Francia —las Ardenas y región del Marne—, en la que predominan decoraciones incisas a base de espirales y meandros. Se trata de los llamados vasos de lujo, pintados con motivos típicos de La Tène, y con decoraciones florales y geométricas. Son muy conocidos los vasos con caballos del Marne, y los vasos con pájaros. La cerámica policromada es bastante abundante en todo el ámbito de La Tène. En los últimos períodos de La Tène las piezas de cerámica imitan los vasos de plancha metálica —es decir de hierro, que prácticamente es el metal predominante de aquel momento—, e incluso presentan las juntas de las partes ensambladas o roblonadas. Se imitan, en los cuencos y vasos de arcilla, las señales del martillo sobre los objetos de hierro, y hasta se imita el relieve de los repujados. En los vasos celtas que se exhiben en el Museo de Saint-Germain pueden apreciarse estas curiosas características. En algunas de estas piezas de cerámica, halladas en las tumbas del valle del Marne, se observa una absoluta imitación de las vasijas de cobre batido. Pero no sólo se han imitado la forma y las señales y repujados del metal, sino que los artistas celtas procuraron dar a la arcilla el brillo del cobre. Para ello utilizaron pastas muy pulidas y capas de arcilla fina reluciente, es decir, con gran parte de areniscas.

Ciertos vasos celtas y galos presentan zonas hundidas, rellenas con pintura espesa. Es algo así como la técnica de los esmaltes, aplicada a la arcilla en lugar de los objetos de metal. Otros vasos y cuencos están pintados con cenefas amarillas, ocre, y de tono bermellón. En la cultura de La Tène no abundan las pinturas de colores vivos, sino amarillentas y parduscas. Los motivos son las consabidas espirales, curvas en forma de helechos y de trompeta. En el ámbito cultural de La Tène no son frecuentes las piezas de cerámica con animales pintados. En uno sólo de los vasos del Museo de Reims aparece un caballo, de larga cola, cabeza erguida y hermosa crin. Las dos técnicas empleadas en la cerámica celta se concretan a la de dibujos y huecos rellenos de pasta coloreada, y a la de pintura superficial con brochas.

En los primeros períodos de La Tène, los objetos de metal se decoraron con corales. Los artífices dejaban alvéolos para poder introducir en ellos las pequeñas piezas de coral tallado. De esta técnica nació la de los famosos esmaltes *cloisonnés* —es decir, divididos en tabiques—, con la que se lograron piezas bellísimas.

Según Déchelette<sup>8</sup>, los corales desaparecen del arte celta en el siglo III a.C., debido a la interrupción del comercio céltico con los lejanos países del sur y de Asia, por causa, probablemente, de las campañas militares de Alejandro Magno. Entonces la necesidad les llevó a inventar sustitutivos de los corales, por lo que crearon las pastas de vidrio o esmaltes.

Un párrafo de una conocida obra de Filóstrato de Lemnos, escrita en Roma allá por el primer tercio del siglo III de nuestra era, se refiere a los esmaltes celtas: «Son los bárbaros que habitan los bordes del Océano quienes saben poner capas de color sobre el cobre; y, por lo que se dice, lo calientan al fuego, hasta el rojo vivo; y después las pastas de color fundido se hielan y se convierten en un esmalte duro como la piedra, que conserva la figura exacta que ha sido estucada.»

Para que las pastas no se corrieran en la fundición, los celtas repujaban el metal, haciendo huecos en el mismo. La pasta de esmalte, al fundirse, se depositaba en tales cavidades. Tanto en la técnica de los esmaltes tabicados, como en la de los esmaltes *champlevés* —o de superficie levantada—, los efectos de policromía que se conseguían eran magistrales.

Los celtas, en realidad, hicieron maravillas con la técnica del esmalte. No sólo la emplearon con los vasos de metal, sino en los collares, colgantes, cascos de guerra, escudos, fíbulas, y hasta en objetos tan funcionales como los cinturones y los frenos de los caballos. A veces las pastas son opacas, pero en otras ocasiones mezclaban con ellas pedacitos de vidrio, de diversos colores, con lo que se conseguían efectos estupendos. Es la técnica que hoy se denomina de *mille fiori*, y que ha creado obras de gran belleza.

En el Museo de Saint-Germain hay un bellissimo vaso esmaltado, en blanco, verde y rojo. Y en el Museo Británico se conserva otra pieza, única: un vaso celta con decoración repujada y esmaltes depositados en los alvéolos.

En los objetos cilíndricos, o de formas y tamaños que se prestaban poco a la técnica de los esmaltes, éstos no tenían más finalidad que la de un mero revestimiento. En el Museo Británico pueden admirarse algunos objetos suntuarios celtas encontrados en Drummond y en Polden Hill —anillos y placas de mero adorno— con esmaltes rojos, blancos y azules, que parecen fundidos hace unos pocos años.

No podemos dar fin a este capítulo dedicado a la cultura de La Tène sin hacer una breve referencia a los vasos celtas de bronce que imitaban la forma de las piezas griegas. En la cultura de Hallstatt, y en la posterior de La Tène, aparecen numerosos vasos de bronce fundido de tipo netamente griego. Déchelette hizo el catálogo de estos recipientes, entre los que destaca el *stamnos* —olla con dos asas—, encontrado en el túmulo de La Motte (Saint-Valentin, Alto Marne). Las dos placas en que se apoyan las asas están decoradas con unas extrañas curvas que imitan un par de ojos burlones. La forma es evidentemente griega —acaso hecha por encargo—, pero los adornos dejan traslucir el inquieto y extraño espíritu celta.

Algunas de estas vasijas o jarros —*stamnos*, de dos asas, y *oenochoe*, de una sola, según las denominaciones griegas— encontrados en tumbas, contenían restos del producto que los llenó en otro tiempo. Era vino que los celtas compraban a los mercaderes del sur, pero mezclado con pimienta blanca, para aumentar la fuerza del alcohol y el ardor del brebaje. Así, a través de los abismos del tiempo, nos ha llegado este mensaje del alma salvaje, bravía y alegre de los celtas.

---

<sup>8</sup> J. Déchelette: *Manuel d'Archéologie préhistorique*. París, 1908.

**3**

**VIDA Y COSTUMBRES DE LOS PUEBLOS CÉLTICOS**

## Las literaturas célticas como fuente de datos

El gran prehistoriador catalán Pedro Bosch Gimpera<sup>1</sup> dice que conocemos la sociedad céltica y sus instituciones familiares y políticas, así como también su economía, tipos de cultivo agrícola, artesanado, comercio y religión, gracias a la literatura gaélica y a las restantes literaturas célticas. Los cantos heroicos y, sobre todo, los textos legales que fueron reelaborados y puestos por escrito en una época bastante tardía, pero que hunden sus raíces en la noche de los tiempos, nos dan una idea muy aproximada de la sociedad celta, una idea mucho más fidedigna que las descripciones, siempre subjetivas, de los conquistadores romanos.

Según Prampolini<sup>2</sup>, la más antigua de las literaturas célticas es sin duda alguna la irlandesa, cuyos testimonios arrancan ya del siglo V de la era cristiana. Las grandes compilaciones manuscritas y las glosas —el *Libro amarillo de Lecan*, el *Libro de Ballymote*, el *Libro salpicado*, etc.— son un verdadero arsenal de datos, un cajón de sastre en el que aparecen genealogías familiares, poemas épicos, relatos geográficos, listas de reyes y de santos, cuentos y leyendas, jurisprudencia y hasta reglas gramaticales. También encierran gran interés los ciclos mitológicos, de los que sólo se han conservado fragmentos, como el curiosísimo que narra la «batalla de Moytura», probablemente la más antigua narración bélica de la Europa occidental.

Aunque no es nuestro propósito detenernos en tales pormenores, cabe mencionar los primeros versos de la lengua irlandesa, atribuidos a un personaje, medio real medio fantástico, llamado Amergin Glúngel, es decir «Rodilla Blanca». Los traemos a colación porque exhalan un penetrante aroma de libertad, de rebeldía, de panteísmo o, dicho en breves palabras, del alma celta. Algunos historiadores han señalado dicho fragmento como una demostración de que los celtas creían con ahínco en la metempsicosis:

*Yo, el viento sobre el mar,  
yo, una onda poderosa,  
yo, el círculo del océano.  
Yo, un toro enardecido,  
yo, el halcón sobre la roca,  
yo, la más bella entre las plantas.  
Yo, un jabalí perseguido,  
yo, un salmón de río,  
yo, un lago en la llanura.  
Yo, la fuerza del canto,  
la punta de la lanza guerrera.*

Por lo que respecta a la literatura gaélica de Escocia, de aparición mucho más tardía, y que floreció también en la isla de Man, nos ha dejado un número de datos muy inferior al procedente de las letras irlandesas. En cuanto al manx, otra lengua del grupo céltico, está entreverado de

---

<sup>1</sup> Pedro Bosch Gimpera: *Prehistoria de Europa*. Madrid, Ediciones Istmo, 1975.

<sup>2</sup> Santiago Prampolini: *Historia Universal de la Literatura*. Buenos Aires, UTEHA, 1958.

influjos nórdicos debido al largo dominio de los vikingos.

Mucho más rica es la literatura del país de Gales. El poema *Gododin*, el *Libro rojo de Hergest*, el *Libro de las leyes de Hywel Dda*, la recopilación de narraciones de los *Mabinogion*, etc., nos proporcionan una visión muy directa de las costumbres y la vida de los celtas.

Las lenguas del grupo británico —el cimbriaco, el cónico y el bretón— aparecen en glosas marginales, y hasta interlineales, en los manuscritos latinos del siglo VIII. Pero su trascendencia, como fuente de informaciones, es mucho menor.

Todas estas literaturas, con base en lenguas tan diferenciadas que hoy día, por ejemplo, un irlandés no comprende en absoluto a un galés, tienen sin embargo un nexo de unión, un origen común, la desaparecida cultura de los celtas. La vitalidad y el ardoroso temperamento combativo de los antiguos celtas se patentizan en esas obras literarias. En un manuscrito del cenobio de Saint-Gall —o Sankt Gallen—, un desconocido monje, celta e irlandés, desde luego, escribió una cuarteta marginal, que nos suena como un grito alegre desde el fondo de los siglos:

*Áspero es el viento esta noche,  
despeinada la blanca cabellera del océano:  
por eso no temo a los feroces guerreros  
que recorren el mar de Irlanda.*

## La sociedad céltica y sus instituciones

La sociedad céltica se fundamentaba en la célula básica de la familia. La práctica general era la monogamia, aunque existen testimonios que demuestran la existencia, en ciertos casos y siempre en estratos elevados de la sociedad, de varias esposas legítimas y de concubinas que habitaban en el hogar. La familia giraba bajo la omnímoda autoridad del padre, que tenía derecho pleno de vida y muerte sobre sus hijos y sobre su mujer.

El matrimonio era, como en tantas otras culturas, un contrato expreso y formal, revestido de ciertas ceremonias de tipo religioso. Sin embargo, en un principio consistía en una mera compra de la esposa por el marido. La mujer tenía la ineludible obligación de llevar a la unión matrimonial una dote consistente en una cantidad de plata, labrada o sin labrar. En todo caso, el marido debía doblar dicha cantidad, o peso, que pasaba a constituir un patrimonio familiar, garantía para la familia futura y cobertura contra los avatares del destino.

Al producirse el fallecimiento de uno de los cónyuges, el superviviente entraba en la plena posesión de aquel patrimonio o dote. Los celtas admitieron y practicaron la separación o divorcio por simple consentimiento mutuo, pero nunca por voluntad de uno solo de los cónyuges. Si el marido fallecía en circunstancias sospechosas —el temor al envenenamiento obsesionaba a los celtas—, la esposa podía ser torturada para que confesara, o condenada a muerte.

El suizo Bachofen<sup>3</sup>, en su monumental estudio sobre el matriarcado primitivo, hace varias alusiones a los celtas. La mujer, en aquellos pueblos, tenía una gran consideración social y no era,

---

<sup>3</sup> Hans J. Bachofen: *Das Mutterrecht. Eine Untersuchung über die Gynokokratie der alten Welt, nach ihrer religiösen und rechtlichen Natur*. Basilea, 1897.



como en otras sociedades, una simple pertenencia del marido. La mujer celta casada desempeñaba ciertas funciones en la comunidad, como la de actuar como arbitro en las querellas entre familias y entre tribus. Solía acompañar a su marido en las expediciones militares, en las marchas y hasta en los combates.

Ammiano Marcellino escribió unas líneas, medio admirativas, medio atemorizadas, sobre las mujeres celtas y su denodado valor. «Una patrulla entera de extranjeros —dice— no podría resistir al ataque de un solo galo, si éste se hiciera acompañar y ayudar por su esposa. Estas mujeres son, generalmente, fortísimas, tienen los ojos azules, y cuando se encolerizan hacen rechinar sus dientes, y moviendo los fuertes y blancos brazos comienzan a propinar formidables puñetazos, acompañados de terribles patadas.»

Julio César testimonia que, en Inglaterra, los hombres pobres solían tener una sola esposa, pero los que eran lo bastante ricos para permitírselo podían mantener varias. Los hijos ilegítimos sólo podían ostentar el nombre de la madre, y jamás el paterno, aunque conocieran y trataran a su progenitor.

Era una típica costumbre de los celtas, para que sus hijos crecieran más fuertes, viriles e inteligentes, no tenerlos siempre a su lado, sino cederlos, al llegar a la pubertad, a una familia amiga y de confianza, a veces vecina y a veces alejada. De esta manera, los adolescentes aprendían a obedecer a sus nuevos, aunque temporales familiares, y se acostumbraban a tener responsabilidades, quedando apartados del exagerado amor maternal.

Las familias unidas por lazos de parentesco formaban un clan bajo la autoridad de un caudillo, el *rix* o rey del grupo. Los miembros más caracterizados de un clan se reunían en consejo y se consideraban solidarios de las obligaciones contraídas por cualquiera de los componentes del clan. También eran responsables, solidariamente, del castigo a los culpables convictos de un delito. El acusado de un asesinato, después de haber sido juzgado, era expulsado de su clan, lo cual, entre los celtas, constituía una vergüenza y una desgracia tremenda.

La agrupación de varios clanes integraba una tribu —*tref*—, regida igualmente por un jefe o conductor. Las familias nobles y poderosas tenían a su alrededor, aparte de los familiares y deudos, una clientela constituida por gentes que buscaban protección de los fuertes y realizaban, a cambio, diversos servicios. Sin embargo, como observa Bosch Gimpera, no se trata exactamente de la conocida clientela romana.

Políticamente, los celtas nunca llegaron a formar un verdadero estado, ni una nación. Estaban organizados en grupos aislados, semif feudales, aunque unidos por el temperamento racial, y las necesidades ofensivas y defensivas. La aristocracia jugaba un papel primordial, de tipo directivo y consultivo, en este esquema rudimentario de organización política.

Nunca llegaron a crear grandes ciudades, en el sentido clásico y actual de la palabra. A veces, sin embargo, los diversos clanes y tribus se agrupaban o, para hablar con mayor propiedad, se organizaban en *pagi* (aldeas). Y de la unión de varias aldeas, cercanas, o contiguas, nacieron las agrupaciones que los autores romanos denominaron *civitates*. No obstante, es preciso hacer hincapié en que las *civitates* celtas no se parecían en nada a lo que entendemos por núcleos urbanos, grandes o medianos. Eran, en realidad, federaciones de clanes y de tribus, con la finalidad de aunar esfuerzos y tener, sobre todo, más hombres sobre las armas en casos bélicos.

En casos muy excepcionales, algunas de estas federaciones elegían a un monarca, un verdadero rey, ungido de potestad religiosa, militar y judicial. Parece que los galos adoptaron el sistema monárquico desde principios del siglo IV a.C. hasta el siglo I; pero luego las diversas federaciones se disgregaron en varias repúblicas, cada una de las cuales elegía anualmente un magistrado supremo, nominado en realidad por la oligarquía aristocrática, y un senado que tenía

funciones decisorias, y al que incumbía declarar la guerra y hacer la paz.

Cuando Julio César conquistó las Galias, la institución monárquica había hecho ya crisis entre los galos. Sólo había reyes en las tribus de los nitiobriges y de los senones, mientras que en la Gran Bretaña era todavía usanza general. Los arvernos y los eduos habían introducido una cierta democratización en la elección del caudillo o magistrado supremo, que no era nombrado únicamente por las familias prepotentes, sino también por el pueblo. En el caso de jefes militares de gran prestigio y que se movían en olor de multitud —como ocurrió con el célebre e indómito Vercingetórix—, se producían elecciones por aclamación popular.

Las tribus de los eduos, los santones y los lemovices, tenían una institución peculiar. Se trataba de un magistrado, designado temporalmente, al que llamaban *vergobret* —de las raíces *vergo*, «eficaz», «capacitado», y *breto*, «juicio»—. A veces este jefe, de tipo ejecutivo y judicial, tenía a su lado un asesor o subordinado para los asuntos meramente militares. Entre los eduos, cuando un *vergobret* llegaba al término de su mandato, se convertía automáticamente en asesor militar. Se trata de una institución muy curiosa, difícil de hallar en épocas posteriores. Imaginemos que, actualmente, al acabar su período un presidente de cualquier estado pasara a ser, sin designación alguna, vicepresidente.

Entre los galos estaban muy marcadas las clases sociales, que no aparecen, o lo hacen de forma mucho más atenuada, entre otros pueblos célticos. Había una notoria diferencia de poder y de ejercicio de los derechos ciudadanos entre la clase alta —integrada por los grandes señores, los *equites* o caballeros y la casta sacerdotal de los druidas—, y la masa del pueblo, formada por los clientes y por los vasallos. Julio César llega a afirmar que, en la Galia que él conoció, sólo había dos clases o grupos privilegiados, que eran los druidas y los *equites*. El resto del pueblo galo gemía bajo la servidumbre.

Los celtas hispanos tuvieron una organización particular en ciertos aspectos, pero que en líneas generales se ciñe a lo anteriormente expuesto. Las familias, entrelazadas por parentesco colateral y bajo el mando de un jefe común, formaban una especie de agrupación denominada *cum*, muy parecida a los clanes escoceses de épocas muy posteriores. Cada una de estas agrupaciones gentilicias, es decir, unidas por lazos de parentesco, poseía un emblema o símbolo, que solía consistir en la representación de un objeto de la naturaleza. Tallado en piedra, en los hitos y mojones, el emblema señalaba los confines de cada clan.

Cada comunidad gentilicia —*cum*— tenía su villa o behetría, centro y meollo de la agrupación, denominada *vestcum* —es decir, villa del clan— y que solía estar situada en un recinto fortificado, de forma elíptica o circular, sobre una colina o pequeña elevación del terreno. Alrededor del *vestcum*, y esparcidos por el llano, moraban los miembros del clan. Para algunos estudiosos de la cultura celta en la Península Ibérica, estos recintos eran los llamados castros. Los jefes de las comunidades gentilicias gozaban de un poder sin limitaciones, y vivían rodeados de una cohorte de fieles —a manera de guardia pretoriana—, que le acompañaban en la paz y en la guerra. Parece un hecho comprobado que estos fieles, a los que se denominaba «devotos», no podían resistir la pena que les causaba la muerte del caudillo, y se quitaban la vida seguidamente, bien sea por real afecto, bien sea constreñidos por el peso de una tradición irresistible, como en el caso del *harakiri* de los samurai japoneses. Los escritores romanos quedaron admirados de tan peculiar costumbre, a la que llamaron *céltica fides*, la fidelidad de los celtas.

## Carácter y costumbres de los celtas

Nadie puede negar a los celtas su rutilante personalidad y su temperamento variopinto. Edgar Sanderson<sup>4</sup>, sin pretender agotar los calificativos, afirma que tuvieron un carácter alegre, poético, piadoso, crédulo, sagaz, patriótico, gregario, valiente, indisciplinado, indolente, amable, avisado y terco. No cabe duda de que es un retrato bastante completo.

Diodoro Sículo los describió como hombres altos, musculosos, de hermosa piel y rubios cabellos, añadiendo que probablemente se los lavaban con mixturas para esclarecerlos aún más. Muchos de ellos, sigue diciendo, se adornaban con largos bigotes, «que se enredaban con los alimentos cuando comían, y hacían de filtro mientras bebían...». Diodoro se manifiesta terriblemente impresionado por la querencia de los celtas hacia los vinos del sur, que constituían el más preciado capítulo de sus importaciones. «Suelen beber —escribe— sin sentido alguno de la moderación; y cuando están saciados, caen en un estado de atónito estupor o de exaltación furiosa.»

Para los griegos y los romanos, los pueblos celtas eran nómadas, indisciplinados, pendencieros y poco aficionados a la limpieza. Pero les reconocían una brillante fantasía, el amor por los viajes y la aventura, y una gran disposición poética. Curiosos, andariegos, en perpetuo deambular y con una evidente capacidad de adaptación, los celtas supieron asimilar muchos importantes elementos de las culturas mediterráneas con las que entraron en contacto. Luego llevaron estos elementos, de una cultura superior, hasta los pueblos del norte de Europa, en los profundos bosques, los pantanos y los lagos de un continente atrasado con relación a las civilizaciones del vecino Oriente. Por consiguiente, ha escrito un historiador, no podemos negar a los celtas el mérito de haber portado hasta el solar de los pueblos bárbaros, en las brumosas costas del Atlántico septentrional y en las islas perdidas en las frías nieblas, la antorcha de las antiguas civilizaciones.

Según Estrabón, «la entera raza de los celtas tiene una loca pasión por la guerra. Dotada de altas virtudes para el combate, está siempre dispuesta a la lucha. Los celtas son simples, pero no del todo inciviles.» Luego añade, tomando versiones de los contemporáneos, que como es sabido aceptaba siempre sin gran espíritu crítico: «Son también rasgos característicos de los celtas la estolidez y una desatada predilección por los vestidos y ornamentos lujosos. Los celtas no sólo son insoportables como vencedores, sino también como vencidos, porque se excitan y quedan fuera de sí.»

Al igual que los germanos, los celtas gustaban del combate singular, al que muchas veces supeditaban el resultado de toda una guerra o una campaña. Sus jefes o caudillos decidían, de manera inapelable, si el clan o la tribu debían permanecer sedentarios en un determinado sitio o si convenía emigrar hacia mejores horizontes. Una vez dada la orden de marcha, la multitud se ponía en movimiento después de invitar a las tribus vecinas a unírseles en la gran aventura.

El mero hecho de la partida hacia países desconocidos encandilaba el alma aventurera de los celtas. Pero, por lo general, habida cuenta de su carácter indisciplinado, escasamente organizador y poco dado a la limpieza y salubridad, sus expediciones solían terminar en desastres y eran pagadas con abundantes bajas. De sus famosas incursiones contra Roma regresaron, dice un autor, cargados literalmente de oro y plata, pero diezmados. «*Vulgatis velut in pecua morbis*», escribió un historiador clásico, o sea, los celtas morían dentro de la urbe, como los ganados bajo

---

<sup>4</sup> Edgar Sanderson: *Outlines of the World's History*. Londres, 1935.

la peste.

Tenían un prurito que les obligaba a moverse, a cambiar de lugar, aunque estuvieran asentados en hábitats excelentes. Algunos historiadores, para explicarse esta inquietud de los pueblos célticos, esta ansia extraña de movimiento, han hablado de un instinto deportivo, e incluso de un «mal del deporte».

Para los celtas el hogar y la patria estaba en sus carros, en sus familias y en sus armas. En los movimientos migratorios lo llevaban todo, excepción hecha de sus muertos, que quedaban detrás, y que nos han señalado, al cabo de los siglos, los lugares que los celtas habitaron. Difícilmente se dejaban influir por las normas y costumbres de los nuevos países. Así, por ejemplo, los gálatas, que llegaron al Asia Menor, no quisieron imitar la moda griega del afeitado.

En tierras extrañas, los pueblos celtas se limitaban a imponer una contribución, fundamentada en el derecho de conquista, que nunca era excesivamente onerosa. Al revés que otros pueblos de la época, los celtas eran comedidos con las tribus que les quedaban sometidas. Los gálatas del Asia Menor, que ya hemos mencionado, establecieron un impuesto denominado *galatika*.

Un detalle curioso es el de que los celtas procuraban aprender siempre las lenguas de los países invadidos, o con los que estaban en estrecho contacto. Este conocimiento les era útil para celebrar los tratados, cobrar los impuestos y practicar el comercio. Pero conservaban celosamente el idioma céltico para la vida familiar y para los actos públicos de la tribu. El paso del tiempo y la lejanía de sus lugares de origen no lograban borrar del pueblo celta el apego hacia su lengua. Luciano explica el caso de un mago celta de Paflagonia, en Asia Menor, que en el siglo II de nuestra era todavía expresaba los horóscopos y presagios a sus adeptos en lengua céltica.

Los escritores clásicos, por lo general, reconocen la adaptabilidad de los celtas frente a otras culturas con las que debieron convivir, no obstante su feroz espíritu nacionalista. Polibio hace un expreso elogio del rey Ortiagón, caudillo de los celtas tolistoagas instalados en el Asia Menor. «Era ambicioso y dominador —dice literalmente— como todos los celtas, pero tenía un carácter verdaderamente real y un alma grande.» Y añade: «Naturaleza y ejercicio lo habían preparado para gobernar. Era liberal y magnífico, amable en el trato y muy inteligente. Era, sobre todo, lo que los gálatas estimaban más: era valiente y eficaz (dinámico).»

La fama de las cualidades de los celtas hizo que en diversas ocasiones sus jefes y caudillos fueran elegidos como árbitros para mediar en las querellas de otros pueblos. Algunos conceptos básicos del derecho internacional se formaron en las culturas célticas. Conocieron los tratados, las federaciones de pueblos, las entrevistas entre jefes —que ahora llamaríamos «a alto nivel»—, las garantías, los rehenes y hasta la cláusula de «nación más favorecida». Un jefe de una tribu céltica, según Polibio, fue elegido unánimemente como arbitro para resolver una disputa entre la colonia griega de Bizancio y el rey de Bitinia, y parece ser que su gestión fue coronada por el más envidiable de los éxitos.

Plutarco, en su tratado *De virtudes femeninas*, cuenta varias anécdotas relativas a mujeres celtas, de prosapia, que habían llegado a sus oídos. Son interesantes en grado sumo los retratos que nos hace de Kiomara, esposa del citado rey Ortiagón, y de Kamina, una hermosa celta que llegó a ser sacerdotisa de Diana.

El concepto del honor entre los celtas era sin duda alguna exagerado. Una mujer celta, Kinimara, al contar paladinamente a su marido que había sido atropellada y violada por un extraño, le presentó, a la vez, la cabeza del ofensor. Otra heroína, Kamina, envenenó al que la había forzado, y seguidamente se aplicó el veneno a sí misma.

En los banquetes célticos, el anfitrión debía sentarse en el centro de una mesa redonda para evitar cuestiones de protocolo, en las que eran muy puntillosos. El solo hecho de ofrecer una

parte del venado, o del jabalí, a los comensales distinguidos, en lugar de otra, era motivo de disgustos y pependencias. La llamada «porción o bocado del héroe» era pretendida por todos los guerreros presentes.

Pero hay que reconocer, objetivamente, que los celtas eran un pueblo hospitalario y generoso. La generosidad y la magnanimidad —virtudes que los romanos nunca llegaron a conocer siquiera— han sido reconocidas, unánimemente, a los célticos. Tenían la costumbre de invitar a sus fiestas a los extranjeros y a los trashumantes, sin preguntarles quiénes eran ni adonde se dirigían, hasta haberlos saciado de comida y de bebida.

Sus cualidades cívicas, explica J. A. Mac Culloch<sup>5</sup>, elevan a los celtas muy por encima de otros pueblos antiguos. Se conmovían fácilmente al oír los lamentos de los oprimidos, y estaban siempre dispuestos a defender al débil contra el fuerte. Una de las más curiosas y ejemplares instituciones de los celtas, que no tiene parangón en otras culturas, es la extremada consideración hacia los extranjeros en el campo de las leyes penales. Quien mataba a un extranjero, o al miembro de otras federaciones o clanes, era castigado con la máxima pena; mientras que el homicidio contra un miembro del propio clan o tribu sólo se castigaba con el destierro.

Su amor a la libertad era inconmensurable. Difícilmente resistían el cautiverio, y antes de caer prisioneros se quitaban voluntariamente la vida, no sin antes haber dado muerte a sus esposas, a sus propios hijos, a sus servidores, y hasta a los caballos y perros de su predilección.

Su temperamento turbulento les empujaba a la lucha, a veces únicamente para romper la monotonía de la paz. Lucharon defendiéndose de los romanos y otros pueblos limítrofes, pero muy frecuentemente sus empresas militares tenían carácter ofensivo. E incluso se enrolaban como mercenarios de otras naciones cuando carecían de guerras propias. Así, por ejemplo, combatieron por los griegos, luego en las filas del cartaginés Aníbal, durante las guerras púnicas y bajo los estandartes egipcios en tiempos de Tolomeo II.

Los guerreros celtas iban provistos de cotas de malla sólo en casos excepcionales, y los británicos, entre otros, usaban carros de guerra de dos ruedas. Normalmente iban armados con espadas de hierro —arma que les dio gran superioridad sobre los contemporáneos—, además de jabalinas, arcos y flechas. Se protegían con grandes escudos de forma rectangular, con los bordes redondeados, que solía llevar un siervo o escudero. Lanzábanse a la batalla con valor denodado y un arrojo increíble, profiriendo salvajes alaridos, mientras sonaban los potentes cuernos y las trompas, de forma alargada y posición vertical, rematadas frecuentemente por una cabeza de animal. Su inmenso orgullo les llevaba, en pleno combate, a realizar actos de valor temerarios y faltos de todo sentido práctico. A veces, enloquecidos y enfebrecidos por el espíritu de lucha, se despojaban de sus vestidos y arrojaban locamente sus armas, continuando el combate con las manos, y hasta con las uñas y los dientes. Querían dar a entender que se fiaban más de la fuerza de sus músculos que de las armas. Esta imagen de los celtas —y en particular de los galos— luchando desnudos, impresionó fuertemente a los romanos, cuya estatuaria representa casi siempre a los guerreros bárbaros sin ropas y sin armaduras.

Julio César, comentando la forma de combatir de los británicos, con sus carros de dos ruedas, escribió: «Comienzan la lucha corriendo como locos por todo el campo, de aquí para allá, gritando y lanzando jabalinas. El temor que inspiran los caballos al galope, y el ruido ensordecedor de las ruedas de los carros, es ya suficiente, muchas veces, para obligar a huir al enemigo.»

Pese a que el modo de combatir de los celtas era insensato y carente de todo principio táctico o

---

<sup>5</sup> J. A. Mac Culloch: *Religion of the ancient celts*. Edimburgo, 1911.

estratégico, causó muchos quebrantos a los propios romanos, acostumbrados a luchar valerosamente, pero con frío cálculo. La audacia de los celtas, su terrible furia y su inenarrable vocerío, les desconcertaron en más de una ocasión. Si los celtas hubieran tenido jefes militares con conocimientos tácticos, como tenían los romanos, y hubieran cuidado un poco más la disciplina, cubriéndose asimismo el cuerpo con cotas protectoras y la cabeza con yelmos o cascos —que sólo usaban los caudillos—, habrían sido realmente invencibles.

La paz era una situación tan excepcional para los celtas que, pese a su despreocupación defensiva, que como hemos dicho llegaba hasta el olvido de la protección personal, se vieron obligados a establecer numerosas fortificaciones en las zonas de fricción con los pueblos enemigos. Estas construcciones eran, a la vez, fortalezas militares y hábitats. Los edificaban en las lomas y lugares elevados, con preferencia los que permitían dominar a simple vista una gran extensión de terreno. Los materiales utilizados eran, fundamentalmente, la piedra, la madera e incluso los terraplenes y bloques de tierra compacta. A partir del siglo II a.C., según Bosch Gimpera, y a consecuencia de las perturbaciones que los germanos habían introducido en el mundo céltico, se desarrollaron los *oppida*, nuevos tipos de fortificación en los que solía concentrarse un considerable núcleo de habitantes. Algunos de estos fuertes estaban situados en lugares estratégicos y servían como refugios para la población circundante en caso de peligro. Otras veces se trataba de fortalezas diseminadas por todo el ámbito tribal y de las agrupaciones, en las que se construían talleres metalúrgicos y herrerías. Incluso se alzaban cerca de las minas y explotaciones de materias primas, en cuyo caso tenían un carácter policíaco o de vigilancia.

Los celtas utilizaron fortalezas de anteriores culturas, reformándolas y completándolas a su gusto, como sucede con edificaciones más o menos rudimentarias de la época Hallstatt. Julio César describe, en sus *Comentarios*, los grandes *oppida* de Abaricum —de la tribu de los bituriges—, y de Bibracte, hoy día Mont-Beuvray, próximo a Autun, en el departamento de Saona y Loira, la enorme fortaleza de los eduos, la más importante y rica de todas las Galias.

Deben citarse, también, los fuertes de Alesia —la actual Alise Sainte-Reine, en Côte d'Or—, último bastión defensivo de los galos y del heroico y desdichado Vercingetórix, y el de Gergovia —de la tribu de los arvernos—, al sur de Clermont-Ferrand.

En tierras alemanas revestían importancia extremada los *oppida* celtas de Otzenhausen, de los treviros, sobre el Rin; Maching, de los vindelicios, cerca de Ingoldstadt, en Baviera; y el de Urach, en Württemberg. En Bohemia existió el fuerte de Hrachte de Stradonice, al sur de Praga, aparte de otros de menor importancia. El investigador Wagner, en sus trabajos sobre el *oppidum* de Maching, ha encontrado muestras del llamado, por los romanos, *murus gallicus*, que era una muralla muy resistente, hecha de bloques de piedra, con un entramado interior de vigas de madera, y que recuerda la técnica del moderno cemento armado.

Diodoro Sículo cuenta que los celtas tenían la bárbara costumbre de decapitar a sus enemigos, sobre todo los notables y más caracterizados, colocando las cabezas en los muros de las fortificaciones, en el extremo de largas picas, para infundir pavor a los atacantes. Si se trataba de jefes importantes, las cabezas eran embalsamadas y guardadas en recipientes, de los que eran extraídas para ser enarboladas en las almenas cada vez que se producía un asalto de los adversarios.

El ímpetu militar de los celtas, pese a su ya señalada falta de disciplina y carencia de una dirección unitaria, les lanzó victoriosamente a lo largo y a lo ancho del continente europeo, arrollándolo todo; aunque debemos decir también que, con la misma facilidad que avanzaron, retrocedieron. En pocos años llegaron al cenit de su poderío, pero tampoco tardaron mucho en caer en el ocaso. En su momento álgido, los pueblos celtas llegaron a imponer tributos a las

naciones mediterráneas, de superior civilización. Y sus naves, improvisadas pero aguerridas, se atrevieron a atacar y hundir a las romanas a lo largo de las recortadas costas del Mare Nostrum. Nadie puede calcular ahora cuál habría sido el destino de los celtas, y hasta dónde se hubiera extendido su poderío, si en lugar de presentar un frente desunido, compuesto de grupos semif feudales frecuentemente luchando entre sí, hubieran formado una nación única y unida y un poder centralizado.

## Economía y vida cotidiana

La economía de los celtas estaba basada, fundamentalmente, en la agricultura llevada a cabo de un modo intensivo, mediante la labranza de campos, perfectamente roturados, pero cuyas dimensiones no excedían de los sesenta o setenta metros cuadrados. En ellos sembraban diversos cereales, trigo, avena, centeno, cebada, que cuidaban con esmero, abonando la tierra con detritus orgánicos para obtener mejores cosechas.

Para gentes tan nómadas, andariegas e inquietas como los celtas, la agricultura no constituyó una vocación inicial. Pasaron largo tiempo dedicados sólo a la guerra, a la caza y a la pesca. Pero con el descubrimiento del hierro —el gran aliado de la cultura céltica—, que se extendió por Europa en el año 700 a.C. y en Inglaterra bastantes después, en el año 450, procedente del vecino Oriente y por mediación de las migraciones y del comercio, los celtas comenzaron paulatinamente a ser agricultores. Con el hierro, duro y fácil de forjar, obtuvieron los instrumentos necesarios para el cultivo: puntas de arado para labrar la tierra, hachas para derribar los árboles y ensanchar las parcelas cultivables, azadas, hoces para segar las doradas espigas, martillos para clavetear las ruedas de los carros y los yugos de los bueyes. Entre todos los artesanos, el herrero pasó a ocupar un puesto privilegiado en la sociedad céltica. No solamente construía aperos e instrumentos de labranza, sino que forjaba las espadas, los escudos, los venablos arrojadizos y los cascos para los caudillos, era el mago que creaba las joyas y adornos para hombres y mujeres, y los codiciados espejos de bronce pulido.

En la sociedad celta, el herrero era mucho más que un artesano admirado y respetado, era incluso más que un artista, se le consideraba como un taumaturgo, un ser superior, dotado de mágicos poderes.

La agricultura, que tenía un carácter familiar, y que dio nacimiento a la propiedad privada de las parcelas cultivables, se desarrolló junto a la ganadería complementaria. Cada familia, y a veces cada clan, formaba una hacienda de explotación agraria y pecuaria. Estas haciendas solían estar diseminadas, aunque cercanas a las fortalezas donde los labradores podían hallar cobijo y protección en el evento de un ataque de otros pueblos. Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo cerca de Salisbury, en Inglaterra, nos han permitido reconstruir una de estas haciendas rurales célticas, que puede ser situada unos doscientos cincuenta años antes de la era cristiana. Las casas y las corralizas eran de madera y troncos, cimentados con fango arcilloso. Las dependencias del herrero constituían el lugar más grande e importante. En el suelo del patio central, rodeados por una empalizada, existían unos pozos o depósitos circulares, tapados con esterillas de juncos entrelazados. Tales depósitos servían para guardar el grano y ciertos víveres, en cuyo caso aparecen revestidos de juncos y maderamen, o bien para arrojar las basuras. Los celtas no eran excesivamente pulcros, y durante siglos tuvieron la mala costumbre de lanzar los desperdicios delante mismo de sus moradas, prácticamente en el umbral. Los pacientes

arqueólogos ingleses han encontrado, en las mencionadas excavaciones de Salisbury y dentro de los descritos pozos, toda clase de desechos: huesos de animales, fragmentos de cerámica, y en ocasiones huesos humanos; lo que significa que también fueron utilizados como tumbas de emergencia. Hachas, sierras, hoces y herrajes de los caballos han sido encontrados también en el recinto de la explotación.

Durante sus largos años de vida nómada y andariega, en busca siempre de nuevos horizontes, los celtas acarrearón consigo sus rebaños, a los que estaba estrechamente unida su subsistencia. Caballos, bueyes, vacas y carneros constituían el patrimonio del clan y de la tribu. Al hacerse sedentarios y agricultores, poseyeron también grandes piaras de cerdos, que se alimentaban a placer en los tupidos encinares de las Galias.

El comercio tuvo también una capital importancia para los pueblos célticos, principalmente el relativo a los metales. Las relaciones comerciales de los celtas se desarrollaban a lo largo de rutas extensísimas. En el Periplo Masaliota se habla de una ruta mercantil que, desde Marsella, se dirigía por el río Garona hasta la costa occidental francesa, para recoger el estaño que venía de Cornualles a través de los mercados de la Bretaña. Otras rutas, atravesando el norte de Francia, descendían desde la Borgoña hacia el Ródano y Marsella; o bien cruzaban el Rin, internándose en Alemania y llegando hasta Bohemia.

Los celtas exportaban hierros forjados, armas, adornos y orfebrería, e importaban varios metales, objetos y enseres de las culturas mediterráneas, condimentos y especias del Oriente, y sobre todo vinos del sur, por los que sentían una verdadera pasión. Eran grandes comedores y bebedores, y celebraban, con tanta frecuencia como les era posible, festines pantagruélicos. Como ya hemos indicado anteriormente, los autores clásicos manifiestan su asombro ante la capacidad de los celtas para ingerir vino, que acostumbraban sazonar con pimienta para darle mayor fuerza.

A lo largo de las rutas comerciales dominadas por ellos, los celtas cobraban tributos a los pueblos vencidos y sometidos, percibían peajes a los trashumantes y hasta conocían un rudimentario sistema de aduanas. En la localidad suiza de La Tène, en el lago de Neuchâtel, y claramente diferenciada del *oppidum* o fortaleza, existió una de esas aduanas celtas.

Aunque no eran demasiado cuidadosos de sus personas, tenían una gran vanidad y una elevada estima de sí mismos. Solían afeitarse la barba, dejándose normalmente el bigote y largas cabelleras, a la usanza germánica. En los primeros tiempos vistieron con pieles de animales, pero más tarde comenzaron a usar una túnica con mangas, bastante corta, que no les alcanzaba las rodillas. Llevaban también una especie de sayo —*sagum*— o capa de lana, con abigarrados colores, muchas veces provista de capucha; y bragas. Los autores romanos hablan de la *Gallia bracatta*, oponiéndola a la *Gallia togata*, que era la meridional.

A los celtas les agradaba adornarse con joyas de oro, plata y bronce: collares, torques, brazaletes, cadenas, colgantes, fíbulas o agujas imperdibles para sujetar las ropas, etc.

Alcanzaron asimismo cierto desarrollo industrial, muy considerable para la época. Conocieron el tejido de la lana, y el curtido de pieles, en el que fueron maestros. Sus salazones de carnes de cerdo gozaron de gran fama entre los romanos. Trabajaron muy bien el cuero, introduciendo el repujado, que ya practicaban con gran habilidad en la metalurgia. Sus tapices, bordados y esmaltes, alcanzaron gran difusión en toda Europa y en el área mediterránea. Como alfareros y ceramistas llegaron a gran altura.

Se les atribuye, al parecer con fundamento, la invención del arado de dos ruedas, del arte de estañar el cobre, de las sierras movidas por fuerza hidráulica y de los toneles de madera con aros de hierro o de cobre. Algunos historiadores incluyen en el haber de la cultura celta la invención



del jabón. La palabra *sapo* es de origen céltico.

Sus armas fueron siempre superiores a las de sus vecinos los germanos. Y no solamente por su temple y su eficacia, sino por la especial belleza que sabían darles, cincelándolas con oro y plata y adornándolas con pinturas y esmaltes de gran efecto.

## Las ceremonias fúnebres

La muerte fue, para los celtas, un motivo de constante preocupación o, para hablar con mayor propiedad, una verdadera obsesión. Su modo de vivir, violento y arriesgado, siempre enzarzados en luchas, ofensivas o defensivas, les obligaba a pensar en la muerte cotidianamente. Por otra parte, creían ciegamente en la inmortalidad del alma. Y como tantos otros pueblos primitivos, pensaban que la vida ultraterrena era análoga a la de este mundo. Imaginaban que el alma del difunto se vería sometida a todas las necesidades, deseos y pasiones que la habían zarandeado en vida. Por esta causa, cuando moría una persona, sus familiares colocaban en su tumba, junto al cuerpo yerto, todo aquello que iba a necesitar en el viaje hacia el más allá: alimentos colocados en vasijas, jarros conteniendo el vino preferido del difunto, armas para defenderse contra los enemigos que pudieran salirle al paso, ropas para protegerle del frío, así como joyas y adornos para que, al comparecer ante los dioses, presentara un aspecto satisfactorio, en concordancia con sus méritos y su posición social.

Las gentes anónimas y modestas eran sepultadas de la manera indicada, pero sin grandes ceremonias. Pero los jefes militares, los reyes o caudillos y los grandes personajes, eran con frecuencia enterrados con sus caballos y sus perros favoritos, y hasta con su carro de guerra. Para ello se cavaba una profunda zanja, suficiente para permitir la introducción de los pesados carros guerreros, de ruedas claveteadas y larga lanza o brazo. El cadáver se colocaba plano, sobre el carro, con la cabeza sobre la parte trasera del vehículo y los pies sobre el comienzo del brazo.

Basándose en los más recientes y contrastados descubrimientos arqueológicos relativos a los celtas, los dibujante Simón Greco y Antonio Petrucelli han reconstruido las ceremonias del sepelio de un gran jefe céltico. La imagen resulta impresionante y evocadora. Sobre un altozano, al caer de la tarde, se ha excavado una profunda fosa. Tres hombres se esfuerzan en hacer entrar en la tumba el pesado carro de guerra del caudillo muerto. A un lado, sobre la hierba, yace el cadáver boca arriba, calzado con una especie de mocasines de cuero y vestido con una túnica de cuadros rojos y amarillos. Unas mujeres lloran desesperadamente y se mesan los cabellos, mientras dos sacerdotes druidas, impolutamente revestidos de blanco, miran hacia lo alto invocando a los dioses. A la derecha de la escena, un familiar del difunto vierte vino en una vasija, mientras otro prepara un collar de oro. A la izquierda, el hijo o sucesor del jefe desaparecido permanece firme, arropado por sus soldados, y sujeta en su mano el escudo del padre. Alrededor del grupo, una multitud grave y entristecida enarbola antorchas encendidas, que dan un tinte rojizo al crepúsculo. Un siervo sujeta por la brida a dos caballos inquietos. De todo el cuadro se desprende una extraña sensación de serenidad y de paz.

**4**

**LOS CELTAS EN ESPAÑA**

## Los celtas cruzan los Pirineos

Hemos expuesto ya, en un capítulo anterior, la tremenda expansión de los pueblos célticos durante la cultura de los campos de urnas (*Urnenfelder*), que en la terminología y en la cronología de Reinecke equivale a los períodos A y B de la cultura de Hallstatt. Las tribus incineradoras dejaron su huella hasta el norte del río Elba, e incluso en tierras de Jutlandia; lo cual quiere decir que hicieron retroceder las fronteras de los belicosos germanos. Y entretanto, se derramaron como agua vertida por todo el occidente de Europa, alcanzando las Islas Británicas, penetrando en Italia e inundando Francia. Luego, por los pasos de los Pirineos, llegaron a Cataluña y a Navarra.

Según el prehistoriador Antonio Arribas<sup>1</sup>, las invasiones célticas en la Península Ibérica se iniciaron en el siglo IX a.C. bien sea en dos oleadas —como sostienen algunos autores—, o en un continuado y paulatino fluir —como afirman otros—. En el siglo VII a.C., una oleada céltica trajo la cerámica decorada con motivos de excisión, cuyos más importantes yacimientos son El Redal, y Roquizal del Rullo, en el valle del Ebro. Luego, hacia el año 600, llegan las tribus de los sefes, lugones y vetones. Y, finalmente, ya en el siglo VI, los belgas.

Otros arqueólogos, como Martín Almagro<sup>2</sup> o Santa-Olalla<sup>3</sup>, sostienen la teoría de que sólo hubo una invasión céltica, que se produjo en el siglo VIII a.C. Señalan que en el año 1000 hubo una preinvasión iliria, después de la cual llegaron a la Península tribus precélticas, de la cultura de los túmulos, por el oeste, y gentes de los *Urnenfelder* por el este.

Para Bosch Gimpera, el último período de la cultura de Hallstatt —Hallstatt D—, coincide con la primera expansión germánica, debida probablemente al fuerte incremento de la población en las culturas nórdicas. Los germanos descendieron nuevamente hacia el Elba, rebasándolo, cruzando Oldenburg y Westfalia, y llegando, allá por el año 800, hasta el Rin. Todo ello dio lugar a la formación de la llamada «cultura germánica de Wessenstedt», que floreció en buena parte de Westfalia y Holanda, y que empujó hacia Inglaterra a varios grupos célticos. Grupos que luego se asentaron en Nottingham y Yorkshire (cultura de Devenel).

Otra tribu céltica desplazada hacia el sur por los germanos fue la de los lemovii de Oldenburg, que penetraron en Francia, y que son los lemovices del Limousin; así como los cempsos, que procedían de la cultura Vleder-Bonningardt, y que llegaron a la Península Ibérica. Las huellas de estas bandas célticas se han hallado en el castro de Cortes (Navarra) y en la necrópolis del Redal (Rioja), donde también estuvieron asentados los celtas berones.

Constituye un detalle curioso que, migrando junto con los cempsos, llegó a España un pequeño grupo de gentes germánicas, denominadas *germani*, y que formaban como una punta de lanza del movimiento teutónico hacia las tierras soleadas del sur. Norden<sup>4</sup> sostiene la teoría de que los germani, al parecer muy andariegos, puesto que llegaron a Sierra Morena, dieron pie a la

---

<sup>1</sup> Antonio Arribas: "La Edad del Bronce en la Península Ibérica", en *Las raíces de España*, de Gómez-Tabanera. Madrid, 1967.

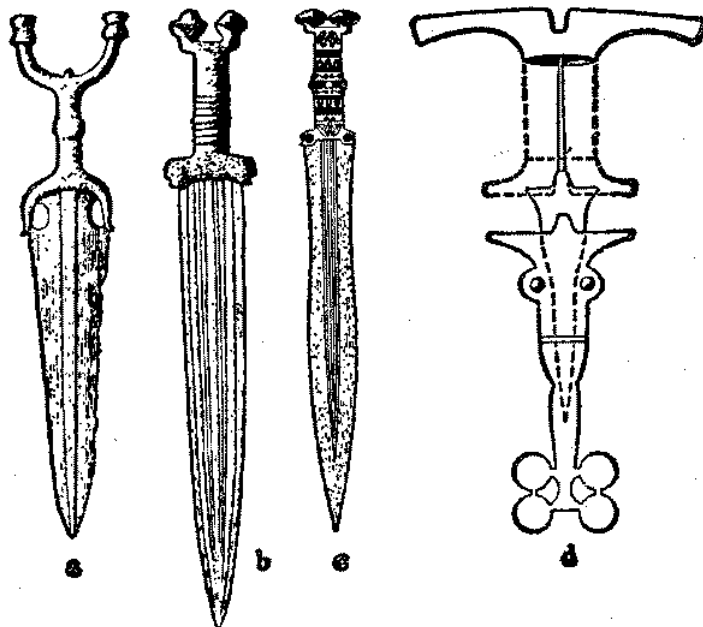
<sup>2</sup> Martín Almagro Basch: *Prehistoria*. Madrid, Espasa Calpe, 1960.

<sup>3</sup> J. Martínez Santa-Olalla: *Esquema paleontológico de la Península hispánica*. Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid, 1946.

<sup>4</sup> E. Norden: *Einleitung in die Altertumswissenschaft* Leipzig, 1912.

generalización del apelativo «germano» para todos los pueblos de aquella raza nórdica.

Otras tribus celtas, asentadas en el Bajo Rin y en las regiones meridionales de Holanda y Bélgica —principalmente los pelendones—, entraron también en la Península Ibérica portando la cerámica excisa (de *excidere*, sacar o vaciar cortando). Se trata de la cultura que se ha llamado «hallstática arcaica», que aparece en algunos castros de Soria, en las capas inferiores de Numancia, en Las Tajadas de Bezas (Teruel), etc. Esta expansión de la tribu de los pelendones cubrió gran parte del centro de la Península y penetró claramente en Aragón, donde se ha encontrado cerámica excisa en Roquizal del Rullo, provincia de Zaragoza.



Armas de la Edad del Hierro, en España: *a)* Puñal de bronce del castro de Coubeira (Lugo). *b)* Espada pequeña, de hierro, encontrada en Aguilar de Anguita (Guadalajara). *c)* Espada pequeña, de La Osera (Avila). *d)* Puñal de hierro, del tipo de Miraveche, hallado en La Osera (Avila).

Las referidas migraciones célticas, que comenzaron en tierras de Alemania, como ya se ha indicado, alrededor del 800 a.C. alcanzaron el corazón de nuestra Península allá por el año 700. A todo lo largo de la parte occidental de Francia, y en el litoral atlántico —Charente, Haute-Vienne, Dordogne, las Landas, Gironda, etc.—, se han encontrado testimonios arqueológicos del paso de los pelendones. Aquellas tribus andariegas y aventureras, como todas las de raza celta, gustaban de asentarse de cuando en cuando para reposar de sus fatigas. La visión del mar les encandilaba, calmaba sus ímpetus y les predisponía a la vida sedentaria.

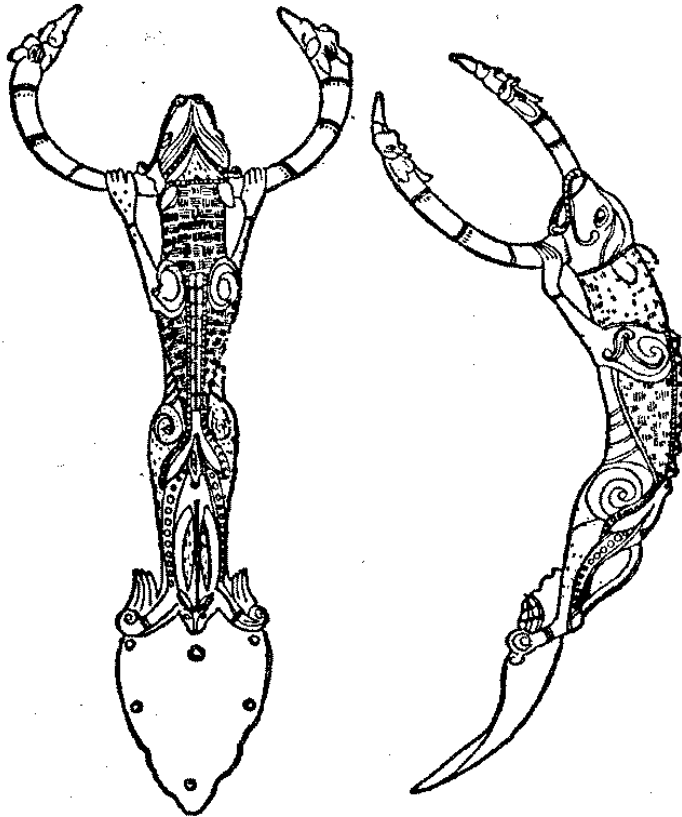
Como ya hemos insinuado, con estos grupos célticos de la cultura hallstática primitiva, marcharon entremezclados pueblos germánicos: los eburones, que han dejado varios nombres toponímicos en España y en Portugal; los ambrones; los cimbrios, que procedían de Jutlandia y del norte de Hannover. En Extremadura, Jaén y en el Alentejo y el Algarve portugueses, los arqueólogos han descubierto piedras grabadas, en sepulturas de guerreros y caudillos, relacionadas con estos grupos germánicos. En ellas, groseramente dibujados, se distinguen carros

de guerra, escudos, lanzas, hachas y cascos.

## La entrada masiva de los celtas

Siempre bajo la presión de los pueblos teutones, un conglomerado de tribus célticas derivaron hacia el sur, cruzando Francia y dirigiéndose a la Península Ibérica. Los sefes, acampados entre Colonia y Coblenza, partieron hacia el oeste, siguiendo el valle del río Mosela. Los turones —de Turingia—, marcharon tras de sus huellas, con los boios de la orilla norte del Main. A medida que ganaban terreno hacia el sudoeste, se les unían los bituriges, los nemetes y los santones.

Parece ser, según los investigadores, que la gran riada humana, desde Lorena y el alto Mosela, siguió hacia Bar-le-Duc, Troyes y Nemours. Luego cruzaron el Orleanesado y la Turena, hasta Limoges, las Landas, y finalmente alcanzaron los pasos del Pirineo navarro. Pero parte de estas tribus se quedó en Francia. Grupos de bituriges se asentaron en la zona de Bourges, los turones, en la Turena, y los santones en la Saintonge. Pero la gran masa, engrosada por los celtas belgas, que venían tras de sus pasos, entró en España y se estableció en la Meseta.



Asa de bronce de un jarro céltico, encontrada en Borchel Ave (Turingia).

A partir de este momento puede "hablarse ya de una España céltica. Los autores griegos dieron a la Península, como primer nombre conocido, el de *Keltiké*.

Los suessiones debieron quedar seducidos por la agreste belleza de las comarcas pirenaicas y fijaron sus reales en plena cordillera, en la zona de Roncesvalles. Los origeviones se asentaron en las costas de las provincias vascas, y los caristios en el valle del Deva, nombre netamente céltico.

En el camino de la Meseta, por Pancorbo y el norte de la provincia de Burgos, acamparon los autrigones. Un reducido grupo de la tribu de los velegienses, también célticos, se establecieron en el norte de Palencia, en Aguilar de Campoo. Y en las llanuras de la Meseta superior se estabilizaron los ambianos y los turmódigos. Conviene señalar aquí que la masiva entrada de todas estas tribus en la Meseta dispersó en todas las direcciones de la rosa de los vientos a los grupos célticos que habían llegado en primer lugar.

En el solar actual de las provincias de Palencia y Valladolid, distribuyéndose hacia Soria y todo el valle del Duero, predominaron los vacceos occidentales y los arévacos, que, según parece, integraban la gran tribu de los bellovacos. La Tierra de Campos y Zamora, que tiene nombre céltico, fueron solar de los vacceos. Entretanto, los belgas de la Meseta superior se infiltraron, por los pasos de las sierras de Gata y de Gredos, en Extremadura, y los turmogos llegaron a Cáceres. Es probable que la punta más avanzada de la infiltración llegara hasta las montañas de Aroche, en el norte de la provincia de Huelva.

Los arévacos siguieron hacia las fuentes del Duero, arrojando a los antiguos pelendones de la región de Numancia. Es posible, incluso, que algunas bandas de dicha tribu llegaran a Tudela, en donde fueron llamados, simple y genéricamente *cettici*, y otras derivaran hacia Guadalajara. De la gran familia tribal de los bellovacos, que ya hemos mencionado repetidamente, se desgajaron los belli, que pasaron a ser sedentarios en el valle del Jalón. Posiblemente, empujaron a los turones, que habían ocupado aquella comarca años antes, y que se vieron obligados a dirigirse a «Teruel», donde se les denominó *turodi*. Más tarde, estos grupos de celtas turones llegaron al mar. Algunos eruditos han buscado raíces célticas al nombre de Sagunto.

Un grupo de los belgas, que son a buen seguro los oleades, han dejado testimonio de su asentamiento en Cuenca, y al norte de la Mancha, y de sus correrías por Motilla del Palancar, Utiel y Requena.

## Los celtas en Cantabria y en Galicia

Los grupos indígenas cántabros, que algunos suponen ibéricos, ocupaban la provincia de Santander, la parte este de Asturias hasta el río Sella, y los Picos de Europa hasta la porción septentrional de la Meseta leonesa. En cierto modo, esos pueblos permanecieron intactos e independientes.

Nos han llegado los nombres de los indómitos grupos cántabros, entre los que figuran los coniscos, los aurini, los orgenomesci —que se extendían por el litoral, desde Santoña hasta Ribadesella—, los moreccani, en las fuentes del Ebro, los concani, en la comarca de Potes, los tamarici, bajo los Picos de Europa, etc.

Los indígenas astures señoreaban la región a la que han dado nombre, y se extendían por la provincia de León, hasta el Cea y Benavente. Una tribu de astures, los zoelae, se habían asentado en Portugal, en la región de Braganza.

No obstante, cántabros y astures, pese a su feroz espíritu de independencia, sufrieron, en cierto

modo, la influencia de los celtas. Ya hemos citado a los celtas velegienses, que llegaron hasta muy cerca de Santander; pero, además, se produjeron otras infiltraciones célticas. El nombre mismo de Braganza (*Brigantium*), denota una clara celtización; como el de Benavente (*Brigaetium*), relacionado con los brigaetti célticos.

Desde el norte de Zamora llegaron tribus célticas a las tierras de Galicia y de Asturias, como los lungones o lingones, que ocuparon una amplia zona, desde el Puerto de Pajares hasta Oviedo. En el nordeste de la provincia de León, es decir, en la hermosa comarca del Bierzo (Cacabelos, Villafranca del Bierzo, Vega de Espinareda), la celtización fue bastante intensa. Y en la sierra de Rañadoiro, tuvieron sus cuarteles los albiones.

Por el Puerto de Piedrafita arribaron a lo que es hoy día la provincia de Lugo los celtas lemavi, también denominados lemovices, los seurri, cuyas huellas aparecen en el valle del río Eo, y los capori, del alto Miño. Los brigantii escogieron la zona norte de la provincia de Coruña, mientras los nerii se esparcían por la costa y los baedii por el interior, donde hoy se levantan Padrón y Betanzos. Más al sur, en Pontevedra, los cilini se convirtieron en sedentarios.

El maestro Bosch Gimpera, tantas veces citado, denomina «galaicos lucenses» a todos los miembros de estas tribus célticas que acabamos de mencionar, y afirma que ocuparon un amplio territorio, limitado por el mar, las montañas del sur de la ría de Vigo, la zona norte de Tuy, la confluencia del Sil y del Miño, la sierra de Caurel, el puerto de Piedrafita y la sierra de Rañadoiro.

En el norte de Portugal y sur de la región gallega, se asentaron los «galaicos braceros», entre cuyas tribus figuraban los grovii, de Tuy; los lubaeni, cerca de Moncao; los nemetes, en la cuenca del Ave, extendiéndose hasta cerca de Oporto.

Todos estos grupos radicaban cerca de la costa, mientras que, hacia el interior, tenían sus hábitats los narbasii, en Orense; los limici, en Ginzos de Limia; los bibali en Viana del Bollo. Y más al sur, en tierras portuguesas, moraban los turodi —que no son otros que los ya nominados turones—, en Tras-Os-Montes; los luanci en la cuenca del Tamega, y los equaesii en las cimas de Mogadouro. Los caelerini, también integrantes del gran grupo de los «galaicos braceros», vivían al sur del río Duero, en Beira Alta.

El nutrido pueblo céltico de los cempsos, que como ya hemos comentado anteriormente migraron desde el centro de Europa entremezclados con algunos grupos germánicos, se estableció en la región portuguesa del Alentejo. El Periplo Masaliota<sup>5</sup> nos proporciona noticias sobre los cempsos que llegaron hasta el norte de Lisboa y la sierra da Estrela. Límitrofes con ellos, se encontraban los sefes, o sea, el pueblo de la serpiente, de carácter totémico.

Estas dos tribus célticas figuran entre las del conglomerado asentado en la Meseta, que la tumultuosa entrada en España de los belgas dispersó por toda la periferia de la Península. Su estrecha relación con los celtas del grupo galaico queda evidenciada por la extensión del culto a la serpiente, extendido en todo el norte de Portugal y en Galicia. Algunos autores han supuesto que los sefes vinieron desde la Meseta por la ruta de Salamanca, Ciudad Rodrigo, Villar Formoso y el Mondego.

En el Periplo Masaliota se habla también de los celtas dráganos, que Schulten consideraba asentados en Asturias. No obstante, Berthelot<sup>6</sup> opina que se trata de los mismos grupos sefes, puesto que dráganos es una corrupción de draconi, y que la figuras totémicas de la serpiente y el

---

<sup>5</sup> Relato del viaje de Piteas de Marsella (Masalia) por las costas occidentales de Europa. Algunos historiadores lo ponen en tela de juicio.

<sup>6</sup> R. Berthelot: *Festus Avienus Ora Marítima*. París, 1934.

dragón son análogas.

Durante los días de la conquista de la Península Ibérica por los romanos, los celtas del centro de Portugal fueron borrados o arrinconados hacia el Alentejo y la Extremadura española, por el famoso pueblo de los lusitanos que, según parece, procedía de tribus indígenas precélticas. Pero, con todo, los lusitanos no pudieron librarse de la irresistible influencia cultural de los celtas. Su celeberrimo caudillo, Viriato, llevó un nombre de clarísima procedencia céltica (*viria* significa brazaletes y torques). Digamos, para terminar este apartado, que según ciertos prehistoriadores los cempsos llegaron hasta el límite sur de la Península, habiéndose hallado muestras de su paso en la provincia de Huelva y en la de Málaga. El Periplo Masaliota, tantas veces aludido, explica que la isla de Cartare, en el estuario del río Tinto (Huelva), había sido ocupada por los cempsos. Pero, en todo caso, esta ocupación fue muy breve, y las bandas célticas que hasta allí arribaron fueron absorbidas por los indígenas tartesios.

## Los celtíberos

Los historiadores clásicos se empeñaron, acaso un poco forzosamente, en distinguir tres zonas de la Península, con relación a la penetración de las tribus célticas. Afirmaron que, en el noroeste de España, los celtas se mantuvieron puros, sin mezclarse con los indígenas, mientras que, en la zona central —la Meseta—, entraron en estrecho contacto con los pueblos iberos, dando lugar al nacimiento de una nueva cultura. En cuanto a Levante, a lo largo de toda la costa del Mediterráneo, no hubo asentamientos célticos.

Pero los descubrimientos arqueológicos han complicado las cosas y han derribado las hipótesis excesivamente simples. Sin pretensiones definitivas, y meramente a título de divulgación y como intento de simplificar el problema, digamos que, ni hubo en realidad una comarca que se viera libre de la expansión céltica —ya hemos visto que llegaron a Huelva, Málaga y al viejo Mare Nostrum por la costa de Sagunto—, ni tampoco hubo lugar en que los celtas se hallaran a sus anchas, absolutamente solos. Bosch Gimpera, que ha estudiado el tema con mayor autoridad que nadie, y con minuciosidad y paciencia benedictinas, ha ido marcando, zona por zona, tribu por tribu, las migraciones y los asentamientos de los celtas, señalando la presencia en ocasiones de grupos germánicos, verdaderos «compañeros de viaje», y poniendo de relieve la existencia de los pueblos indígenas, que sufrieron la «celtización», pero que, a su vez, influyeron sobre los invasores y hasta a veces les absorbieron.

Todo ello plantea el problema de los celtíberos. Según la teoría sustentada por Bosch Gimpera, la primera invasión céltica de la Península, en el siglo IX a.C., no llegó a fusionarse con los indígenas ibéricos. Aquellos primeros celtas parecen haber sido más pacíficos y menos agresivos que los de la segunda oleada, que tuvo lugar allá por el año 500 a.C. «Estos segundos celtas —dice un historiador— son los que se fortifican en acrópolis muradas, dominan el país como señores feudales, hacen trabajar a los indígenas mientras ellos se entretienen en el deporte de la guerra, como los barones germánicos de la Edad Media. Son los celtíberos de los autores clásicos.»

Para la mayoría de los tratadistas, la segunda penetración céltica en España fue llevada a cabo por tribus procedentes de las Galias —*galli*—, que se establecieron inicialmente en la ribera derecha del Ebro en el año 500. Apenas podemos dudar del origen galo de esta segunda oleada, que ha quedado atestiguado por los nombres de ciertos ríos (Gallego, Arva), y por la



denominación de algunas localidades (Magallón, Gallur, Mallen, Gallocanta, Munebrega, etc.).

Al extenderse más hacia el centro y sur de la Península, estas tribus galas se fusionaron con las indígenas, formando un nuevo pueblo de particular idiosincrasia, y con usos y costumbres peculiares, que fue llamado «celtíbero» por los historiadores clásicos y por la gran mayoría de los contemporáneos. Pero no hay acuerdo sobre si tal fusión se llevó a cabo de manera gradual y pacífica, o si fue el resultado de una serie de guerras encarnizadas.

Lucano, en *La Farsalia*, ensalza la unión de los dos pueblos para formar una nueva raza. Sin embargo, Diodoro de Sicilia menciona explícitamente las luchas que precedieron a la fusión, y hasta alude a la paz que firmaron los celtas y los iberos enfrentados.

Existen, además, otras teorías sobre este particular. Mientras algún investigador opina que los supuestos celtíberos no fueron otra cosa que tribus célticas que habían adoptado a fondo las costumbres iberas, otras reducen la cuestión a considerar que el término «celtíbero» es una pura nominación geográfica.

Pero sea como fuere, lo cierto es que hubo una zona o área de expansión celtíbera, demostrada por los restos arqueológicos hallados en Bíbilis (Calatayud), Setabis (Játiva), Segóbriga (Segorbe) y Titia (Atienza). Luego, los celtíberos se extendieron más al sur, alcanzando el borde nordeste de la Meseta. Al quedar completada la conquista de España por los romanos, la llamada Celtiberia quedó incluida dentro de la Tarraconense.

Los celtíberos, como sus hermanos de sangre los celtas, eran gentes extremadamente belicosas y muy capaces para la guerra. Celosos de su libertad y de su independencia, lucharon contra la presión de cartagineses y de romanos. Ya hablaremos luego de la denodada defensa de su principal bastión, Numancia, que les ha inmortalizado. Las fuentes romanas, para referirse a los celtíberos, usan la memorable expresión *natio rebellatrix*, es decir, nación rebelde.

Solían guerrear en campo abierto, con ciertas nociones tácticas muy poco frecuentes entre los pueblos célticos, y despreciando la posibilidad de esconderse o parapetarse en selvas y montañas. Todo lo cual nos induce a suponer que la sangre céltica estaba, en ellos, mezclada con la de otros grupos étnicos. Esos conocimientos tácticos y estratégicos rudimentarios les permitieron poder afrontar a las avezadas legiones romanas, y en más de una ocasión las obligaron a retirarse. Coadyuvó a sus triunfos la habilidad de buscar alianzas con otras tribus y pueblos vecinos, como los pelendones, los arevacos, los ólcades, los lusones, etc., de todos los cuales ya hemos hablado. De esta forma consiguieron poner en pie de guerra ejércitos que pasaban de los treinta mil hombres.

La tendencia a buscar alianzas y a federarse con otras naciones para poder hacer frente al enemigo distingue a los celtíberos de los grupos puramente célticos. Recordemos que Tácito, con su agudeza habitual, dice en su *Vida de Julio Agrícola*, comentando las costumbres de los britanos: «Antes tenían reyes, pero ahora se encuentran divididos en facciones y partidos bajo diferentes caudillos, y para nosotros no hay nada más útil contra pueblos tan poderosos como su falta de unión. Es raro que se reúnan dos o tres pueblos para rechazar el peligro común, de modo que luchando aisladamente se los vence a todos.»

Pero los celtíberos poseyeron un notable sentido de la organización y de la unión. Construían fortalezas con altas torres, situadas a determinados intervalos, desde las cuales podían comunicarse las nuevas sobre la proximidad y el número del enemigo por medio de grandes fogatas. Sus armas consistían en grandes escudos y penetrantes venablos con puntas de hierro, que lanzaban a considerable distancia y que llamaban *lancaeae*. Como todos los celtas, eran buenos metalúrgicos; templaban el hierro dejándolo enmohecer bajo tierra y sumergiéndolo luego en las aguas del Calibe —hoy el Cabe— y el Lalo. Esgrimían, además, la típica espada gala y el

puñal, que los griegos denominaban *para xiphides*, porque colgaba del mismo lado que la espada y tenía forma curvada.

Se protegían la cabeza y cara, durante el combate, con cascos o capacetes de bronce, que con frecuencia solían adornar con un penacho de plumas encarnadas.

En la vida cotidiana vestían de negro, con el típico *sagum* de los galos y las calzas o bragas ceñidas. Algunos llevaban el *sagum cucullatum*, especie de manto de forma cuadrada, con una capilla o caperuza en uno de los ángulos, que servía para cubrir la cabeza en tiempo frío. Virgilio, en la *Eneida*, hablando de los galos, dice que vestían los *virgatis sagulis* o mantos estriados.

La religión de los celtíberos era, fundamentalmente, análoga a la de los primitivos galos, entreverada con una serie de creencias supersticiosas, probablemente de origen oriental. El geógrafo Estrabón cuenta que en las noches de plenilunio efectuaban sacrificios a los dioses delante de sus umbrales, y les llegaba la madrugada en medio de bailes y jolgorio familiar. Valerio Máximo cita también la costumbre, arraigadísima, de los sacrificios. Parece ser que los sacerdotes celtibéricos eran bastante similares a los druidas galos y britanos.

Su organización política y sociológica descansaba sobre la institución de la *gens* o tribu. Cada una de ellas era autónoma, pero se agrupaban todas en una federación. Su órgano deliberante y decisorio era la asamblea tribal, integrada por individuos pertenecientes a las castas sociales superiores. La asamblea (*Senatus*) decidía sobre la guerra y la paz, y tenía la función especial de designar al jefe supremo o caudillo militar. De la clase aristocrática salían los miembros natos de la asamblea, los príncipes o jefes de las federaciones de tribus, y los embajadores y legados.

El historiador romano Tito Livio —cuyo nombre, curiosamente, como los de Virgilio y Cátulo, tiene reminiscencias célticas—menciona como vigente entre los celtíberos la institución de la «clientela», y cita el caso de Alucio, *princeps Celtiberorum*, que agradecido al romano Escipión, que le había restituido a su prometida esposa, cautiva, se constituyó voluntariamente en cliente suyo.

Entre las instituciones jurídicas más notorias de los celtíberos, hemos de citar la dote matrimonial —existente en todos los pueblos celtas—, el consejo de familia, el derecho de viudedad, la adopción, que se rodeaba de símbolos para darle mayor consistencia, y el ósculo o beso, que tenía un carácter simbólico en las ceremonias de la paz, pero que también podía adquirir consecuencias jurídicas.

El consejo de familia de los celtíberos, que ha pasado al Derecho aragonés, ha sido estudiado por el insigne polígrafo don Joaquín Costa<sup>7</sup>. Suponía una verdadera asamblea, aunque de carácter privado, de la que formaban parte todos los parientes del menor o incapaz, y era muy superior, en todos los aspectos, al forzado y poco efectivo organismo homónimo del Código Civil español, que lo copió a la letra del Código de Napoleón. El consejo de familia de los celtíberos ha permanecido vivo en el Derecho consuetudinario del Alto Aragón.

En cuanto al beso u ósculo, con trascendencia jurídica, hace referencia a una curiosa costumbre, según la cual si el novio besaba a la novia delante de un cierto número de familiares o vecinos, contraía esponsales, y en caso de morir antes de celebrarse el matrimonio, la prometida tenía derecho a una parte de la herencia. Séneca menciona esta costumbre entre los primitivos habitantes de Córdoba. Y el emperador romano Constantino el Grande la elevó a la categoría de ley, en una constitución del año 336.

También merece una breve mención la extraña costumbre celtíbera de la *couvade*, que consistía en la paradójica práctica de acostarse el marido, después de que la esposa había dado a

---

<sup>7</sup> Joaquín Costa: *El Consejo de Familia en España*. Madrid, 1890.

luz. La ceremonia duraba varios días, durante los cuales la mujer atendía y cuidaba solícitamente al varón. Parece ser que tal costumbre era practicada también por los cántabros, y de ella deducen algunos autores la existencia de un matriarcado primitivo en la Península. Sin embargo, la hipótesis ha sido objeto de muchas impugnaciones, pese a que fue hallada una inscripción en Tarazona, que hace referencia a la *couvade*. Se ha argumentado<sup>8</sup> que dicha inscripción sólo se refiere a hijos ilegítimos, y por consiguiente no puede ser aducida como prueba para establecer la existencia de un matriarcado, es decir, un régimen de supremacía de la madre, con filiación matrilineal de los hijos. Lo más probable es que el sistema vigente entre los celtíberos fuera el patriarcal.

## La cultura de los castros

Con la tribu céltica de los cempsos, ha escrito Bosch Gimpera, llegó a la Península la «cultura de las urnas de Vlender-Bennghardt», que supone una fase degenerada de los *Urnenfelder*. Y con la tribu de los pelendones llegó la cultura que podemos denominar de los castros —o poblados— de las tierras de Soria, y cuyos restos han podido localizarse en Castillo de las Espinillas, Valdeavellano de Tera, Castil Frío, etc. Es muy posible que los pelendones y otras tribus cuyos nombres han quedado en el olvido, trajeran también la cultura «hallstática arcaica», con la típica cerámica decorada con excisiones, que aparece en castro de las Cogotas, en Cardeñosa (Avila), y se extiende luego ampliamente, desde Numancia, en la provincia de Soria —capa inferior de Numancia y zona de su circunvalación, como el Molino de Benjamín—, hasta la vega del Ebro. Recordemos que en Roquizal del Rullo (Fabara) y en Chiprana, se ha encontrado cerámica excisa, aunque a veces entremezclada con cerámica pintada, que no es ibérica, sino claramente hallstática.

Los pueblos del llamado «conglomerado céltico» —sefes, nemetes, turones—, nos han dejado huellas de su cultura en la provincia de Avila (castro de las Cogotas, ya mencionado, castro de la Mesa de Miranda, en Chamartín de la Sierra, con su necrópolis de La Osera), y en Los Areneros, de Madrid. En el castro de la Mesa de Miranda hubo en otro tiempo una escultura de toro que señalaba la entrada del poblado, y es una de tantas efigies de «bichas o verracos», como las llama el pueblo, estrechamente relacionadas con la cultura de los castros, durante la segunda Edad del Hierro.

Por toda la Meseta y hacia el noroeste de España se encuentran esparcidos más de trescientos toros, verracos u otros animales —cuya grosera factura no permite identificarlos—, tallados en piedra. Parte de ellos se hallan en sus lugares originarios, es decir, en las acrópolis y poblados de los celtas, pero otros se encuentran en casas particulares y museos. Y algunos están en despoblados, ignorándose el porqué de su actual emplazamiento.

Existen variadas hipótesis sobre la finalidad de tales esculturas. Parece que las situadas en la entrada o en el interior de los poblados eran animales de carácter totémico, y constituían los símbolos patronímicos de las diversas tribus y clanes (clanes del verraco, del toro, del lobo, etc.). Otras hacían las veces de mojones o hitos fronterizos, y hasta quizá algunas de tales figuras pétreas eran monumentos funerarios, simbolizando los anuales sacrificios por el héroe o jefe allí sepultado. En Alemania abundan también este tipo de esculturas en los túmulos funerarios. Su

---

<sup>8</sup> Caguat y otros.

presencia disipaba todo temor de que los vivos olvidaran los sacrificios rituales en el aniversario del muerto.

Las más renombradas de estas esculturas de animales son los archifamosos «toros de Guisando», existentes en San Martín de Valdeiglesias, de la provincia de Madrid. Antaño estuvieron esparcidos por los campos cercanos al monasterio de Guisando, que se halla enclavado ya dentro de los límites provinciales de Avila. Ahora se hallan alineados al pie del cerro donde se levantaba el convento, que es actualmente una mansión particular.

No parece probable, como algún autor ha sostenido, que esos toros o verracos se relacionen o deriven de las figuras de monstruos de las regiones levantinas. Algunos fueron destinados a decorar tumbas en la época romana. En la Casa de la Villa de Puente de Duero (Coruña), se encuentra un verraco celtíbero, con un epitafio muy posterior grabado sobre su lomo.

La hipótesis más plausible y admitida es la que asigna, como ya hemos dicho antes, carácter totémico a estas imponentes esculturas pétreas. Sabemos que los bibroci tenían como tótem protector al castor. Y que los sefes de Galicia y Portugal poseían como tótem la serpiente, de la que se derivaba su nombre. *Sepes*, en lengua griega, quiere decir «serpiente». Según las viejas leyendas del oeste de la Península, los «hombres de la serpiente» expulsaron del país a otros pueblos más antiguos. En las ruinas de los castillos celtas —que en Galicia y Portugal se denominan castros y citanias— perviven las leyendas de serpientes que han quedado allí, por los siglos de los siglos, como fieles guardianes.

Por lo tanto, es probable que algunas tribus célticas del interior tuvieran como animal totémico el toro o el verraco. Pero el nombre de esas tribus o clanes se ha borrado por completo.

Aparte de las mencionadas figuras de piedra, los pueblos del «conglomerado céltico» nos han legado otros hallazgos arqueológicos. Podemos citar la diadema de oro de Ribadeo, que en realidad fue hallada en San Martín de Óseos (Oviedo). Gómez-Tabariera<sup>9</sup>, que ha estudiado este valioso joyel, afirma que las figuras que aparecen en las dos franjas superpuestas de la diadema representan una procesión de infantes y jinetes, que enarbolan discos áureos y otros objetos sagrados, tomando parte en una complicada ceremonia de «regeneración solar».

Notable es, asimismo, el jinete de bronce, armado con lanza, descubierto en Almorchón, cerca de Cabeza de Buey (Badajoz). Y abundantes son los bronceos, de tosca factura, aparecidos en la Meseta y en Extremadura, así como los broches de cinturón de tres púas y las fíbulas de pie alto.

Los castros, o poblados, del tipo de los *Ringwälls*, en forma circular, del centro de Europa, abundan en el territorio de la Península Ibérica, principalmente en Galicia y Portugal. Aparecen incluso, en época muy tardía, en el país vasco —castro de Inchur, en el centro de Guipúzcoa—, y en tierras de Asturias —castros de Coaña, del que hablaremos luego, de Caravia, de Pendía, etc.

Numancia, según el profesor Bosch Gimpera, es un verdadero castro o *ringwäll*, que fue ensanchado repetidas veces y que acabó por ser una ciudad celtíbera amurallada. En un principio, según lo demuestran las capas estratigráficas más profundas, aparecen muchos rasgos de la cultura hallstática de los pelendones, con cerámica policromada de figuras de animales. Después se produjo la conquista de las llanuras sorianas por los arévacos.

Los castros célticos están, a veces, rodeados de varias murallas paralelas. Las casas suelen ser de planta redonda, oval y hasta rectangular, con vestíbulos de piedra. Pero también hay simples chozas, con el techo pajizo. En algunas hay bancos de piedra.

En Portugal y Galicia, los castros perduran hasta la época del Imperio romano y llegan a ser verdaderas ciudades. Así, por ejemplo, Santa Tecla, en Pontevedra, y la Citania de San Salvador

---

<sup>9</sup> J. M. Gómez-Tabanera: *Los pueblos antiguos de la Península Ibérica*. Madrid, 1967.

de Briteiros, al norte de Guimarães (Portugal). Las casas más importantes ostentan piedras de ornamentación, con rombos, espirales y trenzados —tan típicamente célticos—, y círculos con una estrella circunscrita. Ya hemos dicho que, relacionadas con los castros, existen las figuras de piedra de jabalíes, toros o verracos, llamados por los lugareños «bichas». Pero en la zona norte de Portugal se han hallado también estatuas de guerreros, con escudos redondos.

En las piedras de algunos castros hay grabadas figuras de serpientes, y de guerreros enarbolando lanzas o espadas. En la Citania, o castro de Briteiros, fue encontrada una estatua de mujer y un relieve fálico. En todos estos castros se han hallado también collares o torques de oro, brazaletes de bronce, y fíbulas anulares. En la cerámica abundan los círculos concéntricos y otros motivos geométricos. La cerámica pintada hallada en la Citania de Briteiros constituye una excepción.

Los monumentos funerarios de estos castros presentan a veces una parte subterránea, dividida en estancias pavimentadas y depósitos para el agua, como el de Briteiros. En una de las antecámaras, y a manera de puerta, existe la llamada «pedra formosa», a modo de fachada prodigiosamente decorada y labrada, con motivos geométricos, que conduce a un espacio semicircular. En la Citania de Sabroso hay otra *pedra formosa*, aunque menos espectacular.

Hay monumentos semejantes en los castros de Pendía (Asturias); en la cripta de la iglesia de Santa Marina das Aguas Santas (Orense), que formó parte de un castro; en el castro ya casi destruido de Monte da Saia; en el castro de Borneiro (La Coruña), y en el de Fontalva, cerca de Elvas (Portugal), entre otros. Los cadáveres de esos monumentos fúnebres fueron incinerados, por lo general, habiéndose encontrado piedras con cavidades, a modo de urnas cinerarias. Pero también se dan las señales de enterramientos.

El poblado o castro de Coaña, con el Concejo de Coaña (Asturias), produce una vivísima impresión en quien lo visita. Situado sobre una colina, en la vertiente izquierda del río Navia, se llega a él, de pronto, en un recodo del camino. Está constituido por una agrupación de casas celtas, que en conjunto forman como un triángulo redondeado. Las casas son, en su mayoría, circulares, y están construidas de piedra seca, generalmente pizarra. Sólo quedan los muros, hasta una altura de unos cuarenta centímetros, o más en ciertos casos. Desgraciadamente, durante siglos ha estado abandonado a su suerte, y los aldeanos aprovecharon las piedras y las planchas de pizarra para sus propios hogares. De 1940 a 1942 se llevaron a cabo excavaciones ordenadas, para limpiar de tierras el poblado y ponerlo más de relieve. García y Bellido<sup>10</sup>, que lo estudió a fondo, ha trazado un detallado plano del conjunto. Cerca de la entrada, por el camino que le da acceso, aparece una gran piedra plana, ahuecada, a modo de bañera. Se supone que debió servir para lavar los cadáveres, antes de sepultarlos, o acaso para las prácticas de embalsamar.

Desde el poblado de Coaña, sobre la colina, se divisa buena parte de la comarca, entreverada de tierras ocres y de masas verdeantes. Uno tiene la sensación de hallarse en otra época, en otro mundo. Parece como si el espíritu inquieto de los celtas permaneciera apegado a los lugares que habitaron durante largo tiempo.

En las necrópolis de los pueblos celtibéricos, que practicaban la incineración, se han hallado urnas cinerarias, con ciertas reminiscencias de los *Urnenfelder*. Son frecuentes, junto a las urnas, los hallazgos de sables curvos, llamados *falcatas*, que tuvieron una gran propagación en toda la Península, y que para algunos autores son de origen griego; aunque el profesor Bosch Gimpera los considera como una adaptación del cuchillo curvo de Hallstatt, el *hiebmesser*. La *falcata* es un arma extremadamente original, tanto por la forma de su empuñadura, en gancho, como por la de

---

<sup>10</sup> A. García y Bellido: *El castro de Coaña-Asturias*. Archivo Español de Arqueología, Madrid, 1941.

la hoja, con filo interior. Otros pueblos ibéricos, como los ilergetes, también la usaron.

Junto a la *falcata* se encuentra el *soliferreum*, venablo arrojadizo, todo de hierro, con punta agudísima, que parece haber dado origen al *pilum* de los romanos. Cabe citar también la espada recta, de dos filos, con puño de antenas. En la necrópolis portuguesa de Alcacer do Sal se hallaron espadas rectas, de bronce, damasquinadas, con incrustaciones de oro y plata, comparables a las piezas merovingias. Se ha dicho, sin embargo, que lo que se tomó por oro es cobre de revestimiento sobre el bronce. Los celtas eran maestros en lograr efectos fantásticos con los metales: el bronce tendía a formar un tono verdoso, el cobre le daba un color dorado, y el damasquinado de plata destacaba sobre el fondo.

## Numancia

El mayor de todos los poblados o castros celtíberos es sin duda alguna el de Numancia, que llegó a ocupar una superficie aproximada de veintidós hectáreas. Situada en una posición envidiable, prácticamente inexpugnable, en la confluencia del Duero y el Merdancho, Numancia fue el baluarte, el último reducto de los pueblos célticos frente al poder de Roma, como Alesia fue el centro final de la resistencia de los galos, en Francia.

Las varias excavaciones llevadas a cabo en las ruinas numantinas —desde la primera de 1803, efectuada por Juan Bautista Erro, hasta la de 1963, dirigida por Federico Watenberg, pasando por la de 1902, del famoso Adolf Schulten—, han hecho aparecer una urbanización en cuadrículado. Por su eje mayor la cruzan dos largas calles, atravesadas perpendicularmente por otras diez. Las calles periféricas adoptan formas curvas, impuestas por el contorno de la colina. La longitud de esas vías oscila entre los noventa y los trescientos metros.

No se ha descubierto, por ahora, ningún edificio público. Las manzanas que se han podido excavar muestran unas casas de tipo familiar, austeras y sin adornos. Los objetos encontrados son más bien pobres. Las gentes que vivieron allí en aquellos remotos días de su inmortal lucha contra Roma eran guerreros que vivían sin lujo y sin riquezas. Como ha dicho un historiador, vivieron como celtas y murieron como celtas. Agotadas todas las posibilidades de resistencia, extendidos todos los límites del valor militar, hicieron una pira funeraria común y se arrojaron a ella. Los romanos sólo pudieron llevarse como cautivos a cincuenta numantinos, heridos o descalabrados.

Ya hemos dicho antes que en el solar de Numancia estuvieron establecidos, probablemente, los pelendones y luego los arévacos. Después aparece la ciudad celtibérica, la Numancia propiamente dicha, incendiada y arrasada en el año 133 a.C., y finalmente la población levantada por los romanos aprovechando el trazado de la anterior.

Las excavaciones han permitido diferenciar veinte manzanas y diecinueve calles completas, deduciéndose que, en sus tiempos de esplendor, la ciudad contaba con unas dos mil casas, y una población fija y normal de unas ocho mil personas, más dos millares de guerreros que la defendían.

«Según puede observarse —dice Teógenes Ortego y Frías<sup>11</sup>—, quienes trazaron los planos iniciales tenían conocimiento de las ciudades coetáneas del área mediterránea y de las condiciones climáticas de la región numantina. En efecto, sobre míseros y primitivos

---

<sup>11</sup> Teógenes Ortego y Frías: *Numancia*. Soria, s. f.

asentamientos humanos, por fenómeno desconocido, se construye una ciudad con tan excelente sentido urbanístico en su conjunto, que supone unidad de propósito, dirección y organización colectiva, cambios fundamentales, en suma, aplicando fórmulas para su defensivo y práctico emplazamiento de altura y lucha contra las inclemencias, tales como evitar la total coincidencia de las bocacalles, con objeto de frenar, con el saliente de las esquinas, el impulso de los vientos dominantes.»

Las calles celtibéricas guardan cierta alineación, pero no son totalmente rectas, ni tienen una anchura uniforme. La calle C, por ejemplo, situada en la envoltura periférica, mide en su entrada, por el sur, cinco metros y cuarenta centímetros, mientras que en la mitad de su curso, sólo tiene de anchura unos tres metros y treinta centímetros. El empedrado de estas calles, tanto en el arroyo como en las aceras, que son bastante amplias, está integrado por cantos rodados y piedras irregulares, en los que puede advertirse el desgaste producido por el paso de los pesados carros. A cada lado de estas vías se alinean grandes cantos, sin labrar, formando las aceras, con la cara plana mirando hacia arriba. De cuando en cuando, en el arroyo, se encuentran grandes piedras, destinadas sin duda a facilitar el vado en tiempo lluvioso. En la esquina de las calles I y B, aparece esculpida una piedra con signos del alfabeto ibérico. En la calle D pueden apreciarse grabadas dos cruces gamadas, o esvásticas, con distinto giro. Este antiguo signo figura también en algunas piezas de cerámica pintada.

Más allá de la línea de murallas, en la vertiente sur del cerro, hay doce pequeños recintos de forma ovalada, constituidos por cercos de grandes piedras. Destaca, entre todos, un recinto de mayor tamaño y de forma trapezoidal. No hay acuerdo entre los investigadores sobre la finalidad de tales recintos. Se ha dicho que eran templos, lugares adecuados para los sacrificios, expositorio o *solarium* para la cura por el sol —a la que los pueblos celtas estaban tan inclinados—, etc. Silio Itálico y Eliano mencionan el rito celtíbero de entregar a las aves de rapiña los cuerpos de los guerreros muertos en combate; y en uno de los vasos pintados que se conservan en el museo numantino, aparece dicha escena sagrada. De manera que es, probablemente, la hipótesis más acertada.

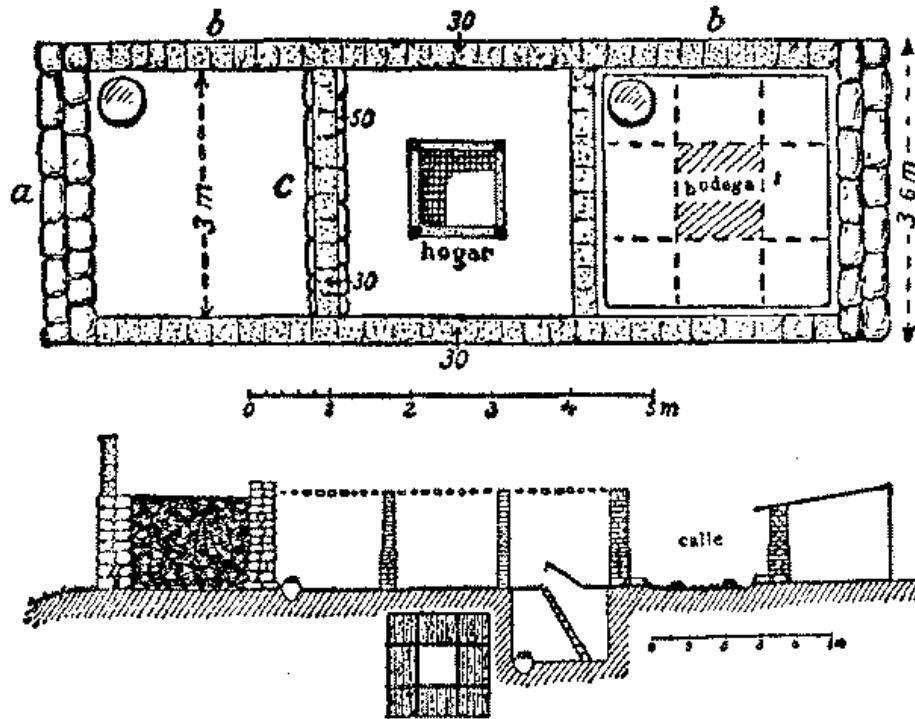
Sobre la existencia de las murallas numantinas hubo una intrincada polémica. Los autores clásicos tampoco estaban de acuerdo. Floro habla de una «ciudad sin torres ni murallas», y Orosio sigue su criterio; mientras que Apiano pondera las defensas de la fortaleza. Pero las excavaciones arqueológicas han demostrado que Numancia estuvo fuertemente amurallada. Ya en el siglo XVIII pudo Loperráez esbozar un croquis de las murallas, entonces más aparentes y mejor conservadas que ahora. Según este dibujo topográfico, en las vertientes había tres cercos o vallados, de piedra seca, coronados por un murallón de cinco palmos de ancho, con dos ángulos, en los extremos, contruidos con piedra y argamasa de cal y arena.

En las excavaciones de 1905, Schulten encontró los cimientos de una muralla, de tres a cuatro metros de anchura, con torreones salientes, de planta cuadrada, de cinco metros de lado. La comisión investigadora española, presidida por Mélida, descubrió también fragmentos de muralla hacia la parte sudeste. Últimamente, las fotografías aéreas han demostrado que las fortificaciones numantinas formaban terraplenes sucesivos, con escarpa y fuertes torreones de apoyo.

Ha resultado muy difícil entrever, bajo las últimas construcciones romanas, posteriores, naturalmente, a la destrucción de la ciudad, la disposición de las casas de los celtíberos. El trazado de la construcción se reduce a muros alargados y paralelos hasta doce metros, hechos de mampostería y perpendiculares a la fachada, formando crujías de tres a seis metros, cortadas en ocasiones por tabiques de adobe, de unos treinta centímetros de grosor.

Según el geógrafo Estrabón, los celtíberos cubrían sus viviendas con ramaje, aunque situaban

lajas o planchas de piedra pizarrosa, a fin de inmovilizar el tejado y proteger del fuego los orificios de salida de humos. Además de las ramas, solían revestir el tejado de un grueso manto de barro endurecido. Cerca de la muralla de poniente se ha podido excavar la planta de una casa celtíbera, casi completa. Tiene forma rectangular, con una anchura de tres metros sesenta centímetros, y una profundidad de treinta. Está dividida en tres piezas sucesivas. En la central hay el hogar, en el que se conservan restos de carbones de pino, roble, álamo, fresno y sauce. En el centro de otra de las habitaciones, se abre la trampa de la bodega subterránea.



Planta y sección de una casa celtibérica de Numancia, excavada junto a la muralla de poniente.

Las dependencias parece que estuvieran enjalbegadas con cal y a veces con arcillas colorantes —hematites rojas y pardas—. La bodega o cueva no falta en ninguna casa, y se halla en la proximidad de la calle, probablemente para que tuviera más luz. Suelen tener una profundidad de metro y medio, a dos metros, con la entrada redondeada y un brocal saliente, de adobe. El ahumado hallado en el barro de las paredes hace suponer, que además de bodega, y almacén de provisiones, hicieron las veces de cocina. Se han encontrado, en estas cuevas, tinajas y vasijas de alfarería, jarros y hasta piedras de afilar cuchillos.

En otras viviendas se han hallado señales de haber existido una fragua, o una alfarería y, a veces, habitaciones subterráneas comunicadas con la bodega.

Uno de los mayores problemas afrontados por los excavadores ha sido la búsqueda de la necrópolis, que hasta ahora constituye un enigma, y que no ha sido hallada. Sólo se han encontrado urnas cinerarias aisladas y cráneos sueltos, sin maxilar inferior, que son, probablemente, cabezas-trofeos de enemigos, según la costumbre céltica.

Superpuestas sobre el trazado de las calles celtibéricas, pueden observarse tramos de las calles romanas, con pavimento de grandes piedras planas, regularmente conjuntadas. En los callejones o



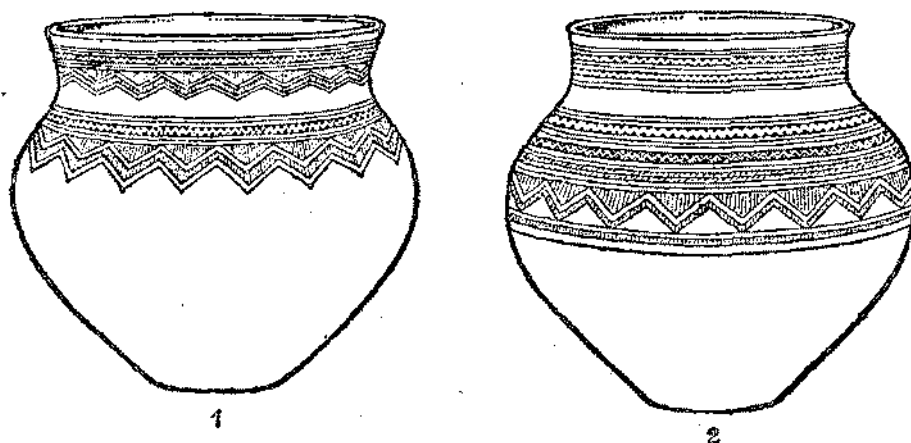
vías secundarias existen cantos pequeños y gravilla apelmazada. Las aceras son de tierra, aunque muchas llevan el encintado del borde, con bordillos de piedra bien cortados. En algunas de estas calles romanas han aparecido canales, contruidos con losetas, para facilitar el desagüe.

Después de la destrucción de Numancia por Escipión, sus murallas fueron destruidas, y su territorio repartido entre los pueblos y tribus colindantes. Durante un siglo, las ruinas quedaron abandonadas, hasta que Octavio Augusto mandó construir la Vía Astúrica a Cesaraugusta. Entonces Numancia renació, repoblándose con celtíberos sometidos y algunos romanos, que vigilaban aquella importante arteria militar del Imperio.

Las casas de esta época son de planta más regular y muestran la técnica romana de embutir pilastrones rectangulares monolíticos, como apoyo de las estructuras superiores. Los servicios sanitarios de la ciudad señalan una cierta mejora. El agua de lluvia se recogía en pozos, conduciéndose el sobrante a las vertientes, en vez de dejarla estancada. Pero todavía no hay cloacas ni pavimentos de mosaico.

El material empleado para los muros es el de hiladas dobles de sillarejos, unidos con barro. En algunas casas aparece un vano de entrada, con puerta doble, y huecos de comunicación entre las distintas habitaciones. No aparece la cueva típica de las anteriores casas celtíberas, aunque sí los silos o despensas. Se han conservado las tejas planas y curvas —*tégula e ímbrex*— características de la construcción romana.

Algunas de estas casas romanas de Numancia, mejor conservadas, presentan un portal alargado, que da paso a un peristilo de aspecto corintio, con basamentos de seis columnas y habitaciones a los lados del atrio.



Tinajas halladas en el llamado Castillo del Molino, al sur de Numancia. Pertenecen a la cultura céltica, con decoración derivada del vaso campaniforme (Museos de Maguncia y Berlín).

Se supone que existieron edificios públicos en la Numancia reconstruida. Hacia la mitad del camino de acceso, a la izquierda, hay una gran excavación, en forma de hemiciclo abierto, donde probablemente existió un graderío para espectáculos. Y en la parte alta de la loma, correspondiente al centro de la ciudad, llaman poderosamente la atención los restos de un edificio rectangular, con muros de ladrillo y mortero, perforados al nivel del suelo por vanos cuadrados,

probables conducciones de calor de un horno. También se han descubierto indicios de unas termas públicas, o «caldario», y el emplazamiento del Foro, en la calle D, con vestigios de la fachada de un templo romano. Dos aras de piedra están dedicadas a Júpiter y a Marte. Parece ser que buena parte de los materiales y bloques de piedra que componían el Foro y el templo de la Numancia romanizada, han sido objeto de expoliación, ya en épocas pasadas, sirviendo para la edificación de la ermita llamada de los Mártires, en el camino a la ciudad, y hasta para las casas del vecino pueblo de Garray. Incluso en las localidades de Renieblas, y Ventosilla de San Juan, se aprovecharon bloques, contrafuertes y fustes encapitelados numantinos.

Según el mencionado erudito Ortego y Frías, se han hallado, en las excavaciones de Numancia unos doce mil objetos, la mayoría de la época celtíbera. Tres cuartas partes de ellos se conservan en el museo numantino, de Soria, y el resto se reparten entre el Museo Arqueológico Nacional, y los de Maguncia, Berlín y Bonn.

Estos hallazgos son muy variados y heterogéneos. Hay exvotos, recipientes con formas de animales construidos en barro rojo, vasijas y recipientes de muy diversas formas, con curiosos dibujos que representan aves estilizadas, denotando la mágica creativa de los celtas; y toros también estilizados y deformados, que podrían creerse del moderno arte abstracto; trompas de guerra, en barro cocido, muy bien decoradas; jarras de forma cilíndrica y boca estrechada, con una sola asa y cruces esvásticas a modo de motivos decorativos; puntas de flecha y restos de espadas y puñales, etc. Son muy conocidos, y han sido reproducidos muchas veces, los dibujos existentes en algunos vasos numantinos, que configuran una escena de doma de caballos, con aspecto de número circense, y otra escena de un combate singular entre un guerrero armado de lanza y escudo y otro con espada y lanza.

Entre los hallazgos numantinos no podemos silenciar las fíbulas de bronce, con figuras de caballo o de toro. No cabe duda de que el caballo incorpora la idea solar, tan céltica, como se demuestra por los pequeños círculos que salpican su cuello y crin. Son caballos muy parecidos a los diseñados por los galos del valle del Po. Pierre París<sup>12</sup>, ha escrito: «Todo es extraño en estos objetos, tanto el asunto como la ejecución artística.»

La verdad es que los objetos numantinos son rabiosamente celtas y ostentan la impresionante personalidad y genio de aquellos pueblos. Un historiador español ha dicho, con acierto, que Numancia fue «un centro formidable de resistencia celta». Y no solamente de resistencia y espíritu de independencia frente al poder de Roma, sino también de oposición a las formas y gustos artísticos clásicos.

## Las guerras numantinas

Sobre las cruentas luchas que acarrearón el trágico destino de Numancia, poseemos múltiples fuentes y un arsenal de datos; bien al contrario de lo que suele suceder con tantos otros aspectos de la epopeya céltica. Aparte del copioso *Libro de las Guerras Ibéricas*, de Apiano Alejandrino, que se documentó concienzudamente, y que tuvo el testimonio presencial de Polibio, protagonista del asedio impuesto por Escipión, son muchos los escritores clásicos que dedicaron sus esfuerzos a la mítica lucha de los numantinos por la libertad. Lucio Anneo Floro nos ha legado el conciso, pero detallista, *Compendio de los sucesos de los romanos*, y Diodoro Sículo, Tito Livio, Cayo

---

<sup>12</sup> Pierre Paris: *Promenades archéologiques en Espagne*. París, 1910.

Veleyo, Valerio Máximo, Sexto Julio Frontino, Plutarco, Dión Casio, Paulo Osorio, etc., han incidido también sobre el tema. Todo ello sin contar las referencias topográficas dadas por los geógrafos Estrabón y Plinio el Viejo.

En los últimos años del siglo II a.C. estaba ya perfilada la división romana de España en *Citerior* y *Ulterior*, pero las aguerridas tribus de la Meseta no se prestaban a inclinarse ante el poder de Roma.

En el año 197, las exacciones y abusos de los romanos provocaron un levantamiento de dichas tribus, en el que tomaron activa parte los celtíberos. El cónsul Catón, enviado para sofocar el motín, sitió sin resultado Segontia (Sigüenza) y se detuvo frente a Numancia. Parece ser que estableció el primero de los grandes campamentos romanos cerca de la inmortal ciudad, llamado la Gran Atalaya, junto al pueblo de Renieblas, y a unos ocho kilómetros de la fortaleza celtíbera. Algo más tarde, en el año 193, con motivo de la ayuda prestada por los numantinos a sus aliados, los vetones, los vacceos y los lusitanos, se produjeron algunos choques y fricciones con las legiones del Imperio.



Escena de doma de caballos que aparece pintada en un vaso de cerámica céltica hallada en las ruinas de Numancia.

En el año 186, los celtíberos se extendieron por las comarcas vecinas, ya sometidas a Roma, con el propósito de encontrar buenas tierras de labranza. El Senado romano, alarmado, envió fuerzas al mando del pretor Tiberio Sempronio Graco, hombre capacitado y dotado de cierta ductilidad negociadora. Se enfrentó a las tribus celtibéricas, y por su superioridad en conocimientos tácticos, las venció al pie mismo del Moncayo. Luego concertó una paz duradera. Repartió tierras entre los celtíberos, con la contraprestación de que pagaran un tributo anual a Roma, prestaran servicio militar y se obligaran a no levantar nuevas ciudades ni ampliar las fortificaciones de las existentes.

En conmemoración de esta paz, Graco concedió a las poblaciones celtíberas el derecho de acuñar moneda, y fundó, en, el año 178, la ciudad de Grachurris (Alfaro), a orillas del Ebro.

Hasta el año 154, la paz de Graco mantuvo tranquilas a las belicosas tribus celtíberas. Pero los subsiguientes pretores buscaron sólo el rápido enriquecimiento, expoliando a los pueblos célticos

de manera desafortunada. Los emisarios enviados a Roma por las dos provincias hispanas para protestar de los abusos tuvieron escaso éxito. Hubo, sí, un proceso, y alguna penalización o destierro de los funcionarios venales; pero siguió el mismo sistema.

Todo ello dio lugar a que se produjera, en el año 154 a.C., la gran sublevación. Se dio la circunstancia de que las guerras de los celtíberos y de los lusitanos contra Roma fueron casi paralelas, pero, su conexión, muy escasa y ocasional.

La señal del alzamiento general la dieron las tribus célticas de los belli, y sus vecinos los titios, asentados en el valle del Jalón, comenzando la construcción de una poderosa muralla alrededor de la ciudad de Segeda. Roma consideró esto como una clara vulneración del tratado de paz firmado por Graco, y envió un poderoso contingente de treinta mil hombres, al mando de Quinto Fulvio Nobilior, que desembarcó en el puerto de Tarraco a principios del año 153.

En abril de aquel año, el cónsul Nobilior inició la campaña. Primero se dirigió contra Segeda, cuyas murallas estaban sin terminar, y que fue abandonada por sus defensores sin entablar combate. La tribu de los belli, con su jefe Caros, se internó por tierras de Almazán, hasta refugiarse en Numancia, mientras las legiones romanas, marchando por las márgenes del Jalón, llegaban a Ocilis (Medinaceli). Los romanos confiaban en que los celtíberos tampoco presentarían combate, y a mediados de agosto acamparon en Ribarroja, para dirigirse luego, por un estrecho valle, de unos cuatro kilómetros de longitud, hacia el solar de los numantinos. Pero allí debía producirse la sorpresa. En pleno desfiladero, las legiones fueron atacadas por los celtíberos, que estaban al acecho, reforzados por los ocho mil hombres de Caros.

Pese a su veteranía, los soldados romanos, agotados por el calor estival y agredidos por ambos lados, sin terreno llano para moverse, iniciaron una desastrosa retirada. Cundió el pánico, y a pesar de los esfuerzos de la caballería de Nobilior, las legiones fueron vencidas, perdiendo unos diez mil hombres. Los celtíberos, muerto Caros, nombraron jefes de la federación céltica a los numantinos Ambón y Leucón, retirándose detrás de las murallas de la ciudad.

La noticia del desastre de su ejército conmovió a Roma, que declaró el 23 de agosto como día nefasto. Nobilior, una vez incinerados sus muertos y atendidos los heridos, se refugió en el campamento de la «Gran Atalaya» establecido por Graco, para esperar mejores tiempos. Al cabo de un mes, aproximadamente, considerando la ocasión oportuna, el cónsul lanzó un ataque frontal contra Numancia, al parecer por la llanura este. Ya mediada la lucha, los romanos lanzaron lo que creían iba a ser el arma decisiva: diez elefantes enviados por el rey Masinisa, de los númidas. Pero aunque, en principio, aterrorizados los numantinos por aquellas extrañas bestias, emprendieron la retirada, después se volvieron las tornas. Uno de los elefantes, herido de una pedrada, se lanzó enfurecido sobre las filas romanas, arrastrando a los otros y provocando una desbandada. Al darse cuenta los numantinos de la coyuntura, iniciaron una rápida salida, dejando sobre el campo cerca de cuatro mil cadáveres del enemigo.

Desconcertado, el cónsul Nobilior quiso apoderarse por un golpe audaz de los depósitos de trigo que los celtíberos tenían en Uxama (Osma), empeño que quedó frustrado. En cambio, los numantinos replicaron con un contragolpe, asaltando el campamento de Ocilis, que contenía las reservas de víveres de los romanos.

Aquel duro invierno lo pasó el cónsul Nobilior con sus hombres en el campamento de la «Gran Atalaya». El frío, la escasez de víveres y la nieve pertinaz diezmaron las legiones. En las forzadas salidas para proveerse de leña, agua y forrajes, los romanos eran cazados despiadadamente por los numantinos. Al llegar la primavera del año 152, Nobilior se retiró hasta el Ebro con los restos de su otrora poderoso ejército, para resignar el mando en manos de su sustituto. El Senado romano, alarmado ante la situación y convencido de la ineptitud de Nobilior,

había enviado un nuevo cónsul, Claudio Marcelo, que tenía ya ciertos conocimientos de la Península, donde había estado como pretor en los años 169 y 168.

Claudio Marcelo no disponía de grandes efectivos. Aparte de los cinco mil derrotados hombres de Nobilior, sólo tenía a sus órdenes ocho mil infantes y unos quinientos jinetes. Pensó que lo más urgente era recuperar el valle del Jalón y el campamento de Ocilis; objetivo que consiguió, no sin evitar una celada que los celtíberos le tendieron. Usando de la mejor política, se mostró benévolo con los ocupantes de Ocilis, a los que sólo exigió treinta talentos de plata. Al tener noticia de semejante clemencia, la ciudad de Nertóbriga (Calatorao), pidió asimismo condiciones de paz. Entonces el cónsul Marcelo indicó que proyectaba establecer una paz general con todas las tribus del Duero, arévacos y celtíberos, sobre los mismos términos fijados en los días de Graco.

Las solemnes negociaciones se desarrollaron ante el mismísimo Senado de Roma. Cuentan los escritores citados —Apiano Alejandrino y Lucio Anneo Floro—, que la actitud sumisa de las tribus del Jalón contrastó con el tono altivo y rebelde de los embajadores celtíberos. Con la cabeza erguida ante los senadores, los numantinos daban a entender que eran ellos, y no los romanos, los vencedores. Acaso por la mente de alguno de los graves patricios de Roma pasó la misma idea que Tácito insinúa en la *Vida de Julio Agrícola* al hablar de los bótanos: que aquellas gentes sólo podían ser vencidas porque no sabían unirse.

Impresionado por el carácter altivo de los celtíberos, el Senado se inclinó por el partido de la guerra —ahora diríamos los «halcones»—, entre los que militaba Publio Cornelio Escipión. Roma aplazó la paz definitiva para cuando las tribus rebeldes de Celtiberia se hubieran rendido, y en este sentido fueron enviadas instrucciones a Marcelo que era, sin duda, una de las cabezas más claras de su época.

En el año 195 a.C., y a regañadientes, Claudio Marcelo se presentó de nuevo ante Numancia, acampando en el cerro denominado el Castillejo. Su sola presencia apaciguó a los numantinos, que le tenían en alta consideración, y su caudillo Litennón ofreció al cónsul romano un tratado de paz. Marcelo, convencido de la utilidad de semejante armisticio, renovó el tratado de Tiberio Sempronio Graco, dejando a un lado las expresas instrucciones del Senado. Todo lo cual le valió luego la imputación de traición y cobardía por parte de Escipión y los belicistas, que sólo confiaban en la fuerza. Sin embargo, la paz del cónsul Marcelo fue ratificada por el Senado y duró hasta el año 143, casi tanto como la de Graco.

Entretanto, Lucio Licinio Lúculo había sido designado gobernador de la España Citerior, y el pretor Galba de la Ulterior. Como lugarteniente de Lúculo, vino a la Península el joven Publio Cornelio Escipión, ansioso de ganar fama militar. Su abuelo, Escipión, había vencido a los cartagineses, y su padre, Paulo, luchado contra los lusitanos.

Lúculo no estuvo demasiado afortunado. Se acreditó pronto por su mala fe y por sus ardides indignos. Provocó la guerra contra los vacceos, tomando la ciudad de Cauca (Coca), y seguidamente pasó a tierras andaluzas para ayudar a Galba, que andaba a la greña con los lusitanos. Probablemente, las hazañas del lusitano Viriato excitaron el belicoso temperamento de los celtíberos, hartos ya de la perfidia romana. En el año 144, Viriato hubo de pedir ayuda a las tribus célticas, que se aprestaron a la lucha. Es el comienzo de la tremenda «guerra numantina», que había de durar diez años y poner el poder de Roma en un brete.

El cónsul Quinto Cecilio Métego logró subyugar de nuevo a las tribus del Jalón y destruyó las cosechas de trigo de los vacceos para privar de suministros a los celtíberos, pero nada pudo contra Numancia. En la primavera del año 141 a.C. tuvo que ceder el mando supremo a su sucesor y rival enconado, Quinto Pompeyo.

Pompeyo contaba con un fuerte ejército en regla, de unos treinta mil infantes y unos dos mil caballos. Se dirigió hacia Numancia hasta acampar en el cerro del Castillejo. Planeaba hacer salir a los defensores de la fortaleza, y atacarlos en la llanura oriental. Pero los astutos numantinos le llevaron hasta un terreno lleno de zanjas y sembrado de puntiagudas piedras, donde las orgullosas legiones fueron de nuevo diezmadas. Buscando alguna victoria que le justificara ante el Senado, Pompeyo atacó la ciudad de Tiermes, de los arévacos, donde sufrió un nuevo descalabro.

En la primavera del año 140, Pompeyo se dirigió otra vez contra Numancia, pero ya no se atrevió a atacarla de frente, sino que planeó rendirla por hambre. Proyectaba inundar la llanura circundante, aprovechando la confluencia del Duero con los ríos Merdancho y Tera. Sin embargo, los numantinos se dieron cuenta de la maniobra y llevaron a cabo una serie de brillantes salidas, dificultando los trabajos. En un solo golpe de mano, el caudillo celtíbero Megara capturó cuatrocientos romanos, con su tribuno al frente.

Impotente para seguir la lucha, Pompeyo propuso la paz, que los celtíberos aceptaron. Pero mientras los numantinos cumplían siempre la palabra empeñada, que para ellos era sagrada, los romanos buscaron nuevos pretextos para quebrantarla. Un nuevo cónsul, Popilio Lenas, trató de expugnar la fortaleza numantina, pero hubo de retirarse con graves pérdidas, en el año 138. La poderosa Roma se veía humillada, una y otra vez, por los celtíberos.

Sucesivamente, otros generales, enviados por el Senado, mordieron el polvo de la derrota. Cayo Hostilio Mancino, que no tenía prestigio militar ni experiencia, fue batido en campo abierto y los legionarios huyeron a la desbandada. Emilio Lépidio llegó a España en el año 137, con la misión de buscar los medios para lograr una paz honrosa, aunque nada pudo lograr, ni en el campo de las negociaciones, ni en su desafortunada campaña contra los vacceos. Nuevamente los emisarios de Numancia acudieron a Roma, para parlamentar, pero se les humilló innecesariamente, obligándoles a esperar la decisión del Senado fuera de la urbe. A la postre, el Senado invalidó el tratado de paz que había propuesto Mancino.

En el año 136 a.C., el cónsul Furio Filo, no atreviéndose a luchar con los celtíberos, organizó una campaña contra los vacceos, que acabó de mala manera. Declarado inepto, tuvo que regresar a Roma a una de caballo antes de que hubiera transcurrido el plazo de dos años que le había sido señalado. Su sucesor, Calpurnio Pisón, siguió sus mismos pasos y cosechó iguales resultados.

Toda Roma pedía, a voces, un jefe capacitado que acabara de una vez con la legendaria Numancia. Las humillaciones sufridas eran ya excesivas. Amedrentado, el Senado escogió a un veterano probado: Publio Emilio Escipión, destructor de Cartago, que fue elevado al Consulado en el año 134, por segunda vez; para lo cual fue preciso derogar la ley que impedía la reelección en dicho cargo.

A mediados de marzo del año 134, Escipión llegó a España con un cuartel general escogido y grandes efectivos. Comenzó por disciplinar al ejército, suprimiendo con mano dura la corrupción y la molicie. Los historiadores romanos cuentan que alejó a las mujeres de los campamentos. Sometió a los legionarios a constantes marchas y contramarchas, avezándoles a cavar fosos y trincheras. En las tierras llanas de Lérida, los soldados romanos se entrenaron a fondo. Cada infante y cada jinete, además del peso de sus armas, debía acarrear trigo para un mes, y siete estacas para los trabajos de cerco y atrincheramiento.

Organizadas ya las fuerzas, Escipión se dirigió a lo largo del valle del Ebro, con sesenta mil hombres. Por el desfiladero de Pancorbo se dirigió a la Tierra de Campos, donde se hallaban los vacceos. Se proponía obtener provisiones suficientes para una campaña y quería evitar que los numantinos recibieran ayuda. Cuando, Duero arriba, llegó a las cercanías de Numancia, hizo un estudio detenido de la topografía. Rápidamente, procedió a cercar la ciudad, rodeándola con una

muralla, además de zanjas y empalizadas. Todo el conjunto estaba protegido por siete campamentos: La Gran Atalaya, Castillejo, Peñarredonda, que eran los principales, Valderrobón, Traveseras, Alto Real y la Dehesilla. En total, el cerco romano tenía unos nueve mil metros de circunferencia. Sobre el río Duero, para evitar que los numantinos recibieran ayuda por la vía fluvial, se colocaron barreras, con largas vigas guarnecidas con cuchillas de hierro, que el agua impulsaba, haciéndolas rodar. Apiano Alejandrino dice en su citada obra: «Escipión, poco después, formó dos campamentos, lo más inmediatos que pudo a Numancia; dio el mando de uno a su hermano Máximo, y él tomó el otro. Aunque los numantinos hacían frecuentes salidas y le provocaban a una batalla, él hacía caso omiso, reprobando venir a las manos con unos hombres desesperados, cuando los podía vencer por el hambre y el asedio.»

El arqueólogo alemán Adolf Schulten<sup>13</sup> descubrió los mencionados campamentos romanos durante las excavaciones que llevó a cabo entre los años 1905 a 1912, después de haber hecho un estudio a fondo de Numancia en el año 1902. Además de los campamentos mencionados, Schulten encontró también los vestigios de otro, en el lugar llamado La Rasa, al sur de la ciudad destruida.

Una vez, establecido el minucioso cerco, y tendidos puentes sobre los ríos y sobre la laguna, Escipión desplegó el enorme ejército que tenía bajo su mando. Todo ello demuestra el respeto que le infundían los numantinos, que no pasaban de unos cuatro mil hombres útiles para el combate. Y, por si fuera poco, Escipión solicitó a Yugurta elefantes con honderos y arqueros, preparó un cuerpo de caballería, y dispuso no menos de trescientas catapultas. El general romano, pese a su experiencia y probada capacidad, no se expuso a combatir a los cuatro mil desesperados celtíberos en campo abierto. Su táctica era la de esperar, hasta rendirlos por hambre.

A primeros de noviembre del año 134 estaban ya terminados los siete campamentos y la valla de circunvalación. Para los sitiadores sólo era cuestión de tiempo y de saber esperar.

Durante la realización de los trabajos del asedio, los numantinos no permanecieron pasivos; hicieron varias salidas para entorpecer las obras. En más de una ocasión provocaron la desbandada de los zapadores romanos, y el propio Escipión hubo de acudir en su auxilio al frente de grandes efectivos.

El caudillo numantino Retógenes, con cinco de sus hombres, y haciendo gala de una temeridad increíble, cruzó el cerco, burlando la vigilancia, para intentar reclutar gentes aliadas en las comarcas vecinas. Pero, aunque recorrió la mayoría de las ciudades de los arévacos, sólo encontró gentes pusilánimes, que estaban ya cansadas de luchar contra Roma. En Lutia consiguió enardecer a la juventud para levantarla contra los romanos, pero enterado Escipión envió a la caballería y rodeó la ciudad, impidiendo todo movimiento.

La situación de Numancia, que estaba ya acabando sus víveres y reservas, se hizo insostenible. En el momento oportuno, el astuto Escipión envió emisarios ofreciendo una capitulación aceptable. Pero insistió en la entrega de las armas, no obstante saber que, para un celtíbero, dar sus armas al enemigo era la peor de todas las afrentas. El numantino Avaros habló en nombre de sus conciudadanos, y con indomable altivez rechazó toda negociación.

Los relatos de los escritores clásicos, sobre los últimos días de Numancia, son increíbles y pavorosos. Parece que el canibalismo campó por sus respetos. Valerio Máximo<sup>14</sup> cuenta que Teógenes, «superior a todos los ciudadanos en nobleza, caudal y honores, cuando la causa de los

---

<sup>13</sup> Adolf Schulten: *Numantia. Ergebniss der Ausgrabungen. Die Keltiberer un ihre Kriege mit Rom*. Munich, 1914.

<sup>14</sup> Valerio Máximo: *Factorum et dictorum memorabilium libri (Libro de hechos y dichos memorables)*. Dividido en nueve libros.

numantinos estuvo ya completamente perdida, allegó combustibles de todas partes, puso fuego a su barrio, que era el más vistoso de aquella ciudad, y en seguida se presentó con una espada desnuda, obligando a los habitantes a pelear de dos en dos, para echar a las llamas al vencido con la cabeza cortada; y cuando todos acabaron con tan tremenda ley de muerte, él mismo se arrojó, por último, a las llamas».

Por su parte, Lucio Anneo Floro escribió: «Los numantinos, entregados al más rabioso furor, resolvieron darse muerte, pereciendo ellos, sus jefes y su patria, con el hierro, el veneno y el fuego que pusieron por todas partes.»

Apiano Alejandrino nos ha dejado la descripción que le transmitió Polibio, testigo ocular, de la salida de los últimos y escasos numantinos: «Se les vio llegar —dice— llenos de suciedad, el pelo en greñas, la barba hirsuta, las uñas hechas garras, los vestidos andrajosos y pestilentes, pero con la mirada encendida todavía por un odio mortal.»

Escipión, sin esperar la autorización del Senado, ordenó que Numancia fuera reducida a cenizas. Polibio criticó esta conducta de su jefe, a la vez que ensalzó el valor sobrehumano de los celtíberos.

Numancia cayó a finales de julio, o primeros de agosto, del año 133 a.C. Su cerco duró nueve meses.



**5**

**RELIGIÓN Y MITOLOGÍA CÉLTICAS**

## El culto de la naturaleza por los celtas

Como afirma J. A. Mac Culloch<sup>1</sup>, uno de los más notables investigadores de la cultura céltica, no tenemos otros datos escritos sobre la religión de los celtas que los proporcionados por los autores romanos. Sabido es que la mayor parte de tales datos se concretan a los galos, una rama de los pueblos célticos, y se hallan contenidos, principalmente, en el celeberrimo *De bello gallico* (*La guerra de las Galias*), de Julio César. Aunque también en Tácito, Virgilio y Lucano, entre otros, se encuentran noticias interesantes sobre el tema.

Gracias a estas fuentes romanas sabemos que los galos divinizaban, en cierto modo, los accidentes geográficos. Las cordilleras y las elevadas cumbres simbolizaban para ellos la majestad de los dioses. Reconocían carácter sagrado a las fuentes, manantiales y ríos, acaso intuyendo el papel básico del agua para la proliferación de toda clase de vida.

Los manantiales que brotan de la tierra les sugerían la idea de un animal mítico. En lengua céltica, el nombre de la diosa ecuestre Epona equivalía a «fuente del caballo» o «fuente caballuna». Y las fuentes termales eran consideradas como tenebrosas guaridas de dioses menores, genios y trasgos, cuyo mal talante hacia los pobres mortales se traslucía en las humaredas y el fétido olor de las solfataras. A los saltos de agua y a los rápidos torrentes, se les daba nombres de animales sagrados o de héroes mitológicos.

Pero, por encima de todos los accidentes de la naturaleza, eran los bosques y las selvas los que mayor respeto, terror y adoración inspiraban a los galos en particular y en general a todas las tribus célticas.

Para estos pueblos, las grandes arboledas no podían ser otra cosa que la morada de los dioses. Su sombra les protegía y les reconfortaba. Celebraban sus asambleas sentados bajo troncos seculares, y allí administraban justicia y decidían sobre la paz o la guerra. Parece ser que, particularmente, el contacto físico con los robles y las encinas les infundía el valor necesario para entrar en combate, y el desprecio hacia la muerte, en lucha con los enemigos. La encina, sobre todo, les inspiraba tan gran veneración, que algunos autores, entre ellos Luciano, llegaron a considerar que dicho árbol era el dios supremo, el Zeus de los celtas.

Los lugares sagrados dedicados al culto (denominados por los celtas *nemet* o *nemetum*) eran precisamente los bosques frondosos, aunque a veces se practicaban ceremonias religiosas en terrenos pantanosos —que inspiraban a los celtas una extraña atracción—. También se consideraban lugares sagrados ciertas colinas, con algún arbolado, de no excesiva altura. Solían rodear estos sitios con empalizadas y vallas. En Uffington (Berkshire, Inglaterra), hay restos de uno de estos santuarios, que data probablemente de la primera Edad del Hierro, y en el que puede verse un caballo blanco tallado magistralmente en el suelo calcáreo. Para los arqueólogos se trata de un dios tribal.

En Tara, en el condado de Meath, Irlanda, existe un santuario celta semejante. En cuanto a verdaderos templos, hechos de piedra o de ladrillo, y situados generalmente en los calveros centrales de algún tupido bosque, podemos citar los de Provenza: Roquepertuse, y Entremont, en Aix-en-Provence. Pero debe señalarse que en ellos se nota la influencia de la cultura griega, a

---

<sup>1</sup> J. A. Mac Culloch: *Religion of the ancient celts*. Edimburgo, 1911.

través de la colonia de Marsella. En Roquepertuse se encontró una rara divinidad céltica, denominada por los arqueólogos «deidad de Roquepertuse», con postura búdica, es decir, sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Tiene amputada la cabeza y la mano derecha. Los prehistóricos han hecho verdaderos esfuerzos de imaginación, y elaborado curiosas teorías, para conjeturar la clase de objeto que la imagen portaba en la mano diestra.



Estatua, en postura búdica, denominada «deidad de Roquepertuse», por haberse hallado en dicha localidad del Ródano. Debió pertenecer a un santuario celta, entre los siglos III y II a. C.

Las ceremonias de la religión céltica, que trataremos más a fondo al estudiar la casta de los sacerdotes druidas, estaban totalmente entroncadas con la naturaleza. El año celta tenía carácter ritual, con dos estaciones solamente, y una serie de fiestas relacionadas con los fenómenos astronómicos y meteorológicos. Los meses eran lunares y no se contaba el paso del tiempo por los días, sino por las noches.

## Los dioses célticos

Algunos autores citan, como principales divinidades de los celtas, y de la rama de los galos,

Tarann —denominado también Taranis—, Eso, Eutates, y una especie de semidiós, Ogmios, análogo al Hércules griego, y que es mencionado por Luciano de Samosata<sup>2</sup>. Una figura muy singular de la mitología gala era la diosa Epona, protectora de los caballos, y a la que siempre se representaba montada sobre un corcel. En cuanto al dios Tarann, aparece, en alguna ocasión, portando una especie de maza de largo mango en la mano izquierda, y una vasija cónica en la diestra.

«Los romanos, al conquistar las Galias —ha escrito Valentí Camp<sup>3</sup>—, no destruyeron el Panteón galo, sino que introdujeron en él sus divinidades. Los galos, a su vez, adoraron, además de sus dioses, los que los romanos importaron de Roma, y aun del Oriente, como Mithra, Serapis, Isis y Cibele. Entre las divinidades secundarias de los galos hay que citar, en primera línea, las deidades tópicas propiamente dichas; éstas eran las deificaciones de los bosques, montañas, ríos, fuentes y hasta ciudades. En esta categoría de segundo orden hay que colocar también a las diosas madres, *matres, matrae, mairae o matronae*, que eran los genios tutelares de provincias, pueblos y ciudades, y que se representaban a menudo con uno o varios niños en el seno, habiéndoselas tomado, más tarde, por imágenes de la Virgen, conocidas con el nombre de Vírgenes negras.»

Cada tribu, según Bosch Gimpera, tenía sus dioses particulares y varias de ellas se reunían para practicar el culto de sus dioses, en santuarios de pertenencia común. Algunos dioses mayores eran generales para todo el mundo cultural céltico, muchos de los cuales fueron identificados por los romanos como sus propias divinidades.

Es muy difícil buscar el origen de los dioses célticos. Algunos son netamente indoeuropeos, como los dioses de la luz —Tarann (o Taranis), y Lug—, o como las deidades de la fecundidad de la tierra. Pero otros dioses celtas fueron copiados y asimilados de otros pueblos con los que estuvieron en contacto. Así, por ejemplo, se apropiaron de ciertas divinidades etruscas.

Dice Bosch Gimpera<sup>4</sup> que muchos de los dioses generales y de los tribales, se representaban con atributos zoomorfos: Cernunnos estaba provisto de cuernos, al igual que Tarvos Trigano, que tenía forma de toro, pero con tres astas en vez de dos. Deiotaros era otro dios en forma de toro, o un toro divinizado, cuyo culto fue trasplantado por los gálatas al Asia Menor. La diosa Epona, que ya hemos mencionado antes, tenía atributos de yegua. Las divinidades *matrae o matronae*, siempre agrupadas en número de tres, protegían la fecundidad de las mujeres y de la tierra. Rosmerta parece ser otra divinidad entroncada con la fecundidad y las buenas cosechas. Los dioses. Lugoves, objeto de adoración en Francia, en Suiza y en España, son una deformación triple del dios Lug. La ciudad gallega de Lugo recibió de ellos el nombre, probablemente. Y también Lyon, según ciertos prehistoriadores, que afirman que el nombre originario de la gran urbe francesa fue el de Lugo unum.

Resulta muy interesante la tendencia de los celtas a convertir en tríadas ciertas divinidades que originariamente eran una sola persona; aunque el fenómeno no ha sido debidamente analizado todavía.

Los celtas practicaban también el culto de los antepasados, sublimándolos y heroificándolos, todo lo cual daba lugar a la existencia de dioses tribales, del clan, y hasta meramente familiares. La creencia en dioses encarnados en animales supone, con toda probabilidad, una supervivencia de prácticas totémicas, como se deduce de la existencia de tribus que tomaban el nombre de tales animales. Los *bibroci* significa la «tribu del castor». Y los *sepes*, la de la serpiente. Tanto en la

---

<sup>2</sup> Luciano de Samosata: *Prefacio a Hércules*.

<sup>3</sup> Santiago Valentí Camp: *Las sectas y las sociedades secretas a través de la Historia*. Barcelona, 1912.

<sup>4</sup> Pedro Bosch Gimpera: *Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica*. Madrid, 1920.

Península Ibérica como en Irlanda se asentaron grupos de estos pueblos. Otras tribus y clanes se apropiaron de los nombres de otros animales, como la yegua, el ciervo, el caballo, la grulla, etc. Incluso algunas ciudades fueron denominadas de esta forma, como por ejemplo, Bibracte.

Como expresa Henri Mendras<sup>5</sup>, refiriéndose a las sociedades etnológicas, «el clan es un grupo en el que se reúne gentes que dicen descender de un mismo antepasado, pero no pueden conocerse todos los elementos de la cadena. Este antepasado puede incluso no haber existido, tratarse de un antepasado mítico e, incluso, en algunos casos, no ser ni siquiera un hombre. Una planta o un animal pueden servir de antepasado epónimo: esto es lo que se llama el totemismo. Todos aquellos que reconocen un antepasado común epónimo (es decir, que les da el nombre) están por lo general ligados, en las sociedades etnológicas, por determinadas prohibiciones de orden ritual (esto puede hacerse, esto otro no); con frecuencia cosas relacionadas con la alimentación (esto no puede comerse). En los clanes totémicos, sobre todo, no puede comerse el tótem».

## La religión céltica

Pijoan ha observado, agudamente, que el capítulo de la religión de los celtas es escamoteado, por lo general, en los libros de Historia. Julio César, que hubiera podido informarse mejor que nadie, e informarnos, por lo tanto, a nosotros, despreciaba las supersticiones. Sólo dedica párrafos muy breves a las creencias religiosas de los galos, en un alarde de brevedad y de absoluta indiferencia.

Tampoco existen textos sagrados en la cultura céltica. Los sacerdotes druidas tenían el curioso sistema de transmitir sus enseñanzas exclusivamente por vía oral. Algunos autores afirman que, en resumen, los preceptos de la religión celta, custodiada y transmitida por los druidas, se reducen al siguiente aforismo: «Honra a los dioses, no hagas el mal, sé valiente.» Cuando Alejandro Magno visitó a las tribus célticas, cerca del Danubio, un celta anónimo le dijo: «Nosotros sólo tememos a que se caiga el cielo.»

No obstante, y pese a su laconismo, muchas veces exagerado, Julio César nos da, en sus *Comentarios*, algunos datos interesantes. Dice que el dios más venerado de los galos era Mercurio, al que consideraban como inventor de las artes, protector de los caminos y guía de los comerciantes. Después viene Apolo, por su condición de médico; Marte, el dios de la guerra; Minerva, diosa de los oficios, y Júpiter, el gran padre de los dioses. Como se ve, todo ello parece puramente romano. Y es el propio César quien sale al paso de posibles objeciones, explicando que los dioses celtas no son idénticos a los de Roma; pero que los cinco que enumera, son los más parecidos a los dioses galos que él puede recordar.

Lucano, en su *Farsalia*, es mucho más preciso, y hasta podríamos decir más científico. Menciona a tres divinidades célticas con sus verdaderos nombres, a las que se dedicaban sacrificios cruentos, de hombres y de animales. Son Teutates (al que ya hemos mencionado anteriormente como Eutates), Taranis y Esus (o Eso).

En cuanto a los autores clásicos Luciano y Silio Itálico<sup>6</sup>, caen en el mismo error que Julio César, al pretender forzar las analogías entre los dioses bárbaros y los romanos. Todos estos

---

<sup>5</sup> Henri Mendras: *Elementos de Sociología*. Barcelona, 1973.

<sup>6</sup> Silio Itálico: *Púnica*.

testimonios aumentan el confusionismo, incrementado más, si cabe, por los textos epigráficos de provincias, que asocian los dioses clásicos con los celtas, denominándolos con palabras que, a veces, son nombres de las divinidades, pero en otros son meros atributos o advocaciones.

Entre los estudiosos de las religiones, no ha habido tampoco unanimidad por lo que respecta a las creencias y a las divinidades célticas. Así por ejemplo, para muchos mitólogos —entre otros Arbois de Jubainville<sup>7</sup>, Desjardins<sup>8</sup>, Roget de Belloguet<sup>9</sup>, etc.—, los dioses galos ya mencionados, Taranis, Teutates (o Eutates), y Eso (o Esus), son grandes divinidades comunes a todas las tribus de la cultura céltica, es decir, son dioses panceltas. Pero, para Salomón Reinach<sup>10</sup>, las tres divinidades que Lucano enumera en la *Farsalia*, son meramente dioses locales o regionales, de importancia secundaria.

El error de los mitólogos modernos, según Reinach, radica en haber pretendido identificar a los tres dioses de Lucano, con los «dioses disfrazados a la romana» por Julio César. Identificación sobre la cual tampoco hay unidad de pareceres: algunos autores emparejaban a Esus con Marte, a Teutates con Mercurio, y a Taranis con Júpiter, mientras que otros lo nacían, respectivamente, con Mercurio, Marte y Dispáter. Minucio Félix y Tertuliano afirman que los galos sacrificaban vidas humanas a Mercurio (Esus).

La verdad es que nuestros conocimientos sobre las creencias y la mitología de los pueblos célticos son muy limitados. Acaso sea Salomón Reinach quien ha penetrado más agudamente en este pozo sin fondo. Estudiando los dos únicos monumentos que él considera dignos de fe, es decir, el altar de Notre-Dame, y el descubierto a principios de siglo en Tréveris, observa que, en el primero, Esus designa un leñador, «por lo cual se ve que no es Marte ni Mercurio». Y en el altar de Tréveris, el frontispicio está ocupado por Mercurio y una divinidad femenina (Rosmerta), y en la parte inferior se lee una dedicatoria a Mercurio. En una de las caras laterales, hay la figura de un leñador, cortando las ramas de un sauce, en cuya copa hay una cabeza de toro y tres grullas, «equivalente exacto del misterioso Tarvos Trigaranus, asociado, en el altar de Notre-Dame, al leñador Esus». De todo ello, deduce Salomón Reinach que Esus, equiparado a Tarvos Trigaranus, es una mera divinidad local, no un dios pancéltico. En cuanto a Taranis y a Teutates, según dicho historiador, prácticamente nada sabemos.

Tampoco tenemos la seguridad de que Taranis, Teutates y Esus fuesen divinidades drúidicas, es decir, que los druidas les ofrecieran sacrificios. Etimológicamente, Taranis significaría el dios del trueno (*taran*) y Teutates, el dios del pueblo (*teuta*). En cuanto a Esus, en lengua céltica parece significar únicamente «señor».

Ciertos historiadores aseguran que Teutates presidía el comercio y él era la divinidad protectora de la voz y de la elocuencia. Estaba también encargado de conducir, a los infiernos, las armas de los muertos. Algunos clanes le identificaban con el roble, bajo cuya forma le adoraban; pero entre otras tribus se le consideraba como dios de la guerra, simbolizándolo con un dardo arrojado. Para conseguir sus favores, los celtas rociaban sus altares con sangre humana.

En el capítulo dedicado a la cultura de La Tène, hemos mencionado el famoso «vaso de Gundestrup», que se conserva actualmente en el Museo Nacional de Copenhague. Se trata de una gran vasija, o cuenco, hallada en una turbera. Parece que, interiormente, estaba construido en madera, revestida con placas de bronce repujadas. En los relieves exteriores aparecen los dioses

---

<sup>7</sup> H. Arbois de Jubainville: *Le cycle mytologique Mandáis*. París, 1884.

<sup>8</sup> Desjardins: *Géographie de la Gaule*. París, 1876.

<sup>9</sup> Roget de Belloguet: *Ethnogénie gauloise*. París, s. f.

<sup>10</sup> Salomón Reinach: *Cultes, Mythes et Religions*. París, 1908.

célticos, rodeados de animales y de sus adoradores. Puede distinguirse el dios Cernunnos, con cuernos, y otra divinidad menor, todos ellos con torques y collares.

Posiblemente el vaso de Gundestrup estuvo relacionado con los sacrificios que se efectuaban para regenerar al dios Teutates, o a Esus. Según las creencias célticas, ciertos dioses se sacrificaban por los hombres, y morían, pero luego podían ser reavivados con sacrificios humanos. Las escenas que aparecen en el repujado del vaso no dejan lugar a dudas. En un manuscrito de Lucano, que se guarda en la Biblioteca de Berna, existe una anónima nota marginal según la cual los expresados sacrificios se llevaban a cabo para que resucitara el dios Teutates.

Para muchos investigadores, la importancia del vaso de Gundestrup consiste en que revela el alma céltica, sin contaminar ni edulcorar por los comentaristas clásicos. Los dioses del vaso no son «dioses romanos disfrazados de galos», sino divinidades bárbaras, brutales e insaciables, en demanda de nuevas víctimas.

En contraposición, las restantes representaciones de divinidades célticas nos las muestran ya romanizadas, como si dijéramos, «censuradas». En el relieve del Museo de Reims, el dios Cernunnos está sentado, con aire bonachón y patriarcal, mientras hace brotar hermosos frutos de una cornucopia. A su lado, como una especie de guardia honorífica, aparecen Apolo y Mercurio.

En las dos estatuas halladas en La Roquepertuse, ambas sin cabeza, el dios céltico va vestido con una extraña túnica o estola, con símbolos geométricos y solares, referencia a antiquísimas «creencias. El dios hallado en Sommerécourt viste también una túnica y está igualmente sentado; de su cuello penden serpientes con cabeza de carnero. Pero todos ellos difieren completamente de la feroz divinidad plasmada en el vaso, de Gundestrup.

Debemos repetir aquí, que en el campo de las creencias y de la mitología de los celtas los conocimientos que se poseen son muy limitados y las opiniones muy dispares. Cuando el famoso investigador francés Alexandre Bertrand publicó su notorio *Manuel de Archéologie celte et gauloise*, dedicó medio libro a los hallazgos del período paleolítico —que nada tienen que ver con los celtas—, y más de la cuarta parte restante a la cultura de los dólmenes. Sobre los celtas escribió una docena de páginas.

Otra circunstancia que complica y hace imprecisas las investigaciones en este campo es que la cultura celta es muy larga y variada. Entre los galos de Francia, del siglo V a.C., y los celtas irlandeses de nuestra era, hay diferencias profundas.

Todo esto se pone más de relieve con relación a los llamados «dioses menores». Julio César afirma que «los galos se alababan de descender de Dispáter, según tradición conservada por los druidas». Para algunos autores, éste sería el dios del vaso de Gundestrup, adornado con cuernos y torques, y sujeto a los avatares de resurrección y rejuvenecimiento. En este supuesto, Taranis o Cernunnos serían los nombres celtas de Dispáter. Sin embargo, algunos escultores clásicos identifican a Taranis con Vulcano y hasta con Hércules.

Las leyendas sobre el mito de Taranis, que nos han llegado muy fragmentadas, se yuxtaponen con las del dios Thor de los escandinavos y germanos. Según tales leyendas, Taranis luchó en singular combate con la serpiente del mar, que producía las inundaciones, y la mató de un gran golpe de maza. Dado que a Vulcano se le representa también con una maza, la confusión es comprensible.

En realidad podemos encontrar un claro paralelismo en la mitología del Taranis céltico, el Thor germánico y el Hércules clásico. Los tres llevaron a cabo hazañas semejantes. Thor luchó también con gigantes con aspecto lobuno y se vistió con su piel.

En opinión de Cook, los celtas se apropiaron parte de las creencias y los dioses de los países

que iban conquistando. Así, el dios de los arios primitivos, divinidad de la luz y los relámpagos, coincide con el dios céltico Taranis, símbolo de la tempestad, y con Lug, símbolo del cielo luminoso. Probablemente, los dioses de la naturaleza y de la vegetación —el roble, la encina y el muérdago—, tienen también un remoto origen ario.

Los dioses zoomórficos, o totémicos, de los celtas, tienen también un posible arraigo en los remotos pobladores de la Europa prehistórica. Cernunnos viene representado con cuernos de ciervo; Rudiobos, dios de la noche, tiene forma de caballo; Begomo aparece relacionado con la serpiente encabezada por una testuz de carnero. En las creencias célticas están enraizados antiquísimos tótems y tabús. Uno de los héroes más famosos de las leyendas irlandesas, Cuchulainn, no podía comer carne de perro.

De la misma manera que conservaron las creencias totémicas provenientes de la noche de los tiempos, los celtas tuvieron un respeto profundo por los monumentos dolménicos. Por ello, como observa Fernand Devismes<sup>11</sup>, los romanos llegaron a creer que los aparatosos dólmenes y menhires habían sido levantados por los celtas, y destinados a las ceremonias extrañas de los druidas.

Los celtas de Irlanda creían que los dólmenes provistos de cámara sepulcral eran la morada fija de algunos dioses menores. Los reyes irlandeses de Leinster construyeron su palacio sobre el túmulo dolménico de *Fir Bolg* Slenga. Posiblemente, los dioses menores celtas fueron, pues, héroes sobrehumanos, pero no verdaderos dioses. Como sus análogos griegos, se mezclaron con la raza humana. Cuchulainn es hijo del dios Lug y de una hermosa princesa celta.

Intentando sintetizar, si ello cabe en lo posible, la enmarañada y en gran parte desconocida cuestión de las creencias religiosas de los celtas, podemos señalar que en un principio fue una religión entreverada de espiritualismo y naturalismo. Luego, con el tiempo, crearon dioses zoomorfos y antropomorfos, es decir, con figuras de animales y con aspecto humano. A veces tomaron como dioses o espíritus de la naturaleza, a los animales cazados. Pero también rindieron culto al caballo, al toro, al carnero, al cerdo, etc., así como a los árboles, bosques y frutos. Parece ser que las divinidades agrarias tuvieron carácter femenino, debido a que el cultivo de la tierra, entre los celtas, corría a cargo de las hembras.

Luego, a medida que practicaron otras actividades, imaginaron dioses del comercio, de la poesía, de la música y, naturalmente, de la guerra. Algunas tribus rindieron culto a las armas y a las herramientas. Entre los celtas, el oficio del herrero era el más distinguido e importante de todos, y la espada, el hacha, el martillo, el mazo tenían carácter sagrado y mágico.

Los reyes y jefes de tribu, al morir, pasaban a engrosar el censo de los héroes o semidioses (Arthur, Fionn, Cuchulainn, etc.). Tenían un ritual religioso para comer la carne de ciertos animales, mientras que estaba prohibido absolutamente probar la de otros, como la *gallina*, la oca y la liebre.

El día uno de noviembre marcaba el final de verano entre los celtas, y posiblemente el comienzo de un nuevo año. La estación veraniega daba comienzo el día uno de mayo; mientras que el primero de agosto —fiesta extraordinaria— conmemoraba las nupcias de Lug (el dios del Cielo), con la Tierra.

A los celtas debemos también las innumerables supersticiones que pululan por Europa, de los duendes, endriagos, trasgos, ondinas, hadas, genios, y todas las mil pequeñas divinidades de cosas y de lugares.

Como ha señalado el ya mencionado Fernand Devismes, por sobre de las innumerables

---

<sup>11</sup> Fernand Devismes: "Les Celtes". Revista *Miroir de L'Histoire*. París, junio de 1968.



creencias de los celtas, domina un sentido espiritualista y la idea central de una vida inmaterial, y de la inmortalidad del alma. Era ésa su verdadera religión, en el sentido más profundo del concepto. Cuando veneraban a los árboles, las aguas, las fuentes y los ríos, e incluso a las piedras enhiestas de los viejos menhires, era porque los consideraban moradas de los dioses. Y el culto a los animales, enraizado en el totemismo primitivo, suponía la existencia de ciertos valores de tipo mágico, más que una creencia religiosa propiamente dicha.

**6**

**LOS DRUIDAS**

## La casta de los druidas

Generalmente, se suele denominar druidas a los sacerdotes de los galos y de los bótanos. Eran, en efecto, los encargados de enseñar al pueblo, entre los galos y los elementos gaélicos de la Gran Bretaña, las creencias y los ritos a que ya hemos hecho referencia con anterioridad. Formaban, por decirlo así, el clero nacional galo y se reclutaban entre lo más brillante y selecto de la juventud. Arbois de Jubainville<sup>1</sup> dice que las doctrinas secretas de los druidas guardan cierto paralelismo con las de los gimnosofistas y brahmanes de la India, los magos de Persia y los sacerdotes del antiguo Egipto.

La misión que llevaron a cabo los druidas fue la de elaborar y sublimar, en cierto modo, la primitiva religión de los galos, esencialmente naturalista, pero muy grosera, infundiéndole un evidente idealismo. Parece ser que las creencias específicas de los druidas se introdujeron en las regiones centrales de Francia allá por el siglo VII antes de la era cristiana, con la tribu céltica de los cimros, también denominados cimerios. Estas creencias injertaron nueva savia, y un notorio caudal de idealismo, en el esquema de los mitos y los ritos de los galos, aunque no consiguieron borrar su ferviente y entrañable naturalismo.

Algunos autores mantienen que la palabra druida proviene de las voces célticas *derv* y *dru*, que significan «roble»; ya que una de las más divulgadas costumbres de aquella casta sacerdotal era la de practicar las ceremonias religiosas y mágicas en la más profunda espesura de los bosques. Pero, para otros eruditos e investigadores, la etimología de la palabra hay que buscarla en las voces escandinavas *drott* y *druitt*, equivalentes a «maestro» y «señor». Y, en otra dirección, el filólogo Thurneysen sostiene que el origen del concepto hay que hallarlo en las raíces *dru* — prefijo que significa «a fondo»—, y *vid*, esto es, «conocer». De ahí que la palabra druida sea interpretada como «el que ve muy claro» o «el que conoce a fondo». Pero, sea como fuere, lo cierto es que la institución de los druidas ha despertado, ya desde la antigüedad, el interés de los tratadistas. Varios escritores, griegos y romanos —Julio César, Cicerón, Pomponio Mela, Plinio, Suetonio, Orígenes, etc.—, se ocuparon del tema, pese a que consideraban a los celtas como bárbaros.

Gracias a todos estos autores, y también a los datos conservados por la antigua literatura irlandesa, sabemos que los druidas creían en la eternidad del espíritu y de la materia, y en la metempsícosis. Los conceptos de penas y recompensas, de estados de prueba y de castigo, y de una vida futura, dan un elevado tono a la misteriosa institución del druidismo.

Los problemas sobre el origen de los druidas no han sido resueltos, no obstante el ya copioso número de libros dedicados a esta materia. La única afirmación que no es objeto de debate, es la de que el druidismo no fue una institución común de toda la cultura céltica. Únicamente floreció en las Islas Británicas y en la Galia Transalpina. Y tuvo una aparición que podemos considerar tardía. Los romanos no tuvieron noticia de su existencia hasta unos doscientos años antes de Cristo. Julio César, que mantuvo contacto con los galos a lo largo de nueve años, creyó que el druidismo provenía de Gran Bretaña, donde tuvo sus principales centros, y que, desde allí, se expandió a la Galia. Entre los tratadistas modernos, el ya citado Arbois de Jubainville y

---

<sup>1</sup> H. Arbois de Jubainville: *Cours de littérature celtique*. París, 1883.

Desjardins<sup>2</sup> siguen el criterio de César. En cambio, Plinio el Viejo<sup>3</sup> opina que ocurrió al revés.

Entre los autores anglosajones modernos, algunos han sentado la teoría de que el druidismo no surgió en el pueblo celta, sino que los célticos se apropiaron de creencias muy semejantes, que habían florecido entre los pictos y algunos otros aborígenes de Gran Bretaña y de Irlanda. En este sentido podemos citar a J. Huby<sup>4</sup> y Julius Pokorny<sup>5</sup>.

## Sacerdotes, jueces y profetas

Como casi todas las castas sacerdotales de la antigüedad, los druidas tenían prácticamente el monopolio de la ciencia y de los ritos religiosos. Pero sus funciones alcanzaban una esfera muy dilatada, mucho más allá de aquellos campos. Su jurisdicción era también política, administrativa y judicial, para utilizar conceptos modernos. Su jefe o pontífice era, al mismo tiempo, soberano y conductor de la tribu o de la nación, y tenía bajo sus órdenes un gran número de sacerdotes. La proporción de los druidas, entre los galos, era tan elevada, que puede afirmarse, como ha escrito un autor, que formaban un pueblo que gobernaba a otro pueblo periférico. No se puede hablar, sin embargo, con propiedad, de un estado dentro del estado, porque los celtas en general y los galos en particular fueron siempre gentes muy gregarias, divididas en pequeños grupos o tribus, y sin un poder central coordinador de esfuerzos. Esta característica fue la que debilitó sus fuerzas y permitió a los romanos vencerles, pese a la bravura denodada de los galos, que está fuera de toda discusión.

Los druidas se dedicaban al estudio de la naturaleza con verdadero fervor. Dejando aparte las épocas de las ceremonias rituales, se retiraban a lo más intrincado de los bosques para meditar y para estudiar. Eran siempre los árbitros de la paz y de la guerra, no sólo por su función consultiva, sino porque ningún guerrero se atrevía a empuñar las armas sin antes consultar con ellos y ofrecer los debidos sacrificios. Gozaban de grandes privilegios, entre otros el de estar eximidos de toda clase de tributos. Pellontier<sup>6</sup> afirma que el pueblo galo estaba absolutamente persuadido de que la prosperidad de la nación dependía de la existencia de numerosos druidas, y de que éstos se vieran agasajados y honrados. Sus decisiones eran siempre inapelables.

En sus funciones judiciales y administrativas, estaban sujetos a las flaquezas, errores y apasionamientos inherentes a toda institución humana. La verdad es que su justicia no gozaba de gran fama entre los pueblos antiguos. Hay un pasaje muy gráfico de la comedia *Querulus*, del latino Plauto, en el que un personaje pide orientación al oráculo para mejorar su suerte en este mundo. «Vete a vivir a orillas del Loira —contesta el oráculo—, donde todo está permitido.» Pero el personaje replica que su fortuna no le permite establecerse en el país de los druidas.

Parece ser que los aspirantes a druidas sufrían una larguísima carrera, o aprendizaje de sus funciones, por un período que bordeaba los veinte años. No podían escribir las lecciones aprendidas, sino que debían captarlas a fuerza de memoria. Comentando este concreto punto, Julio César explica: «Creo que esta prohibición obedece a dos causas; una, el que nadie conozca sus doctrinas y éstas parezcan más misteriosas de lo que en realidad son; otra, el que los

---

<sup>2</sup> Desjardins: *Géographie de la Gaule romaine*. París, 1876.

<sup>3</sup> Plinio el Viejo: *Naturae historiarum*.

<sup>4</sup> J. Huby: *Manuel d'histoire des religions*. París, 1912.

<sup>5</sup> Julius Pokorny: *Celtio Review*, julio de 1908.

<sup>6</sup> Pellontier: *Histoire des Celtes*. París, 1770.

estudiantes, no pudiendo contar con el escrito, fíen más en la memoria y la cultiven con mayor ahínco.»

Aunque los datos son, en este aspecto, muy vagos, parece ser que no ignoraban la escritura. En antiguas tradiciones irlandesas se habla de cierta escritura denominada *ogham*, cuyos indicios, según algunos autores, se encuentran en los caracteres simbólicos grabados en algunos monumentos drúidicos.

La base del respeto que los galos sentían por la institución de los druidas radicaba en ser considerados como los depositarios de todos los conocimientos de los pueblos célticos. Ciertos autores griegos llaman a los druidas filósofos, teólogos y fisiólogos, esto es, médicos. La educación, el Derecho, la elocuencia y la poesía estaban también en sus manos. Todo ello les daba una autoridad omnímoda, de la que es difícil hacernos cargo, o darnos cabal cuenta, desde nuestro punto de vista actual. Un ejemplo increíble de ello es el hecho de que, si aparecían los sacerdotes druidas entre dos ejércitos o facciones galas combatientes —cosa que ocurría con gran frecuencia dado el carácter belicoso de aquellos pueblos—, la lucha cesaba al instante y los enemigos olvidaban sus querellas, cesaban la efusión de sangre y se sometían gustosamente al arbitraje de los druidas.

Tenían nociones de astronomía y cultivaban con pasión la astrología. Poseían bastantes conocimientos del movimiento y la posición de los astros más aparentes y computaban los años por meses lunares. Cicerón afirma que, basándose en el conocimiento de la naturaleza, que era su fuerte, pretendían poseer el conocimiento del futuro. Como los etruscos y los romanos, predecían el porvenir fundándose en el vuelo de los pájaros y en la disposición de las entrañas de las víctimas.

## El gran sacrificio del muérdago

La medicina de los druidas, cosa frecuentísima entre los pueblos antiguos, estaba fundada exclusivamente en la magia. Las plantas medicinales, que recomendaban al pueblo galo como la panacea para toda clase de males, habían de ser arrancadas y tratadas mediante una serie de complicadísimos y absurdos ritos. Como afirma Valentí Camp, en su citada obra, estas prácticas llegaron hasta la Edad Media, abonando el campo ingente de la magia y de la brujería, y pasaron a los tiempos modernos a través de ciertas costumbres de los pueblos campesinos. La planta pamplina de agua, que necesariamente había de ser cogida en cierto día —al parecer el jueves— y con la mano izquierda, junto con una serie inacabable de ceremonias, preservaba a los humanos contra las enfermedades malignas.

Fabricaban talismanes, con cuentas de ámbar, de los que nos han llegado collares o rosarios, en las tumbas de los galos, y que daban valor al guerrero y lo convertían en invulnerable, según sus creencias. Uno de los más afamados talismanes de los druidas, que el pueblo se disputaba con fervor digno de mejor causa, era el celeberrimo «huevo de serpiente». Lo componían con baba y excrementos de «serpientes entrelazadas», y lo vendían a un alto precio. Llevar semejante talismán colgado del cuello era un desiderátum para los galos. Anwyl<sup>7</sup> cuenta sobre este particular cosas asombrosas.

---

<sup>7</sup> Anwyl: *Celtic religion in pre-christian times*. Londres, 1906.

Pero el máspreciado remedio o talismán de los druidas era el muérdago, unido a la encina, árbol sagrado por excelencia. Para los druidas, el verdor perenne del muérdago, que consideraban sembrado por mano divina, simbolizaba la inmortalidad del alma humana.

El gran sacrificio del muérdago de Año Nuevo, se celebraba el sexto día de la luna, que era el principio del año entre los galos. El lugar de celebración era un lugar cercano a Chartres. «Los druidas —comenta César— reúnen en época determinada en el país de los carnutos, en una región que se tiene por el centro de las Galias, y en la cual hay un lugar consagrado a sus ritos. Allí acuden todos los que traen entre sí algún pleito o cuestión por resolver, ateniéndose incondicionalmente a los dictámenes de los druidas...»

El sacrificio ritual del muérdago estaba rodeado de una ingente cantidad de ceremonias. Al acercarse la fecha solemne, esto es, el comienzo del año galo, los acólitos del gran druida recibían la orden de anunciar al pueblo el día exacto de tan fausto acontecimiento. A partir de este momento, los sacerdotes druidas recorrían las comarcas, gritando enfebrecidos: «¡Al muérdago de Año Nuevo!» Y el pueblo se dirigía en masa hacia los alrededores de Chartres para participar en los actos de manera activa y directa.

El erudito inglés Toland<sup>8</sup> explica, de manera colorista y muy detallada, los ritos del muérdago. Había que buscar la planta sagrada en una encina que tuviera, por lo menos, treinta años. Una vez localizada, se alzaba un barroco altar al pie del tronco y daba su inicio la procesión rituarial. Abrían la marcha los eubagos —es decir, los augures o adivinos—, conduciendo los toros blancos destinados al sacrificio. Les seguían los bardos, que cantaban los himnos, y detrás de ellos avanzaban los neófitos, junto al heraldo de armas, vestido de blanco y tocado con una especie de cubrecabezas de dos alas, agitando en las manos ramas de verbena, con dos serpientes enroscadas, en forma parecida al caduceo de Mercurio. Y, finalmente, cubrían la marcha el gran druida, acompañado de los tres druidas de mayor edad. Uno de ellos llevaba el pan del sacrificio; el segundo, un vaso repleto de agua, y el tercero una mano de marfil, a modo de puño de un largo bastón. El gran druida caminaba majestuosamente, con albas vestiduras y rodeado de los vates y de los más nobles y caracterizados de los galos.

Al pie de la sagrada encina, el gran druida pronunciaba ciertas fórmulas, procedía a quemar un trozo de pan y vertía unas gotas de vino sobre el altar. Seguidamente ofrecía el pan y el vino en sacrificio, distribuyéndolo entre los presentes. Subía al árbol y cortaba el muérdago con una hoz de oro, echándolo en la túnica que los sacerdotes mantenían abierta. Luego los toros eran inmolados, mientras se rogaba, en alta voz, a la divinidad que se dignara proteger a su pueblo, conceder fertilidad a las mujeres estériles y librarles a todos de los venenos. Entretanto, los druidas distribuían el muérdago entre los asistentes, a modo de presente del año nuevo. Es evidente que, esta última práctica, a modo de superstición, ha llegado hasta nuestros días.

Hemos dicho ya que los druidas recogían, con gran despliegue de ritos ceremoniales, otras plantas a las que atribuían ocultos y maravillosos poderes: La hierba llamada *selago* y la *samole* eran arrancadas con la mano izquierda, estando en ayunas el ejecutante, y sin mirar la planta bajo ningún pretexto. Cumplidos tales requisitos, las hierbas eran introducidas en los abrevaderos del ganado, y hasta en las vasijas del agua potable, a la que comunicaban virtudes curativas extraordinarias. Dice Renel<sup>9</sup> que los druidas, además de jueces, sacerdotes, legisladores y administradores, eran también médicos, y que, en este aspecto, cultivaban más la superstición que la ciencia, salvo en el ámbito de las plantas medicinales, sobre las que tenían asombrosos conoci-

---

<sup>8</sup> Toland: *Specimen of the rituals history of the celtic religion on learning*. Londres, 1726.

<sup>9</sup> C. Renel: *Les religions de la Gaule avant le Christianisme*. París, 1906.

mientos. La hierba llamada verbena poseía, según ellos, una amplísima gama de aplicaciones terapéuticas.

## Jerarquías, templos, creencias

No hay unanimidad entre los autores con respecto a las jerarquías o categorías en que se estructuraba la casta de los druidas. Según Bertrand<sup>10</sup>, los druidas se dividían en tres grandes categorías: Los *eubagos* o *eubages*, llamados también *vates*, que tenían la función específica de practicar los augurios, adivinando el futuro. Los procedimientos que utilizaban para ello — parecidos, desde luego, a los de otros pueblos antiguos— eran, por lo general, groseros y bárbaros. Los romanos, al conquistar las Galias, tuvieron un notable interés en prohibir tales prácticas de los eubagos; bien porque se les antojaban excesivamente brutales, bien porque diferían de los suyos propios. Otra de las clases de los druidas era la de los *bardos*, cuya misión era la de cantar —y antes escribir o componer— los himnos religiosos, los cánticos para el gran sacrificio del muérdago y las piezas destinadas a los festines, a los combates y a ensalzar la gloria de los héroes. Parece ser que vestían un sayal o túnica pardusca, y una capa de igual color sujeta con un trozo de madera.

El tercer grupo o categoría lo constituían los *senanos*, depositarios de los dogmas y ritos religiosos, y custodios de la ciencia druídica. Tenían el monopolio de los sacrificios de cualquier tipo y de la administración de justicia. Sobre estos grupos jerárquicos se elevaba el gran druida, o pontífice máximo, revestido de autoridad absoluta e inapelable. Julio César, en sus archifamosos *Comentarios*, hace una aguda referencia a la designación del gran druida: «Al morir este gran sacerdote, si se halla entre los druidas algún individuo de superiores cualidades, es elegido sucesor del difunto. Si se presentan varios concurrentes iguales en méritos, elígese sucesor por sufragio de los druidas. Hay ocasiones en que la plaza se disputa por medio de las armas.»

Pero los autores clásicos, que se refirieron concretamente al druidismo, aducen que existían entre ellos cinco grandes jerarquías o clases, a saber: a) Los vacíos, encargados de los dogmas, las preces y los sacrificios; b) los sarónidos, consagrados a la tarea más noble de educar a la juventud y enseñar las ciencias; c) los bardos, que mantenían el fuego sagrado de la oratoria, la poesía y la música, y que arengaban a los guerreros en los combates, cantando luego sus proezas; d) los adivinos, que miraban hacia el ignoto futuro a través de las entrañas de las víctimas o del vuelo de las aves, y e) los causídicos, dedicados en cuerpo y alma a legislar y a manejar la balanza de la justicia.

Algunos eruditos modernos simplifican esta división, afirmando que sólo existían tres niveles jerárquicos propiamente dichos: Los druidas situados en la cima del poder, y en posesión de la ciencia y del dogma; los ovates, intérpretes de la voluntad de los anteriores, y cordón umbilical de los mismos con el pueblo, encargados además de las prácticas rituarías; y el resto de los fieles y adeptos. J. A. Mac Culloch, en su citado libro, explica que en Irlanda se han encontrado altares del gran druida —análogo al vacío de la Galia—; del frilid, augur y sacerdote, ejecutante de los sacrificios; y del bardo, o sea el poeta.

Los templos de los druidas, en los que guardaban y mantenían celosamente el fuego sagrado, estaban situados, o bien sobre las eminencias del terreno, en las cumbres de algunas colinas de no

---

<sup>10</sup> A. Bertrand: *La religion des Gaulois*. París, 1897.

excesiva altitud, o en lo más intrincado y frondoso de los grandes bosques de encinas. Las formas de estas construcciones religiosas eran muy variadas. A veces adaptaban la disposición circular, puesto que, entre los druidas, el círculo era el emblema genérico del universo. En otras ocasiones tomaban una cierta forma oval, aludiendo simbólicamente al huevo del mundo, del que salió el universo, según ciertas creencias, o nuestros primeros antepasados, según otras.

Había también templos de línea sinuosa, imitando la forma de la serpiente, que era el símbolo del dios Hu, de los druidas, semejante al Osiris egipcio. En forma de cruz, o cruciformes, puesto que entre los galos tal figura representaba también el emblema de la regeneración. E incluso en forma de alas abiertas, que simbolizaban el espíritu de la divinidad suprema.

Lo curioso de los templos druidas, y su característica general y uniforme, por otra parte, es que carecían de techos o de bóvedas. «Su única bóveda —ha escrito un historiador— era el firmamento, y estaban contruidos de piedras sin labrar, cuyo número respondía, exactamente, a los cálculos astronómicos. En medio del templo solía haber una piedra mayor que las demás, a la que rendían los honores de divinidad.»

Donde la piedra escaseaba, o no existía, los druidas la sustituían por grandes bloques de tierra amasada. Se considera que los más importantes templos druidas se hallaban en Gran Bretaña. En el sur de la isla se levantaban los dos de Avebury y Stonehenge; y en Cumberland, el de Shap.

Un monumento típico de los druidas eran las piedras plantadas, o monolitos sin pulir, de considerable altura, que abundan en Francia y en Inglaterra. La piedra de Plésidy, en la zona de Côtes-du-Nord, es una de las más imponentes. «La piedra enhiesta, plantada —escribe Cartailhac<sup>11</sup>—, era como un lugar de reunión y cita de las generaciones que pasaban. A su alrededor celebraba la juventud sus danzas; la doncella buscaba en ella el hada bienhechora que había de darle esposo y, después de casada, iba a tocar la piedra simbólica para que le concediera ser madre. Algunos de estos monumentos tienen, indudablemente, por origen, el culto fálico que había divinizado la fuerza reproductora de la naturaleza...»

Daban el nombre de «pastos» a un cromlech, espacio circular rodeado de piedras colocadas verticalmente. Era el recinto de los misterios o lugar de regeneración. Y existían también grandes locales o edificios para la práctica de las iniciaciones, adosados a los templos, con gran variedad de departamentos y dependencias: baños, intrincados corredores, recintos abovedados, etc. Algunas de tales dependencias eran subterráneas. Las cuevas de las cercanías de los templos eran aprovechadas para los actos de la iniciación. Un ejemplo de los aludidos edificios era el llamado Coer Sidi, donde se supone que tenían lugar los grandes misterios del druidismo. Por lo que respecta a las cuevas utilizadas para iniciar a los neófitos, pueden citarse la gran ruta de Castleton, en el Derbyshire, que Stukeley ha denominado la «caverna Estigia», y las de Luckington y Badminster, en Wilts, que los lugareños llaman «cuevas de los gigantes». En otros lugares, como en St. Kilda y en Boreray, se conservan «casas druidas», en forma de colmenas.

Hemos hecho ya una referencia a las creencias de los druidas. Julio César, con su estilo claro e inimitable, dice a este respecto: «Ante todo, se esfuerzan por fomentar la idea de que el alma del hombre no perece» sino que transmigra, después de la muerte, de un individuo a otro. Estimulan con ello el valor de las gentes, ya que destruyen el temor a la muerte.»

Era, pues, fundamental en el druidismo, y así lo enseñaban al pueblo, la creencia en la inmortalidad del alma, y la existencia de castigos después de la muerte del ser humano. Creían en la metempsicosis, y consideraban como un castigo divino la transmigración del alma humana a seres inferiores al hombre. Creían también en la existencia de una vida futura dichosa, como

---

<sup>11</sup> E. Cartailhac: *La France préhistorique*. París, 1889.



premio a la virtud, en la que el alma conservaba su manera de ser, como en la vida real y hasta sus pasiones y sus costumbres. En los funerales, era corriente el ritual de quemar cartas que el difunto enviaba a otros muertos. Era también cosa acostumbrada prestar dinero para ser devuelto en la vida futura»

Mac Neill<sup>12</sup> opina que, aunque entre los druidas de Irlanda la transmigración del alma se consideraba como posible, no se tenía por un fenómeno ordinario, ni mucho menos frecuente. En las viejas leyendas irlandesas se presentan tales creencias como muestra de la habilidad y astucia de los sacerdotes druidas, que así conseguían combatir el temor a la muerte, tan dominante en el ser humano. El perspicaz César ya observó que estas doctrinas convertían a los galos en soberbios luchadores que despreciaban el riesgo de perder su vida en los combates. Diógenes Laercio resumió magistralmente las prescripciones de la moral druídica: «Su filosofía, expuesta en formas enigmáticas, enseña a honrar a los dioses, a no hacer mal a nadie y a practicar la fortaleza.»

## La tenebrosa leyenda de los druidas

El sistema religioso de los celtas, sublimado por los druidas, es apasionante y repelente a la vez. Hay muchas páginas extrañas, y oscuras, que sobrecogen al estudioso del tema. Los relatos gaélicos presentan siempre a los druidas como maestros consumados en la magia, la nigromancia y demás ciencias ocultas. Contaban el tiempo por noches, en lugar de hacerlo por días. Conocían poemas mágicos que apartaban las tormentas o las acercaban en caso de sequía. Parece cierto que conocían el hipnotismo, como afirma Marilyn Robb, practicando lo que se ha llamado «el sueño druídico». Sus augures se preciaban de adivinar el futuro no sólo por el vuelo de las aves y las entrañas de las víctimas de los sacrificios —cosa harto frecuente en los pueblos antiguos—, sino también por los simples estornudos, por los sueños tras los festines orgiásticos rituales, y por el graznido de los cuervos. Una leyenda irlandesa habla del encantamiento utilizado por el druida Mailgenn para hacer morir al rey Cormac, introduciendo una larga espina de pescado en el pan que debía comer el monarca.

Esencialmente, las divinidades de los druidas se reducían a dos: el «gran padre» Hu y la «gran madre» Ceridwen. Las épocas de iniciación de los druidas estaban determinadas por el curso del Sol y su llegada al solsticio y al equinoccio. Al comenzar el mes de mayo, se producía la celebración anual más brillante. Durante la noche que precedía el primer día de mayo, se encendían grandes hogueras sobre los cairns, o túmulos funerarios de los jefes, y en los cromlechs. Los druidas y el pueblo bailaban enloquecidos alrededor de las fogatas, en homenaje al Sol, que «acababa de levantarse de su tumba» invernal. Eran danzas enfebrecidas, en las que estaban permitidas toda clase de libertades y licencias. Bailaban hasta la extenuación, hasta el mediodía siguiente. Y cuando el astro diurno estaba ya en su cenit, y la luz solar era más intensa, huían a esconderse en lo más hondo de los bosques y se entregaban a orgías desenfrenadas.

La iniciación de los neófitos que pretendían alcanzar alguno de los grados jerárquicos del druidismo, que ya hemos expuesto, se celebraba siempre a medianoche, en medio de un ritual fúnebre y tenebroso. El principiante era tumbado en un lecho, en forma de ataúd, para simbolizar

---

<sup>12</sup> John Mac Neill: *Les Druides*. París, 1912.

la muerte del Sol. Luego, al cabo de tres largos días, se le permitía salir de su macabra yacija, para significar que el Sol había vuelto a nacer.

Es un hecho curiosísimo, explicado por Jullian<sup>13</sup> y otros autores, que el día veinticinco de diciembre se encendían grandes hogueras, en las cumbres de las montañas, para anunciar a las gentes que el Sol —Hu— acababa de nacer. Y tanto los sacerdotes druidas como el íg्नaro pueblo se adornaban con flores de siempreviva. Era la pública señal de que el astro rey vivía, y ardía, nuevamente.

Cuenta Tácito, en los *Anales*, que los druidas de la isla de Molas oraban con las manos levantadas hacia el cielo, en una actitud parecida a la del orante cristiano. Pero la característica más conocida del druidismo, y la que le ha proporcionado una tenebrosa fama, son los sacrificios humanos. No cabe duda alguna de que los druidas mantuvieron en las Galias y en la Gran Bretaña el rito de los bárbaros sacrificios. Las infelices víctimas solían ser los criminales condenados, y en su defecto los prisioneros de guerra. Pero había también voluntarios para el repugnante ritual. Algunos galos, al encontrarse en peligro de muerte, en combate o por enfermedad, nacían el extraño y absurdo voto de dejarse inmolar, pasado un cierto tiempo —es decir, una muerte a plazo fijo—, si no encontraban otro desdichado que pudiera ser sacrificado en su lugar. En algunas ocasiones, si no había criminales ni prisioneros de guerra se procedía a efectuar un sorteo macabro entre el propio pueblo.

Las víctimas eran estranguladas, traspasadas a flechazos, o perecían bajo el puñal del sacrificador. En los períodos críticos, en tiempos de carestía, peste o vísperas de guerra, los sacrificios adquirían un tono de rogativa general, un ofrecimiento del pueblo entero para aplacar a los dioses y conseguir su favor. Entonces se construían grandes jaulas de madera, mimbre y cuerdas trenzadas, que adoptaban la forma de gigantescos animales. Las víctimas, encerradas dentro de tales jaulas, eran quemadas vivas.

En opinión de ciertos autores, los druidas de Irlanda no practicaban sacrificios humanos. Se basan, para tal afirmación, en el hecho de que tan repugnantes costumbres no son mencionadas en la Vida de San Patricio, apóstol de los nativos de la verde Erín. Parece ser que los sacrificios se limitaban a la muerte de algunos animales: toros, caballos, hasta perros, ofrecidos a los dioses en signo de adhesión y buena voluntad. En estas ceremonias no se utilizaba el fuego, ni siquiera para consumir los restos de la víctima, que eran ofrecidos a los circunstantes a fin de que comieran la carne y se beneficiaran con el sacrificio.

Uno de los puntos más controvertidos del druidismo es la existencia de las druidesas, o mujeres druidas. Aquí los datos son absolutamente contradictorios y la leyenda ha campado por sus respetos. Los escritores clásicos hablan, en ocasiones, de las druidesas como mujeres galas, emparentadas con los druidas, es decir, las esposas o las hijas. Pero no está demostrado que existieran sacerdotisas druidas con las mismas funciones y poderes que los varones.

La leyenda ha tomado altos vuelos en esta materia. Se ha escrito que las druidesas debían ser vírgenes, y que, aun casadas, habían de mantener una estricta castidad. Algunos autores antiguos sostienen la fábula de que sólo podían adivinar el porvenir del varón que las violaba. Estrabón las presenta como las sacerdotisas de los sacrificios, inmolando por su propia mano a las víctimas y examinando fríamente sus entrañas para fundamentar los augurios.

Se da como cierto que en la isla de Sen existieron una especie de vestales galas dedicadas al culto de la magia y de la profecía. En cuanto a la famosa inscripción de Metz, parece aludir a una corporación de druidesas, paralela a los druidas varones. Pero Mac Culloch y otros autores

---

<sup>13</sup> C. Jullian: *Histoire de la Gaule*. Burdeos, 1907.

consideran como posterior y amañada dicha inscripción, en la que se menciona a la druidesa «Avete».

Quiere la leyenda que las druidesas vestían de blanco e iban ceñidas con un cinturón de metal. Vivían en las rocas más agrestes y solitarias, azotadas por las olas del océano, y conservaban la virginidad, según algunos, o se entregaban a licenciosos excesos según otros. Las antiguas tradiciones marineras hacen referencia a las islas y a las rocas habitadas por las druidesas, y señaladas por el pueblo como lugares encantados. Así, por ejemplo, la isla del Sena, o Liambis, la de Saints, cerca de Ushant —donde nació el sabio y mago Merlín, según cuenta la fábula—. Otra tradición menciona la gruta de Fingal, en las islas Hébridas, famosa por sus columnatas basálticas. Los gaélicos la denominaban *Llaimh Binse*, o sea «antro de la música», debido a los impresionantes sonidos, y hasta notas musicales, que las olas del mar arrancan de las profundidades de la cueva, en un fantasmagórico concierto de gemidos, estampidos y ecos.

El gran compositor italiano Vincenzo Bellini se inspiró en el tema y en la leyenda de las druidesas para darnos la celeberrima ópera *Norma*. Sobre una mediocre tragedia de Alejandro Soumet, y el libreto encargado a Felice Romani, la música de Bellini dio vida artística a *Norma*, la sacerdotisa druida enamorada del procónsul romano Pollione. La famosísima aria *Casta diva*, genial canto a la Luna, nos evoca la misteriosa personalidad de los druidas y su adoración por los astros y la naturaleza.

## El fin del druidismo y su extraña proyección

El período culminante de la institución de los druidas, parece haber sido el siglo anterior a la conquista de las Galias por el romano Julio César. Cuando las legiones de Roma llegaron a las tierras de los galos, se encontraron con una serie de grupos y de tribus divididas, a veces enemistadas entre sí, sin un poder aglutinador central. Los druidas ya, desde un principio, tuvieron que luchar contra la nobleza gala de los *clans* y contra los jefes militares llamados *tierns*. En las cuencas del Loira y del Sena, y también la península armoricana, predominaba la influencia de los druidas. Pero en muchas zonas de la periferia, en las estribaciones de los Alpes, en la Auvernia, etc., los druidas no habían podido vencer el espíritu montaraz e independiente de los galos. Fustel de Coulanges<sup>14</sup> dice que los galos no habían formado grandes núcleos de población. Moraban, dispersos, en los bosques, landas y llanuras pantanosas, formaban villas y aldeas, reducidas y abiertas. Vivían entregados a todos los riesgos de una vida belicosa y a los arranques temperamentales de su raza.

Todo ello, naturalmente, favoreció a los conquistadores romanos, paradigma de organización y de dirección unitaria. La anarquía abrió la puerta a la invasión. Los romanos fomentaron las rivalidades entre los diversos pueblos galos, favoreciendo el antiguo politeísmo céltico, que tenía cierto parecido con sus propias creencias. Pero proscribieron duramente todo el andamiaje de la institución del druidismo. En Galia y Bretaña, fueron prohibidos los sacrificios humanos por un decreto del Senado, durante los consulados de Cornelio Léntulo y Licinio Craso, setenta años antes de Jesucristo. Luego, César Augusto vetó a los ciudadanos romanos profesar el druidismo, y Claudio lo abolió definitivamente, como nos lo ha explicado Suetonio.

---

<sup>14</sup> Fustel de Coulanges: "Comment le druidisme à disparu". *Revue Celtique*, IV, 44.

El cristianismo terminó la obra de liquidación de los credos druidas, comenzada por la Roma imperial. Pero, como dice Higgins<sup>15</sup>, la destrucción del druidismo fue lenta y difícil. La dulzura y el celo apostólico de San "Patricio, en Irlanda, y San Columbano, en Escocia, borrarono poco a poco el fanatismo druídico. Sin embargo, hasta el siglo VII de la era cristiana, aquellas extrañas y crueles doctrinas se mantuvieron arraigadas en varias regiones. Y algunas de sus prácticas y supersticiones consiguieron pasar, más o menos adulteradas, al mundo moderno.

Algunos escritores sostienen que, después de la caída del Imperio romano, existió un neodruidismo, una especie de religión mixta cristiano-druida, sostenida por una casta de sacerdotes medio paganos.

Sea como fuere, el druidismo no desapareció del todo. Aquella extraña y poderosa hoguera dejó un rescoldo que resistió el paso del tiempo. Santiago Valentí Camp, en su obra citada, sostiene que el espíritu druida perduró en la Orden reformada de los Bardos que, según la leyenda, fue fundada por el mitológico Merlín a finales del siglo V. Lo cierto es que, alrededor del año 940, la Orden había proliferado y se componía de tres estamentos: Los *arwennyddions*, es decir, los alumnos; los *bardd faleithiawg*, o inspectores; y los *bardd ynys pryadain*, que eran los maestros. Estos últimos vestían un traje azul celeste que les distinguía de los grados inferiores. En el año 1078, se procedió a la reforma de los estatutos y la Orden consiguió importantes privilegios. Pero entre 1272 y 1307, los bardos fueron duramente perseguidos, principalmente en el País de Gales.

En tierras de Irlanda, esta Orden tuvo una característica casi exclusivamente artística. Los bardos eran los trovadores y se dividían, a su vez, en tres jerarquías: los *filedhas*, heraldos al servicio de los príncipes, que cantaban los himnos religiosos y el valor de los héroes en los combates; los *breiteamhain*, que ejercían ciertas funciones judiciales; y los *seanachaidhe*, genealogistas y reyes de armas. Al producirse la conquista de Irlanda por Enrique II, en el siglo XII, los bardos se extinguieron.

Como reminiscencia notable del druidismo, debemos citar también la Antigua Orden de los Druidas, del País de Gales, formada en el siglo VIII, y dedicada a mantener y propagar la lengua, las costumbres y la literatura de los cimros. Con el transcurso del tiempo, esta sociedad se enfrascó en el fomento de los estudios célticos. Solían celebrar, anualmente, grandes festivales denominados *Eisteddvods*, en los que participaban más de veinte mil miembros. Otra ceremonia importante era el *Gorsedd*, asamblea general de la Orden, integrada por los tres grados: los bardos o poetas, maestros en poesía galesa; los druidas, escritores y científicos; y los ovatos, o músicos. En la celebración del *Gorsedd* los bardos vestían de azul, los druidas de blanco y los ovatos de verde. La asamblea se reunía en unos cercados de piedra, cara al sol naciente, presidida por el archidruida.

La extraña proyección del espíritu druídico parece haber vencido el ácido corrosivo del tiempo. Es un fenómeno histórico que no tiene parangón alguno. A finales del siglo XVIII, en 1781, se fundó en Londres otra asociación con el mismo nombre de la aludida entidad galesa, Antigua Orden de los Druidas, inspirada en ciertas creencias célticas, pero orientada hacia las logias masónicas. Tuvo siempre un carácter de secta o sociedad secreta. Practicaba la magia, procurando atraer a la juventud a sus extraños ritos. Los socios se llamaban mutuamente hermanos y se ayudaban denodadamente en todas las vicisitudes de la vida.

En 1825, la Antigua Orden de los Druidas cruzó el océano y proliferó, de manera inusitada, en tierras de los Estados Unidos de América. En el año 1839 existían ya ciento doce logias,

---

<sup>15</sup> G. Higgins: *The Celtio Druids*. Londres, 1829.

agrupadas en una asamblea central llamada Hain. Es un hecho curioso que esta reminiscencia druídica, trasplantada a ultramar, volviera luego a su solar originario. En 1869 se creó en París la Persévérance Hain, cuyas actividades se vieron interrumpidas por la guerra franco-prusiana. Por lo que respecta a Alemania, en 1872 se fundó en Berlín la Dodona Hain, con sucursales, luego, en Hamburgo, Stuttgart, Leipzig y Bremerhaven.

Las logias de la moderna orden de los druidas se celebran en locales decorados y adornados según las antiguas prácticas de los galos. Son rigurosamente secretas y sólo los iniciados pueden acceder a ellas. En algunos casos llegaron a tener una duración de hasta veinticuatro sesiones consecutivas. Los fines perseguidos, y que se dicen inspirados en las doctrinas de los auténticos druidas, son: el servicio de Dios, el progreso de las ciencias, la dignificación del hombre, el fomento de las artes y de las letras y, por encima de todo, la glorificación de la raza céltica. Parece ser que están prohibidas todas las cuestiones religiosas o políticas. Para ingresar en la Orden es indiferente la posición social y económica, y hasta las filiaciones políticas, pero se exige la creencia en un Dios personal. Las ramas norteamericanas de la Orden exigen, además, una moralidad absolutamente irreprochable. En cuanto a los grados o jerarquías en que se dividen los miembros de la secta, se han conservado los tres antiguos de los ovatos, que cuidan de observar los ritos; los bardos, que fomentan el arte y las ideas estéticas; y los druidas, cuyo criterio es decisivo y cuyas actividades se proyectan hasta los núcleos comerciales, industriales y financieros de la comunidad.

El estudio detallado de todas estas sectas y asociaciones excede de los límites y propósitos de la presente obra. Pero hemos creído que era interesante, y a la vez necesario, dar una somera idea de la proyección hacia el futuro del espíritu druídico. La extraña y mítica institución de los druidas, que excitó ya sobremanera la curiosidad de los contemporáneos, ha seguido apasionando al hombre moderno.

**7**

**LA GRAN EPOPEYA**

## Los galos

Los siglos VI y V a.C. fueron un remanso de relativa paz para la inquieta y enfebrecida Europa. Después de las grandes migraciones de las tribus belgas, y una vez detenidas las infiltraciones de los germanos, los pueblos célticos parecieron convertirse en sedentarios, fortificaron sus fronteras y se dedicaron a la caza, a la agricultura y a la metalurgia, en la que llegaron a ser maestros.

Este largo período de calma fue muy beneficioso para los celtas. Les permitió estabilizarse y consolidar su cultura. Pero tuvo su fin, como todas las cosas de este mundo. El alma inquieta y el ardiente espíritu de aventura de aquel pueblo estaban simplemente dormidas. Alrededor del año 400 a.C., según ciertos autores, o acaso antes, en opinión de otros, los celtas se desperezaron y volvieron a ponerse en marcha. Un ramalazo de inquietud vibró a lo largo y a lo ancho de Europa.

Nadie sabe con certeza si los celtas se sintieron mortalmente cansados de la vida sedentaria y pacífica, o si los germanos, incidiendo sobre sus fronteras, sirvieron de acicate. Pero el hecho es que, alrededor del año 400, las nutridas filas de los celtas vuelven a ponerse en marcha, a través de los campos y los pueblos europeos. Les impulsa, como siempre, la sed de aventuras y el ansia de conocer nuevos horizontes. Pero hay, entreverado, otro elemento menos romántico. Durante las épocas fecundas de la paz habían practicado el comercio con los pueblos ricos y remotos del sur y del sudeste. Y al ponerse de nuevo en marcha, sintieron el aguijón de aquellas riquezas soñadas. Por eso se dirigieron hacia Italia y hacia el Danubio.

A partir de este momento entran ya en juego las fuentes históricas, lo que permite una mejor reconstrucción de los avatares de la expansión céltica. Los autores griegos siguen utilizando el nombre de «celtas», pero los romanos hablan de los «galos». Para Roma, tanto Francia como los territorios conquistados en el norte de Italia son las Galias, y comienza a hablarse de la Galia Cisalpina y de la Galia Transalpina.

La cultura céltica, según Lantier<sup>1</sup>, comprende dos grandes provincias: una alpina, con Suiza, el Rin superior, el sur de Württemberg y la Borgoña, en Francia; y otra en la que queda incluida la Champaña francesa, el Rin medio, el noroeste de Baviera y el sur de Bohemia. Están entroncados también con esta segunda provincia céltica los territorios atlánticos de Francia, la Bretaña, Bélgica y las Islas Británicas. Se produce en este período un gran aumento de población y una interdependencia entre todos los grupos célticos, lo que desarrolló el espíritu de aventura y la ambición de conquistar nuevas tierras más allá del horizonte habitual.

Tito Livio<sup>2</sup>, recogiendo antiguas tradiciones y trabajando con materiales heterogéneos de cuya certeza no podemos estar absolutamente convencidos, menciona a los celtas bituriges, procedentes del Rin medio y que tenían el dominio de la Galia. Narra que el *Celticum*, o gran confederación de las tribus celtas, tenía como jefe supremo al rey de los bituriges, llamado Ambigato, el cual, ante el creciente exceso de población, optó por enviar dos expediciones de conquista hacia lo desconocido, al mando de sus dos sobrinos: Segoveso y Belloveso. Segoveso debía marchar hacia la Europa central, mientras que Belloveso afrontaría los Alpes, para caer

---

<sup>1</sup> R. Lantier: "Die Kelten". *Historia Mundi*, de Fern-Valjavec. Munich, 1954.

<sup>2</sup> Tito Livio: *Desde la fundación de Roma* (35 libros, el último incompleto).

sobre Italia.

A través del relato de Tito Livio, la cronología de todos estos hechos es muy precaria. Según ciertas tradiciones romanas, Ambigato fue contemporáneo de Tarquino Prisco, y por lo tanto la expedición a Italia de su sobrino Belloveso —para algunos autores su hijo— habría tenido lugar mucho antes. Sin embargo, sabemos que la batalla de Alia contra los romanos fue librada en el año 390 a.C. Probablemente el entramado de la narración es veraz, pero reúne en una sola gesta movimientos de los celtas que se desarrollaron a lo largo de más de un siglo.

Ni siquiera el solar del reino de Ambigato está libre de opiniones dispares. Para algunos historiadores, los bituriges no se hallaban en Francia, sino en la Renania; y hasta hay quien sostiene que la denominación «bituriges» no se refiere a una tribu, sino que es una frase atribuida a dicho personaje. *Biturix* significa, en lengua céltica, «siempre rey». Se ha pensado que la marcha de los bituriges hacia Italia, según el texto de Tito Livio, no se produjo por los Alpes franceses, por el paso de San Bernardo y el valle de Aosta, o por el Mont-Cenis, el Piamonte y la Lombardía, sino a través de los Alpes suizos y por el San Gotardo.

En opinión de Bosch Gimpera, y la mayoría de autores, a los bituriges que integraban la expedición de Belloveso se unieron grupos de la tribu de los boios, así como senones de Lorena, cenomanos, insubrios y lingones. Cruzaron las Ardenas y el río Mosa y entraron en la península italiana por el San Gotardo. Hay trazas del paso de estos grandes efectivos célticos en el Tessino, junto al lago Maggiore. En la llamada sepultura de Sesto Calende, se han hallado un carro de guerra, una espada de antenas y una sítula. Muchos años antes, en el tiempo de la cultura de las urnas cinerarias, algunos grupos célticos habían llegado ya a estos parajes.

Alrededor del año 396 a.C., y ya en tierras de Italia, los celtas insubrios destruyeron la ciudad etrusca de Melpum, muy difícil de localizar, y fundaron Mediolanum, es decir, Milán, mientras los cenomanos avanzaban por el norte del río Po hasta alcanzar la región del Véneto.

En el año 390, el enjambre de tribus célticas mandadas por Belloveso, que se extendían como el agua vertida por el norte de Italia, chocaron con las fuerzas romanas que habían marchado en su busca para contenerlas. En las inmediaciones de un riachuelo del Lacio, afluente del Tíber, denominado Alia, y que hoy día se llama Alia, se libró una encarnizada batalla. Los celtas, superiores en número, y sobre todo en valor y arrojo, dieron buena cuenta de las huestes romanas, a las que infligieron una tremenda derrota.

Mandaba una de las alas célticas Brenno, jefe de los senones, que se distinguieron notoriamente en aquella memorable acción. Y al darse cuenta de que los romanos emprendían una precipitada fuga, se lanzó en su persecución, seguido de toda su tribu. De esta manera los vencedores encontraron abiertas de par en par las puertas de Roma, penetrando por ellas como un alud. Durante varios días, los senones se entregaron a un furioso saqueo, destruyendo parcialmente la ciudad, mientras los patricios romanos y los soldados que no habían perecido en la batalla o en la retirada, se encerraban en el Capitolio y en los edificios anexos. Durante siete meses, según cuenta Tito Livio, los invasores sitiaron infructuosamente el Capitolio, hasta que, por fin, se convino un armisticio.

La indemnización exigida por Brenno para acceder a retirarse de la ciudad fue enorme, elevándose, según el citado historiador latino, a mil libras de oro. Dícese que uno de los patricios se quejó de que los pesos utilizados por los galos estaban amañados y eran falsos. Entonces, el jefe Brenno se adelantó y con un gesto brusco y muy céltico arrojó su pesada espada sobre el platillo de una de las balanzas, gritando: *Vae victis!* («¡Ay de los vencidos!») De ser cierta la anécdota, demostraría que los galos tenían un fino sentido del humor; porque aquella frase había sido acuñada y utilizada con gran frecuencia por los rapaces e implacables romanos.



Cuenta también Tito Livio que los senones, cargados pesadamente con el botín del saqueo y con la enorme suma de oro que pudieron sacar de la ciudad, marcharon hacia el norte, para reunirse con las otras tribus, muy lentamente, y que por el camino les atacó el dictador Furio Camilo. En la escaramuza, el propio Brenno perdió la vida.

Sin embargo, existen fundados indicios de que Tito Livio, llevado de su patriotismo, «arregló» un poco la historia, con el fin de salvar el honor romano. Las versiones más autorizadas sostienen el criterio de que los senones se retiraron en buen orden, muy cargados de botín, eso sí, pero sin sufrir un solo ataque. En cuanto al Caudillo Brenno, que no pereció en la caminata hacia el norte, no puede ser el mismo que, años más tarde, mandó una numerosa hueste contra Macedonia.

Después de la gran victoria de Alia, aquella gran masa de pueblos célticos se estableció en el valle del Po, teniendo como límite o frontera sur los Apeninos. Los clanes de cenomanos se asentaron al norte del río; los boios en la comarca de Bolonia, de donde expulsaron a los etruscos; los lingones en la faja comprendida entre el Po y los Apeninos; y los belicosos senones se distribuyeron por la falda oriental de los Apeninos, hasta Sinigaglia (Sena Gallica), junto al mar Adriático.

Este contacto íntimo con los romanos, que comenzó por el hierro y por el fuego, fue causa de que los galos pasaran de la organización tribal, típica de todos los pueblos célticos, a una organización de tipo estatal, aunque rudimentaria. Conservaron la lengua céltica, pero aprendieron el latín, y la poderosa cultura romana incidió sobre ellos. Por mediación, y a través de los galos, el genio de Roma irradió hasta las más apartadas tribus célticas.

Cabe advertir aquí, una vez más, que el uso indistinto de los términos «celta» o «galo» no debe inducir a confusión. En todo caso, la denominación «celta» tiene una mayor amplitud, puesto que se refiere a los numerosos pueblos de aquella cultura; mientras que «galos» son tan sólo los miembros de las tribus célticas de una determinada zona geográfica. Ya en el principio de sus celeberrimos *Comentarios*, Julio César lo explica con su concisión inimitable: «*Qui ipsorum lingua celtae, nostra galli appellantur.*» (Los que en su lengua se llaman celtas, y en la nuestra, galos.)

## La gran marcha céltica hacia el este de Europa y Asia Menor

Mientras las tribus acaudilladas por Belloveso partían hacia el solar de los romanos, los bituriges de Segoveso se dirigieron hacia el Danubio. A lo largo del valle del Main y cruzando los dominios de las tribus boios de Franconia, llegaron hasta Bohemia, en la que introdujeron la cultura de La Tène del primer período. Allí se fragmentaron, y mientras parte de aquella masa humana se convertía en sedentaria, el resto marchó hacia el Danubio medio para extenderse al sur y al este de Europa. Parece ser que, en su itinerario, se les unieron grupos de diversas procedencias, puramente celtas o bien celtizados.

Como un incontenible alud, los hombres de Segoveso alcanzaron Iliria y Panonia, y ocuparon parte de la Hungría oriental y de la Silesia alemana. Se ramificaron, infiltrándose por entre los grupos indígenas —dacios e ilirios—, junto a los cuales se fundaron poblaciones célticas, que debían tener una larga duración. Así, por ejemplo, los osios se asentaron al noroeste de Budapest,

los karnos en Carintia, y los araviscos en la margen derecha del Danubio, en el codo que forma el gran río al derivar hacia el sur.

Luego, las tribus célticas recorrieron los cursos del Saave y el Bosna, pasando por entre los pueblos ilirios. Los autariates ocuparon el valle del Morava y penetraron en Macedonia, imponiendo tributos a las poblaciones sometidas. En el año 359 derrotaron, en un sangriento choque, al rey Pérdicas II, hermano de Filipo, pero posteriormente, ante la presión de los macedonios, retrocedieron hacia el norte del país, donde se establecieron. Durante varios años mantuvieron relaciones pacíficas con Macedonia, y en el año 324 a.C. enviaron una embajada extraordinaria a Alejandro Magno, mientras el gran conquistador se hallaba en Babilonia. Se han encontrado restos arqueológicos de las colonias que los autariates fundaron en el norte del país macedónico.



Lugares de asentamiento y yacimientos arqueológicos mejor conocidos del ámbito céltico centro-europeo (según J. Filip).

Sin embargo, y pese a las relaciones pacíficas con los macedonios, se produjeron fricciones con las tribus célticas situadas más al norte, debido a la ayuda que Macedonia prestaba a los ilirios. Todo lo cual no impidió que Panonia cayera en manos de los celtas, que fundaron Singidunum (Belgrado).

Alrededor del año 298, las tribus célticas del Danubio, reforzadas considerablemente por la llegada de grupos boios, voleos y principalmente belgas, se pusieron en movimiento y entraron como un alud en Bulgaria y en Tracia. Y una vez dividido y fragmentado el imperio de Alejandro Magno, los celtas, bajo el mando de un notable caudillo de la tribu de los belgas llamado Bolgios, iniciaron una ofensiva en diferentes direcciones. El rey de Macedonia, Ptolomeo Cerauno, murió luchando contra ellos en el año 279 a.C. Algunos autores afirman que en esta acción los celtas disponían de una fuerza combatiente de más de ciento cincuenta mil infantes y cuarenta mil jinetes, aparte del grueso de las tribus. Figuraban entre ellos, siempre en vanguardia, varios grupos

galos, con su jefe Brenno, que, naturalmente, no puede ser el mismo que incendió Roma, en el año 390.

Después del triunfo sobre los macedonios, la avalancha céltica saqueó, el país. Entretanto, otras tribus luchaban incansablemente contra los pueblos balcánicos, llegando a Peonia alrededor del año 280 y devastando la Tracia. Como había ocurrido en la península italiana, el solo anuncio de la proximidad de los celtas infundía pavor a los indígenas y provocaba grandes movimientos de población.

En el año 279 a.C., las avanzadas del enjambre céltico, con los aguerridos galos y belgas como fuerza de choque, marcharon a través de Macedonia, sembrando el temor a su paso, hasta penetrar en la Tesalia. En el desfiladero de las Termopilas, famoso en la historia de Grecia, los atenienses se aprestaron a una defensa desesperada.

El paso de las Termopilas, situado al borde del golfo Lamiaco y constituido por la estrecha garganta que corría entre el pie del monte Calídromo y el mar, era el único acceso desde la Tesalia a la Grecia central, y el único por donde podían pasar carros y bagajes militares. En su entrada este, junto a la población de Alpeni, era muy angosto, y tan adecuado para la defensa, que fue cerrado en varias ocasiones con un muro y un portalón. En este desfiladero tuvo lugar la célebre resistencia de Leónidas y sus trescientos espartanos. Más tarde, los atenienses detuvieron allí al macedonio Filipo. Y en el año 279, como acabamos de indicar, se dispusieron a cerrar el paso a los temibles galos.

Según ciertas versiones, al no poder forzar el paso por el desfiladero, los galos siguieron el camino marginal que antaño Esfialtes indicó a los persas, por la vertiente del monte Calídromo. Pero otros autores sostienen que la gran masa de las tribus célticas cruzó los pasos del Parnaso. En todo caso, lo cierto es que los invasores consiguieron llegar hasta el santuario de Apolo, en Delfos, que saquearon a placer. Cuenta la tradición —de origen helenístico, claro está—, que cuando los galos se aprestaban a cargar con todos los tesoros del celeberrimo templo para iniciar la retirada, se desencadenó una horrible tempestad. Los pueblos célticos, como sabemos, rendían culto a la naturaleza y a los fenómenos meteorológicos, pero la tormenta en cuestión fue de tal calibre que los amedrentó.

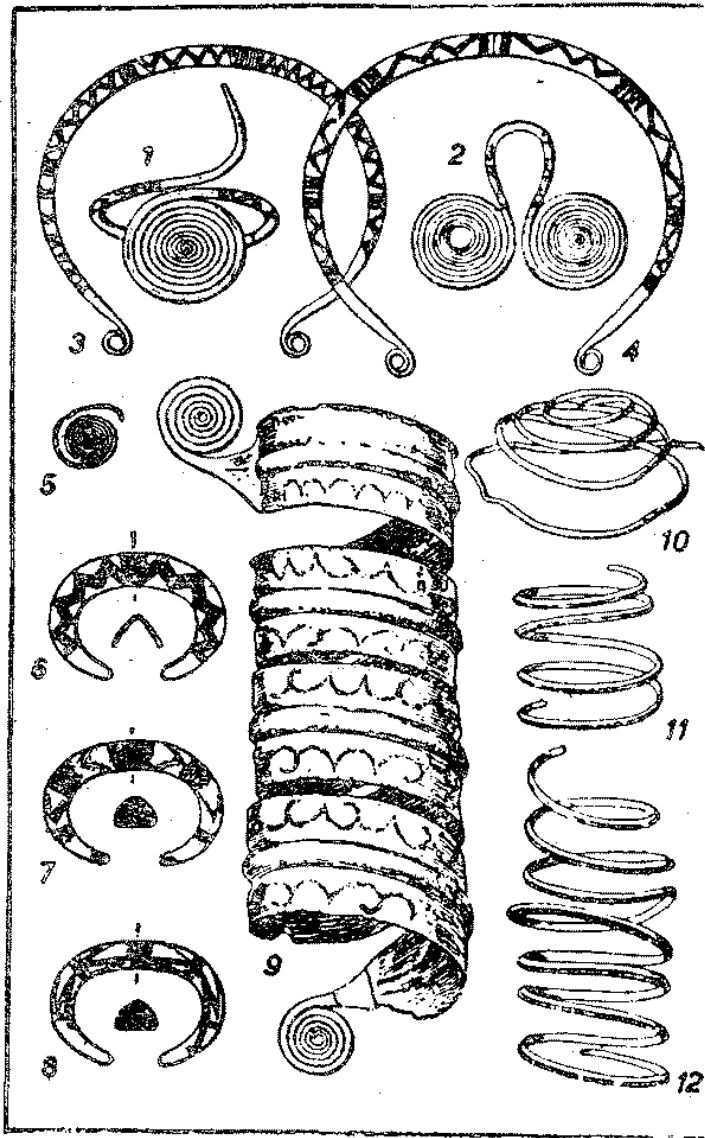
Impresionados por los truenos y los relámpagos, y atacados por los pueblos etolios y focios, que defendían el santuario con uñas y dientes, los galos de Brenno se retiraron a uña de caballo. En Heracles, al norte del paso de las Termopilas, el caudillo Brenno, avergonzado de aquella inexplicable fuga, se suicidó, al parecer por medio del veneno. Las tradiciones griegas han mantenido la tesis de que los galos fueron derrotados, no por los etolios y los focios, sino por el mismísimo Apolo Deífico, ayudado y aconsejado por las diosas Diana y Minerva.

El talón de Aquiles de las tribus célticas —ya lo hemos dicho anteriormente— radicó siempre en su falta de unión, y en el hecho de que cada grupo obraba y hacía la guerra por su cuenta. Después de la incursión sobre Delfos, la gran masa céltica se dividió y cuarteó, atomizándose, lo que equivalía a conceder una oportunidad a sus enemigos. Así, el rey Antígono Gonatas pudo empujar a las aguerridas tribus fuera de Macedonia. Pero importantes grupos celtas permanecieron en los Balcanes, estabilizándose y convirtiéndose en sedentarios. Fundaron el estado de los scordiscos, cuya capital, ya mencionada, Singidunum, se levantó en el emplazamiento de la actual Belgrado, o muy cerca de ella.

Otras tribus colonizaron Bosnia y Herzegovina, hasta el Epiro, y algunas se establecieron en Tracia, entre el Danubio y Adrianópolis, fundando un reino que abarcó el Danubio, con poblaciones que ostentan nombres célticos: Bononia (Vidin) y Noviodunum, en la comarca de Dobrudcha. Dichas tribus fueron muy influenciadas por la cultura helenística; incluso acuñaron

monedas con el nombre de su rey, Kauaros, que imitan perfectamente las monedas griegas.

Las infiltraciones célticas de este período llegaron muy lejos hacia el este, penetrando en Ucrania y alcanzando el mar de Azov. Plutarco menciona estas colonias entreveradas de celtas y escitas. Pero hay que señalar que, tanto en ellas como en las colonias de Tracia, el elemento céltico quedó en minoría. Probablemente los celtas, como solía ocurrir, se impusieron como clase dominante y aristocrática, pero la gran masa del pueblo siguió siendo tracia y escita.



Objetos hallados en los depósitos húngaros de la primera Edad del Bronce (Velem-Szentvid, Sag Berg, Cófalva, Blatnica, Ogyalla, etc.). Figuran entre ellos: fibulas adornadas con espirales, objetos de oro, brazaletes también con espirales, diademas, y otros ornamentos geométricos (según Bosch Gimpera).

El rey Antígono Gonatas, de Macedonia, que había luchado contra galos y belgas, empujándolos hacia el norte, entró luego en tratos con ellos, haciendo de mediador para que entraran, como mercenarios, al servicio del rey Nicomedes de Bitinia, que se hallaba en guerra abierta contra su hermano Zibeas. Fuertes grupos galos, acaudillados por Lutario y Leonorio, llegaron a la antigua Frigia aterrorizando las ciudades de Anatolia y Siria y coadyuvando a que Nicomedes I consiguiera la victoria. Como premio por sus servicios les fue concedida una amplia porción del territorio limitada por el río Sangario. A partir de este momento se les llamó «gálatas».

La Galacia, o país de los gálatas, se dividió en tres regiones perfectamente definidas, correspondientes a los diversos grupos o clases de los galos que habían llegado hasta aquellas remotas tierras. Los tolisboienos poblaron la zona situada entre el río Sangario y Frigia, y su capital recibió el nombre de Penisonte. Los tectosagos se asentaron entre el Sangario y el Halis, con capitalidad en Ancira. Y los troenos vivieron entre el río Halis, el Ponto y Capadocia, siendo su capital, o población más importante, Tavium.

Galacia era gobernada, a modo de federación, por doce tetrarcas, elegidos por las tres tribus mencionadas. Una asamblea de trescientos miembros moderaba la autoridad de los tetrarcas. De acuerdo con las costumbres célticas, dicha asamblea se reunía anualmente en el bosque sagrado. En caso de conflicto armado, se designaba circunstancialmente a un jefe único, con poderes limitados al fuero militar. Existía, como también era normal entre los celtas y galos, una potente aristocracia, en cuyas manos se hallaba en realidad la paz y la guerra.

Alrededor del año 250, aunque la fecha es muy controvertida, los gálatas fueron derrotados por el rey de Siria Antíoco Soter, quien les impuso una reducción de sus tierras, circunscritas al río Halis y a la llanura de Frigia, y consideróles como vasallos.

Inquietos y belicosos por naturaleza, los gálatas tomaron parte con varia fortuna en todas las guerras surgidas entre los estados helenísticos. Allí por el año 230 a.C., fueron vencidos por Átalo I de Pérgamo, quedando arrinconados en la zona norte de Frigia, de donde salían para combatir como mercenarios. Existen versiones de que más de diez mil gálatas lucharon bajo las banderas de Antíoco el Grande en Magnesia.

Tomando esta intervención como pretexto, Roma les declaró la guerra abierta, enviando al cónsul Manlio Vulso, en los años 189 y 188 a.C. Al ser anexionado al Imperio romano el reino de Pérgamo, los gálatas mantuvieron buenas relaciones con Roma, pero comenzaron a caer en la inactividad y en la molición. Adoptaron los gustos decadentes y el amor al lujo de los antiguos habitantes de la región, griegos y frigios.

El Senado romano, paulatinamente, redujo el número de los tetrarcas y acabó por suprimirlos. Después de las guerras de Pompeyo en Asia, el rey de los gálatas, Dejotaro, que era hechura de Roma, entregó Galacia a sus dueños y señores. En tiempos de Augusto, Galacia era ya una simple provincia romana. En sus correrías como mercenarios, los gálatas llegaron a Egipto bajo las banderas de Antígono Gonatas y luchando contra Ptolomeo II Filadelfo. Posteriormente, Ptolomeo III les tomó a su servicio y en el año 186 tomaron parte en una expedición contra los macabeos de Judea. En los muros del templo dedicado a Seti I en Abidos (Egipto), los arqueólogos encontraron una inscripción céltica celebrando la caza del zorro.

Hemos aludido ya, aunque muy brevemente, a la profunda infiltración de las tribus celtas hacia el este de Europa, por tierras de los escitas, hasta Ucrania y el mar de Azov. Desde Bohemia y Moravia, la gran masa céltica avanzó hasta Silesia, la Rutenia subcarpática, Transilvania y regiones limítrofes. Guerreros y pastores, agricultores y metalúrgicos, viejos y jóvenes, a pie, a caballo y con sus recios carros de cuatro ruedas, cruzaron los pasos de los

Cárpatos, y llegaron a la Dacia septentrional, y a la Galitzia, que recibió precisamente su nombre de los galos.

Mientras algunas tribus se asentaban y se convertían, por lo menos temporalmente, en sedentarias, otras continuaron hacia la Podolia occidental. Besarabia y Ucrania. En las tumbas de Jarubinetz, junto al Dniéper, han sido hallados objetos pertenecientes a la cultura de La Tène. Armas y cerámica de dicha cultura aparecen en otros lugares de la región de Kiev, en muchos lugares de Polonia, en la Pomerania y en los pantanos de Masuria.

Hensel<sup>3</sup> ha establecido la teoría de que, durante los últimos siglos anteriores a nuestra era, grupos de celtas organizados penetraron profundamente en el este de Europa y en tierras rusas, buscando comarcas ricas en minerales, y probablemente también los mercados del ámbar, en las orillas del mar Báltico. La mayoría de tales grupos, de poca densidad numérica, acabaron por ser absorbidos por los pueblos indígenas, si es que la inquieta sangre celta puede llegar a ser totalmente asimilada.

## Los celtas vuelven a cruzar el canal

A partir del siglo IV a.C., nuevos contingentes celtas cruzaron el canal de la Mancha, asentándose en Inglaterra y alcanzando también las tierras de Escocia y de Irlanda. Procedían de las regiones atlánticas y del norte de Francia. Su influencia fue muy considerable sobre las poblaciones locales, que habían recibido ya una fuerte celtización varios siglos antes.

El profesor Bosch Gimpera<sup>4</sup> afirma que los grupos célticos que pasaron a las Islas Británicas en el siglo IV son los llamados britones, que representan las tribus que habían realizado, en su lengua, el cambio o mutación fonética de las labio-velares (celtas de la Q, o goidelos), en labiales (celtas de la P, o britones). Al parecer, los britones absorbieron a los goidelos.

Los britones que zarparon de la costa atlántica para cruzar el canal procedían, en su mayor parte, del gran mercado de Corbulo, en la desembocadura del río Loira, centro del tráfico con el estaño proveniente de Gran Bretaña. Los celtas sentían una verdadera devoción por el estaño.

La tribu o clan de los dumnonos llegó a Cornualles, donde se hizo sedentaria. Los dobonos anduvieron por los Midlands y el Támesis superior. Los ordovicos y los cornavos se establecieron en el País de Gales, en Cheshire y en el Lancashire. Obsérvese la similitud del nombre de los cornavos con el de la importante población galesa de Carnavon.

Los documentos medievales irlandeses y las leyendas, tan abundantes por aquellas tierras, mencionan a las tribus denominadas Fir Dommain, de origen celta, que se establecieron en las costas de Irlanda, arrojando de ellas a los goidelos.

Una parte de los cornavos abandonó el País de Gales y llegó al norte de Escocia, asentándose en la zona de Caithness. Los indígenas escoceses —epidos y caledonios, a los que los romanos llamaban, indistintamente pictos—, pese a su espíritu de independencia y a su probada bravura, fueron celtizados a fondo.

En el año 250 a.C., una nueva migración de las tribus célticas del valle del Sena, en Francia, tomó el camino de las Islas Británicas. Los parisios entraron por el valle del Humber,

---

<sup>3</sup> W. Hensel: *Archaeological Research in Poland*. Lodz, 1959.

<sup>4</sup> Pedro Bosch Gimpera: *Mouvements celtiques. Essai de re-constitution*. París, 1950-1956.

arrinconaron a los goidelos que se hallaban por aquellas regiones, y arribaron finalmente al este de Escocia, en el estuario de Firth de Forth.

Algunos historiadores indican que este corrimiento hacia las Islas Británicas de las tribus del valle del Sena pudo ser debido a la creciente expansión y agitación de los germanos sobre los belgas. Una tribu desgajada de los velicasses, los remos, que habían sufrido cierta influencia germánica, llegaron hasta el río Marne. Todas esas tribus están entroncadas con el gran grupo de los cassi, que como se ha explicado en otro capítulo pasaron el canal en los últimos tiempos de la cultura Hallstatt con los pueblos belgas.

En el siglo II a.C., grupos de aventureros y piratas célticos, muy avezados a las artes de la mar, merodearon por las costas inglesas e irlandesas. En las viejas leyendas de Irlanda se les llama *Fir Bolg*, que en lengua gaélica significa «hombres belgas», y se les considera como uno de los primeros pueblos de la Verde Erín. Pero existen, sobre este punto, tradiciones completamente contradictorias. Algunas de ellas dicen que vinieron de Grecia, donde eran siervos. Y ciertos etnólogos los suponen descendientes del tronco ibérico, por su baja estatura y su tez morena; pero ya hemos indicado que no existió una raza céltica propiamente dicha, con caracteres fijos. Algunos grupos de los *Fir Bolg* se asentaron en las islas de Man, Arran y las Hébridas. Aún se conservan las ruinas de una fortaleza de esos celtas en Santa Kilda.

En esta época se formó, en las costas francesas del Atlántico una «confederación armoricana». Se llamaba Armórica o Aremórica a la costa de la Galia, entre el paso de Calais y el río Loira (Líger), comprendiendo lo que actualmente ocupan Normandía y Bretaña. En lengua céltica, *are-mor* quiere decir «sobre el mar». Julio César cita como habitantes de aquellas regiones a varias tribus célticas: los vénetos, osismios, redones, únelos, lexovios, etc.

La confederación armoricana era dueña y señora del canal de la Mancha y de las costas del Atlántico. Toda aquella zona era, en realidad, un «mar celta» o un «mar belga».

Alrededor del año 300 a.C., los germanos que habitaban en el norte de Alemania avanzaron hacia el sur y consiguieron, después de duras luchas, romper las líneas de fortificaciones celtas que durante largos años los habían contenido. Los suevos (es decir los llamados marcomanos o germanos de la frontera), marcharon a lo largo del Saale, dejando tras de sí, aislados, a los grupos célticos que vivían en la selva de Turingia (Thüringer Wald). Al apoderarse de las tierras del alto Main y del este de Baviera, desplazaron a los celtas boios hacia Bohemia, que toma entonces el nombre de Boiohaemum, o sea «hogar de los boios».

Los voleos de Hesse, empujados también por los germanos, se movieron hacia el Danubio, alcanzando los Balcanes, y tomaron parte en las correrías por el Asia Menor. Otros grupos consiguieron llegar al sur de Francia, estableciéndose en Provenza los voleos arecómicos, y en Toulouse y el Languedoc los voleos tectosages.

Aproximadamente en el año 120 descendieron desde Jutlandia los teutones y los cimbrios o cimbrós, junto con los celtas ambrones, ya muy germanizados. Siguiendo el curso del río Elba, chocaron con los boios, cuya feroz resistencia les impidió entrar en Checoslovaquia y les obligó a bordear la zona de los sudetes, penetrando en el valle del Danubio por la llamada Puerta de Moravia. En Belgrado fueron derrotados por los scordiscos.

Obligados a retroceder, los cimbrios y los teutones trataron de penetrar en Italia, pero las legiones romanas les contuvieron en Estiria. Dirigiéndose otra vez hacia tierras alemanas, expulsaron a los celtas helvecios del Neckar —que pasó a ser denominado «desierto helvético» (Elouetion éremos)—. Alrededor del año 113 a.C., los celtas helvecios se establecieron definitivamente en Suiza.

Entre los años 107 a 105, los teutones y cimbrios agrupados derrotaron a los ejércitos romanos

de Cassio Longino y de Cneo Mallio. Seguidamente iniciaron un movimiento en dirección a las fronteras de Italia. Es cuando se produce el famoso «pánico de los cimbrios» de los anales romanos. Pero, inesperadamente, la aguerrida hueste cambió de meta, dividiéndose en dos facciones. Los teutones y los ambrones, por entre el Sena y el Mosa, marcharon hacia la región de los belgas, que los contuvieron, infligiéndoles duras pérdidas. Por su parte, los cimbrios, por las rutas de Aquitania, se dirigieron hacia España. En el año 103 a.C., los celtíberos les hicieron frente, forzándoles a iniciar una retirada general.

Buscando la fuerza del número, los cimbrios volvieron a reagruparse con los teutones, sus compañeros de aquella larga y sangrienta marcha. Pero Roma estaba ojo avizor sobre sus dominios. En Aquae Sextiae —la actual Aix-en-Provence—, el general romano Mario les cerró el paso. Mario había levantado un campo atrincherado cerca del Ródano, donde ahora se halla situada la población de Saint-Gabriel, y abierto un canal entre el río y el mar.

Estrabón y Plutarco han descrito la gran batalla de Aquae Sextiae. Las tropas romanas siguieron a teutones y cimbrios hasta un lugar donde el valle queda encajonado, con el monte Olimpo por un lado y la colina de Pourrières por otro, a unos treinta kilómetros de Aix. Sobre aquellas pendientes se libró la sangrienta acción, que duró tres días. Los germanos, que pasaban de los trescientos mil hombres, perdieron en la batalla un tercio de sus efectivos. Tal fue el número de cadáveres que quedaron sobre el escenario de la lucha, que se denominó a aquel lugar *Campi putridi*.

En la misma época, otras tribus de cimbrios que venían del norte pasaron el Brennero y entraron en la península itálica, obligando al cónsul Cátulo, que disponía de efectivos muy inferiores, a retirarse al otro lado del Po. Pero en el año 101, al reunirse las legiones de Cátulo con las de Mario, volvieron a cruzar el río y diezmaron a los cimbrios en Vercellae.

## Julio César y los galos

Finalizadas las perturbaciones originadas por los cimbrios, los romanos pusieron orden y organizaron a los pueblos celtas del norte de Italia, entre los que fundaron varias colonias.

«A los ojos de un romano del siglo II a.C. —ha escrito André Maurois<sup>5</sup>— la Galia debía ser, aproximadamente, lo que más tarde fue Marruecos para un francés de 1880: un país limítrofe, bárbaro e inquietante. Después, las necesidades militares determinaron anexiones políticas. Cuando Roma estuvo en guerra con Cartago, los militares dijeron que importaba asegurar las comunicaciones entre España e Italia a lo largo del mar. Hacia finales del siglo II a.C., toda esta zona, comprendida Marsella, se transformó en provincia romana, e incluso en la provincia por excelencia, de donde viene el nombre de Provenza ("Provincia"): "*Italia venus quam provincia*", dice Plinio: "Italia, más bien que una provincia", porque la naturaleza, la vegetación y el clima de Provenza le recordaban los de Italia.»

Muchos ciudadanos romanos pedían que se conquistara la Galia. Los negociantes y los especuladores buscaban esclavos, terrenos y minas; en una palabra, riquezas. Los militares la consideraban como un escenario ideal para hallar la gloria y crearse un prestigio político. Afirmaban que, para atender a la seguridad de Roma frente a los germanos, era necesario defender, en la Galia, el flanco de Italia.

---

<sup>5</sup> André Maurois: *Historia de Francia*. Barcelona, José Janes, 1951.



Alrededor del año 82 a.C., Sila fundó la provincia de la Galia Cisalpina. Hispania estaba ya dominada, y en el sur de Francia se había organizado la provincia Narbonensis, que comprendía la Galia Cisalpina en poder de los romanos.

En el año 58 a.C., un celeberrimo general, hombre de estado y hombre de letras romano, Julio César, emprendió la conquista de toda la Galia, dejándonos, además, una minuciosa descripción de aquella guerra. Aparentemente, debería ser una obra fidedigna, puesto que César había tenido, en su adolescencia, a un maestro de origen galo, llamado Antifón, y sus campañas le permitieron, por añadidura, recorrer todo el país. «Estaba, pues, acerca de las Galias —ha dicho Maurois—, todo lo bien informado que podía estarlo, un romano... y un general.»

Bajo el nombre de *Commentarii* (*Comentarios*) se agrupan los siete libros que describen la guerra de las Galias, y los tres libros que se refieren a la contienda que sostuvo contra Pompeyo. Los críticos están conformes en admitir que se trata de un conjunto de notas reunidas diariamente a modo de fichero, para establecer una verdadera historia de los acontecimientos. Pero no tenemos una noticia exacta sobre la fecha en que estos comentarios fueron escritos. Algunos estudiosos opinan que la obra fue escrita de una sola vez, es decir, que tuvo una continuidad, y publicada después de la campaña contra Vercingetórix, es decir, durante el invierno del año 51 a.C. Pero otros críticos creen que los libros fueron escritos y editados por separado, aduciendo las notorias contradicciones que la obra presenta.

Tampoco hay unanimidad sobre la veracidad de Julio César. El profesor Rambaud ha escrito que: «Los *Comentarios* son un ejemplo clásico del género de memorias políticas y militares, a la vez tan claras y tan tendenciosas, que siempre constituyen material de interminable discusión para los historiadores, sin que éstos logren, al final, poder fijar con exactitud el grado de su veracidad»<sup>6</sup>. En todo caso, lo cierto es que lo que nos cuenta César no puede ser comprobado.

El Senado romano entregó a Julio César el mando de las Galias por un período de cinco años, que se prorrogaron por espacio de otros cinco. Las Galias comprendían todo el país habitado por los galos, desde los Apeninos hasta el Océano, con los Alpes, el Jura y el Rin por límites. Los romanos tenían en ellas dos provincias: la Cisalpina, o valle del Po, y la Transalpina, que abarcaba todo el litoral, desde los Alpes a los Pirineos, y que constituía el camino de España. El resto estaba formado por la Galia independiente, con territorios que integraban la Aquitania, o región del Garona, la Galia Céltica, o regiones del Loira y del Sena, y la Galia Belga, que iba desde el Oise al Rin.

Los romanos denominaban *Gallia Togata* a la Galia Cisalpina, cuyos habitantes vestían como los ciudadanos de Roma, y *Gallia Comata* o *Gallia Bracata* («Galia peluda» y «Galia bragada»), a la Galia Transalpina. Los zapatos de madera —zuecos— de los galos, atraían la curiosidad de los soldados romanos. Y la alimentación céltica también les causaba profunda extrañeza, al estar compuesta esencialmente por caza, miel y productos del cerdo.

El mismo César nos ha contado que los galos vivían divididos en clanes. Varios clanes formaban una tribu, y varias tribus, una nación. En la época en que tuvo inicio la campaña de los romanos, existían, aproximadamente, unas setenta y dos naciones, con cuatrocientas o quinientas tribus. Varias de tales tribus han dado su nombre —como ya se ha indicado— a otras tantas ciudades de Francia: París, de los parisii; Bourges, de los bituriges, Lisieux, de los lexovii, etc. Sin embargo, los galos no vivían en verdaderas ciudades. El *oppidum* era un recinto fortificado, en cuyo interior se organizaba el mercado y donde las gentes se refugiaban cuando había peligro. El Senado, especie de asamblea oligárquica, solía reunirse también en el *oppidum*. Algunas tribus

---

<sup>6</sup> Rambaud: *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César*. París, s. f.

formaban federaciones o ligas, a veces defensivas y a veces ofensivas. Pero, en realidad, estaban aisladas, y por temor a los vecinos y a los posibles enemigos, todas las tribus mantenían a su alrededor, a modo de *hinterland*, una zona desierta de bosques, landas o pantanos.

Nada sabemos, con exactitud, sobre la población de las Galias en la época de César. Algunos historiadores hablan de cinco millones, pero otros llegan, en su estimación, a los trece. Para los observadores romanos, los pueblos galos, formados por toscas cabañas de adobe en los claros de los bosques, debían presentar un aspecto semisalvaje.

Los galos, como todos los celtas, eran capaces de tremendos heroísmos, pero no de disciplina, ni de organización ordenada. Las tribus, los clanes, y hasta las familias estaban divididas en facciones y enfrentadas por luchas intestinas. Los odios de un clan a otro eran tan fuertes, que algunos personajes galos de alcurnia llamaron a los romanos para dirimir sus querellas. Cicerón habla de los galos con claro desprecio: «¿Qué habrá más sucio que sus ciudades? ¿Qué será más áspero que sus tierras?»

Cuando Cayo Julio César llegó a las Galias como procónsul en el año 58 a.C., era un hombre culto, cortés, ambicioso, sin demasiados escrúpulos, inaccesible al odio y a la piedad, que frisaba los cuarenta y dos años. Pensaba que la República romana se moría a chorros, y que, algún día acaso próximo, un hombre decidido tendría que tomar el poder absoluto en sus manos. Para poder ostentar dicha suprema jerarquía, le era preciso ganar fama militar y tener un ejército adicto. Las Galias era un buen escenario para lograr ambas cosas. Y en los *Comentarios* se cuidó mucho de arreglar su figura ante el pueblo romano y ante la posteridad. Paradójicamente, Julio César, que siempre fue duro y vengativo, aparece como un jefe clemente y magnánimo.

El pretexto de la guerra, el *casus belli*, fue la ayuda que Roma prestó a sus aliados, los galos eduos, amenazados por la tribu de los sequanos, sus enemigos inveterados. Estos últimos habían llamado en su ayuda a un caudillo germano, Ariovisto, jefe de algunos grupos suevos establecidos entre el Rin y el Danubio. Por otra parte, los helvecios, empujados por los germanos, pretendían también entrar en las Galias.

Ariovisto, el suevo, al frente de unos quince mil hombres, pasó el Rin y venció a los eduos, pero luego coaccionó a sus aliados, los sequanos, exigiéndoles las dos terceras partes de sus tierras. Y al no ser atendidas sus peticiones, diezmó a ambas tribus en Amagetobria.

César no pudo acudir, en un principio, en ayuda de los eduos, porque la invasión de los helvecios le tenía atadas las manos. Pero tan pronto hubo vencido a Divico, jefe de los helvecios, se dirigió contra Ariovisto. Durante varios días, el caudillo suevo rehuyó enfrentarse a los romanos; las mujeres de su tribu, muy duchos en el arte de la adivinación del futuro, que creían ver en los remolinos de los ríos, le aconsejaron aplazar la batalla hasta la luna nueva. César no le dio tiempo para ello; le sorprendió junto al Rin y le derrotó totalmente. Ariovisto pudo salvar su vida cruzando el ancho río en una barquilla, pero sabedor de que habían perecido en el desastre dos de sus hijas, murió de pesadumbre.

El primero de los siete libros de los *Comentarios de la Guerra de las Galias* narra la campaña contra los helvecios y su jefe Divico, en el año 58 a.C. El libro segundo recoge la siguiente campaña —año 57— contra los belgas sublevados, además del levantamiento y sumisión de los pueblos armoricanos.

Para la ingente empresa de enfrentarse con todas las tribus de las Galias, Cayo Julio César contaba con once legiones, de unos cinco mil hombres cada una, aparte de algunos auxiliares, de gran valía combativa, como los jinetes númidas y los honderos baleares. Aparentemente, estos efectivos eran muy escasos ante el número de enemigos potenciales. Pero, como ha dicho un historiador, las fuerzas de los galos estaban divididas y eran muy indisciplinadas, mientras que

los legionarios romanos eran veteranos, muy adiestrados, sujetos a una disciplina férrea y adecuadamente armados. Los campamentos romanos estaban muy bien concebidos, protegidos por una triple línea defensiva a base de fosos, terraplenes y empalizadas.

Julio César no era, probablemente, un gran táctico, pero sí un excelente organizador y una mente muy clara. Sus decisiones fueron siempre rápidas, sus movimientos súbitos y llevados con gran secreto, sus ataques fulminantes e inesperados.

El lado negativo de sus gestas es la tremenda dureza con que trató a los galos. Dureza y, además, falta absoluta de escrúpulos. Nunca vaciló en engañarles, quebrantarles la palabra dada, robar sus pertenencias y vender como esclavos en subasta a prisioneros y rehenes. El botín de oro y plata, fruto de estas campañas, alcanzó proporciones de escándalo. Un enemigo de César dijo: «Subyugó a las Galias con las armas romanas, y a los romanos con la plata de las Galias.»

Vencidos los belgas en las orillas del Sambre y del Mosa en el año 57 a.C., César inició la campaña contra las tribus de la región armoricana, que terminó su lugarteniente Craso, mientras César iba a Italia.

En el transcurso de los años 56 a 54, mientras Craso se dedicaba a fortificar la Aquitania, César se dirigió a los Alpes, para combatir contra los vénetos. Después se propuso pasar el Rin para castigar a los germanos, cosa que consiguió mediante un puente de madera construido en diez días. Los usipetos y los téucteros fueron atacados y vencidos por las legiones, mientras los embajadores que habían enviado a César para ofrecer la paz eran hechos prisioneros y encadenados por el general romano.

La incursión a la Gran Bretaña no fue tan afortunada, ni tan gloriosa como Julio César la describe en sus *Commentarii*. Falto de guías, de provisiones y de noticias sobre las mareas, César pudo desembarcar en Kent, pero ante los ataques de los cimbrios y el naufragio de varios buques, que zozobraron al chocar con las rompientes o al embarrancar en los bajíos, volvió a reembarcar rápidamente. En un segundo intento de poner el pie en la Gran Bretaña, César se volvió más contemporizador y usó las artes de la diplomacia. Persuadió a los nativos de que debían mantener la paz con la poderosa Roma y pagar un tributo. Y satisfecho con todo ello, regresó a las Galias para no volver jamás a las islas. En realidad, la empresa no tuvo resultado alguno, porque tal tributo jamás fue pagado.

En el año 54, la tribu de los eburones, acaudillada por Ambiorix, se sublevó contra la dominación romana, aprovechando el momento de la dispersión de las legiones romanas por causa del abastecimiento. Una legión y cinco cohortes, mandadas por los legados Quinto Tiburio Sabino y Lucio Aurunauleio Cotta, hubieron de abandonar su campamento y fueron aniquiladas. Apoyado por refuerzos de tribus vecinas, Ambiorix atacó el campamento de Quinto Tulio Cicero, amenazando romper todo el dispositivo romano. César tuvo que acudir con grandes efectivos y vengó la derrota saqueando salvajemente todo el país de los eburones, pero no pudo capturar a Ambiorix, quien, al parecer, encontró asilo en tierras de los germanos.

## Vercingetórix

La insaciable rapacidad de los romanos y la dureza con que Julio César trató a las tribus galas quebrantando los tratados, deteniendo a los parlamentarios y vendiendo a los prisioneros como esclavos, acabaron por hacer rebosar el vaso y provocaron una rebelión general. Hasta las oligarquías que habían solicitado el concurso de los romanos lamentaban ahora su imprudencia.

La antorcha de la insurrección en defensa de las libertades galas, que iban apagándose como un fuego mortecino, fue empuñada por un hombre joven y heroico. Vercingetórix era el hijo del jefe de los arvernos, odiaba profundamente a los invasores romanos y no quería permanecer sordo y ciego ante la paulatina humillación de su raza. Sintiendo llamado a grandes empresas, y arrastrado por su temperamento más impulsivo que calculador, se lanzó a la lucha contra los romanos, arrastrando tras de sí a gran número de tribus galas.

En el año 52 a.C., aprovechando que los efectivos romanos se hallaban muy dispersos y que en Roma menudeaban los disturbios, Vercingetórix arengó a los galos y les llamó a las armas. Su proyecto o plan de lucha era separar de sus bases a las legiones romanas del norte, atacándolas separadamente, como había hecho Ambiorix con inicial fortuna. Creía que la cordillera de las Cevennes, cubierta a la sazón de nieve, protegería su flanco y evitaría que César pudiera llegar con refuerzos.

Las cosas, sin embargo, no se presentaron tan factibles como el enfebrecido caudillo galo esperaba. Por una parte, las tribus sublevadas no poseían el material pesado necesario para asaltar con éxito los campamentos romanos. A mayor abundamiento, César era un jefe de decisiones fulminantes y de una voluntad de hierro. Desde el norte de Italia, atravesando bosques y montañas nevadas, las legiones, fuertes en número de veinte mil hombres, llegaron a paso de carga. En un día y una noche, los legionarios de Julio César recorrieron la increíble distancia de unos ochenta kilómetros.

En el libro séptimo de los *Comentarios*, el propio César describe aquellas jornadas aciagas, echando, como siempre, el agua a su molino y narrando los acontecimientos fríamente, como si hubiera sido espectador y no actor principal de los mismos: «César se dirige al país de los helvios. Aunque el monte Cevena, que separa a los arvernos de los helvios, siendo entonces la época más dura del año y estando cubierto de nieve muy espesa, le estorbaba el paso, sin embargo, quitando una capa de nieve de seis pies y abriéndose camino de este modo, llega, con grandísima fatiga de los soldados, al país de los arvernos. Habiéndolos cogido desprevenidos, pues se creían resguardados por el Cevena como por un muro, ya que en esta estación del año nunca habían estado abiertos sus caminos ni siquiera para un hombre solo, manda a los jinetes que extiendan sus correrías cuanto puedan y que infundan a los enemigos el mayor terror posible.»

Pero, pese a la superioridad que le daban la disciplina de sus hombres y la calidad de las armas, César no pudo vencer al joven Vercingetórix, atrayéndole a una batalla decisiva en campo abierto, como era el deseo de los romanos. Fue una durísima campaña de guerrillas, ataques por sorpresa y emboscadas. Las bajas entre los legionarios eran cada día más copiosas y comenzaba a cundir el desánimo. El caudillo galo recurrió a la táctica de la «tierra quemada», que tantos pueblos se han visto obligados a adoptar en el curso de la historia frente a poderosos adversarios. Ordenó la destrucción sistemática de poblados, almacenes y cosechas. Oigamos de nuevo la voz del propio César, relatando, como siempre, los hechos en tercera persona, y en su estilo conciso y un tanto monótono; «Vercingetórix... convoca a consejo a los suyos. Díceles que la guerra tiene que ser hecha de muy diversa manera que entonces; que se ha de procurar por todos los medios privar a los romanos de forrajes y víveres. Que, por lo demás, la salvación común exigía que se descuidaran los intereses particulares; era necesario incendiar las aldeas y caseríos en todo el territorio. Que, por lo que a ellos se refería, tenían estas cosas en abundancia, pues serían abastecidos por los habitantes de los territorios en que se hiciera la guerra; en cambio los romanos, o no soportarían la escasez, o se alejarían del campamento con gran peligro; y que lo mismo daba matarlos que quitarles los bagajes, perdidos los cuales, no se puede hacer la guerra.

Que también era necesario incendiar las ciudades. Que sí esto les parecía duro y doloroso, mucho más duro debía parecerles el que sus hijos y mujeres fuesen reducidos a esclavitud y muertos ellos mismos; lo cual forzosamente ocurre a los vencidos.»

No se le puede negar a Julio César cierta objetividad, acaso involuntaria, que al cabo de los siglos nos permite conocer la forma de hacer la guerra de Roma y la grandeza moral de aquel galo indómito que se llamó Vercingetórix. Durante varios meses, ha dicho un historiador<sup>7</sup>, los galos tuvieron en jaque y hasta se permitieron hacer retroceder y desconcertar al mejor ejército del mundo en aquel entonces.

Por entre las líneas, frías pero siempre algo triunfalistas de los *Comentarios*, puede entreverse la preocupación del propio César ante el cariz que tomaba la campaña, y el valor combativo de los galos que, de haber luchado todos unidos, codo con codo, habrían barrido a los romanos sin duda alguna. Veamos algunos párrafos entresacados del libro séptimo de los *Comentarios*, cuya claridad nos ahorra toda digresión:

«Vercingetórix sigue a César en jornadas pequeñas y elige, para acampar, un lugar defendido por lagunas y bosques, a dieciséis mil pasos de Avárico... Cuando nuestros soldados se desbandaban o se alejaban con exceso, les atacaba y causaba grave daño, a pesar de que los nuestros tomaban todas las medidas que estaban a su alcance, variando las horas y los caminos.

»A pesar de verse el ejército agobiado por la enorme dificultad de conseguir víveres, debido a la pobreza de los boios, a la negligencia de los eduos y a los incendios de los caseríos, hasta el punto de que, durante varios días, carecieron de trigo los soldados, teniendo que ir a buscar reses en aldeas muy lejanas para acallar el hambre, no se les oyó ni una palabra indigna de la majestad del pueblo romano y de sus anteriores victorias.

»Al singular valor de nuestros soldados oponían mil artificios los galos, pues son gente muy mañosa y de mucha habilidad para imitar y practicar todo lo que ven hacer a otros. Tampoco dejaban de hacer frecuentes salidas, de día y de noche, poniendo fuego al terraplén o atacando a los soldados ocupados en el trabajo.»

Sin embargo, el denodado valor de los galos no pudo prevalecer sobre la organización romana, y la ciudad de Avaricum, (que es la actual Bourges), de la tribu de los bituriges, celebrada como la más hermosa de las Galias, cayó en poder de César y sus habitantes fueron pasados a cuchillo.

El costoso éxito —verdadera victoria pírrica—, animó a los romanos para atacar la capital de los rebeldes arvernos, Gergovia —situada muy cerca de la actual Clermont-Ferrand, en la Auvernia—, pero allí César fue vencido por Vercingetórix en una batalla campal de cierta importancia. El propio autor de los *Comentarios* explica el descalabro romano quitándole todo el hierro posible: «Los nuestros, acosados por todas partes y habiendo perdido cuarenta y seis centuriones, fueron desalojados de sus posiciones; pero la legión décima, que estaba de repuesto en un lugar algo más ventajoso, detuvo a los galos en su persecución encarnizada. Aquella jornada nos costó cerca de setecientos hombres.»

Es de presumir que César miente notoriamente al señalar la cifra de bajas, porque se vio obligado a retirarse de Gergovia para establecer una nueva línea defensiva muy a su retaguardia. De hecho, se replegó hacia la provincia Cisalpina, para recabar refuerzos y dar un descanso a sus baqueteadas tropas.

Entretanto, casi todos los pueblos galos y celtas habían roto sus alianzas con los romanos, incluso los eduos. Una asamblea de todas las tribus, con carácter nacional, designó a Vercingetórix como general en jefe. Pero la unidad era tan sólo aparente. Las antiguas querellas y

---

<sup>7</sup> André Maurois: Obra citada.

odios entre clanes y grupos pronto volvieron a salir a la superficie. El lastimoso carácter individualista e indisciplinado de los celtas les hizo desaprovechar una ocasión pintiparada para sacudirse de una vez para siempre el yugo de Roma. Los dioses ciegan a los que quieren perder, decían los griegos.

Vercingetórix, por su parte, cometió un error fundamental, acaso confiando excesivamente en sus posibilidades. Abandonando la guerra de guerrillas y escaramuzas, que tan buen resultado le había dado hasta entonces, se decidió a correr el riesgo de una batalla decisiva. Dispuso a su caballería en tres cuerpos y marchó en busca de los romanos. Pero esta vez la suerte de las armas le fue adversa. Cabe señalar que una parte importantísima en la victoria de César, por no decir total, se debió a la intervención de la caballería germánica, que militaba bajo los estandartes romanos.

Obligado a retirarse, el caudillo galo se dirigió hacia la fortaleza de Alesia —hoy día, Alise Sainte-Reine, en el departamento de la Côte-d'Or, próxima a Dijon—, donde los agotados galos buscaron un refugio para descansar y reunir sus diezmados efectivos.

César ordenó un sitio en regla, rodeando Alesia con una poderosa fortificación, descrita en los *Comentarios* con minucioso detalle. La plaza ocupaba un montículo escarpado, el Mont Auxois, y según cuenta Plinio el Viejo era famosa por la metalurgia del bronce.

La superficie total de aquella fortaleza no excedía de un centenar de hectáreas. Vercingetórix acumuló en aquel reducto todos los combatientes y cuantas provisiones pudo. Quería atraer a los romanos bajo sus muros, y luego atacarlos desde dentro, mientras las tribus galas que acudirían en su ayuda le embestirían desde el exterior. Es la táctica tan cara a los celtas, y que los celtíberos utilizaron repetidas veces, con éxito completo, contra los primeros cónsules romanos que intentaron expugnar Numancia.

Pero, como Numancia, Alesia fue la tumba de las esperanzas célticas. En un principio, la llegada de los aliados de Vercingetórix, en número de unos sesenta mil, pareció que iba a inclinar el resultado de la lucha en favor de los galos. César describe este episodio, exagerando, como es lógico, el número de enemigos, para darse mayor mérito: «Fue tan universal la conspiración de la Galia para reivindicar su libertad y recuperar sus antiguas glorias militares, que ni los beneficios recibidos ni el recuerdo de la amistad influían en ellos; y todos consagraron a esta guerra sus esfuerzos y recursos, reuniendo ocho mil jinetes y cerca de doscientos cuarenta mil infantes. Todos se encaminaron a Alesia, animosos y llenos de confianza, y no había entre todos uno solo que no creyera irresistible el mero aspecto de tan gran multitud, sobre todo en un combate de dos frentes, cuando los romanos tuviesen que resistir las salidas de los sitiados y vieses por fuera tan numerosas tropas de a caballo y de a pie.»

Conste, empero, que no se produjo, pese a lo que afirman los *Comentarios*, un movimiento de ayuda a Vercingetórix por parte de toda la Galia. El propio César dice que los bellocos dijeron que «harían la guerra a los romanos por sí mismos y como les pareciese, y que no aceptarían órdenes de nadie».

Sin embargo, el empuje de las tribus galas que acudieron bajo los muros de Alesia hizo vacilar y hasta retroceder a las poderosas legiones mandadas por César y Labieno. Mientras los sitiados afrontaban el hambre y las privaciones, Roma tuvo que enviar refuerzos importantes. Pero, a la postre, la fortaleza hubo de rendirse, cuando todas las posibilidades de combatir estuvieron agotadas y ya no había un solo grano de trigo ni una sola res. Vercingetórix, según el testimonio de Julio César, convocó una gran asamblea, declarando que no había emprendido aquella guerra por sus intereses personales, sino por defender la libertad común, y ofreció entregarse como cautivo a los vencedores, con la finalidad de conseguir mejores condiciones en la rendición del

*oppidum*.

El testimonio, que nos ha llegado de fuentes romanas, de la salida del heroico Vercingetórix de la ciudad sitiada, es impresionante y ha permanecido en el recuerdo de la humanidad pese a los siglos transcurridos. El jefe galo bajó por la cuesta, solo y a caballo. No le precedía heraldo alguno ni había anunciado su venida. Recorrió el sendero de la montaña y se presentó, de improviso, ante César, montado en su caballo de batalla, enjaezado. Empuñaba sus mejores armas y ostentaba sus joyas. Erguido y desafiante, parecía más bien un vencedor que un vencido. Los romanos quedaron estupefactos. El aspecto del guerrero celta, resplandeciente de oro, plata y esmaltes, le hacía parecer un héroe sobrehumano.

En realidad, Vercingetórix iba a realizar un acto religioso: se ofrecía en el holocausto expiatorio por toda su raza. Hizo caracolear su caballo alrededor de César, tal y como los druidas paseaban, en procesión, la víctima destinada al sacrificio. Luego se despojó de sus joyas y se echó al suelo, aceptando su condición de cautivo.

Numancia cayó en el verano del año 133 a.C. y Alesia en el otoño del año 52. César se comportó con muy escasa grandeza, tratando a los vencidos con ferocidad y espíritu vengativo, en abierto contraste con lo que ahora denominaríamos propaganda de sus *Comentarios*. Vercingetórix fue conducido a Roma encadenado, y luego ajusticiado.

Muchos siglos después, durante el Segundo Imperio, Francia erigió una colosal estatua al héroe galo. Y, a principios de este siglo, la ciudad de Clermont-Ferrand le dedicó otro monumento, también de proporciones gigantescas.

## El fin del mundo céltico

El *oppidum* de Alesia no estaba demasiado lejos de La Tène. La gran tradición celta de los trabajos en metal había permanecido viva en la última fortaleza del desdichado Vercingetórix. Ambos nombres —La Tène y Alesia— son como el alfa y omega —el principio y el fin— de la expansión céltica.

A Julio César le costó todavía un poco pacificar las Galias. A base de dureza y de matanzas llegó a imponer la *pax romana*. Aquella guerra había durado diez largos años y convenía borrar sus huellas. César cambió de táctica, pensando probablemente en Roma y en su futura carrera política. Se trocó en simpático y generoso. Abrió a los galos la posibilidad de ingresar como mercenarios en las legiones romanas. Incluso creó para ellos una legión ex profeso, llamada «la Alondra», que pronto se haría famosa. Practicó —dice Maurois— la política que diecinueve siglos después seguiría Lyautey en Marruecos, la llamada «política de los grandes caídos», que consiste, para el conquistador, en apoyarse en la nobleza del país conquistado, y que permitió a la Inglaterra victoriana controlar, con cuatro gatos, un subcontinente inmenso como la India.

Roma se sentía inclinada a conceder los derechos de ciudadanía a los pueblos que iba asimilando. En el año 51 a.C. había terminado la campaña de las Galias, y en el año 42 se procedió a su anexión a Italia. Más tarde vino la división administrativa en provincias. En Lyon y en Lutecia (sede de la tribu de los parisii) se fundaron ciudades romanas. Las costumbres, y sobre todo las leyes de Roma, invadieron lo que había constituido el indómito y extraño mundo galo.

Sin embargo, bajo las cenizas continuaban ardiendo los rescoldos. En el año 13 a.C. hubo un levantamiento de algunas tribus galas, que Druso pudo reprimir sin mayores sobresaltos; y en el año 21, ya de nuestra era, las tribus de las Galias volvieron a mostrarse inquietas. Eran pueblos

que durante siglos habían sido libres como el aire y a los que costaba mucho inclinarse bajo el yugo de las leyes y de la administración.

En el año 43 de nuestra era, las legiones romanas completaron la conquista y ocupación de la Bretaña, y tres años después dio comienzo la conversión del Danubio en frontera militar fortificada del Imperio. Desde la provincia del Ilírico, Roma controlaba los movimientos de los grupos célticos establecidos en el centro de Europa. El emperador Augusto mandó ocupar una gran zona colindante con el Danubio para establecer una faja de seguridad entre romanos y germanos. En el año 44 de nuestra era murió Burebistas, rey de Dacia, que había sometido toda la Transilvania occidental, alcanzando los Cárpatos septentrionales, el Haemo —en los Balcanes—, y Olbia, en el mar Negro. En tiempos de sus sucesores, este extenso reino fue disgregándose. Uno de ellos, Decébal, luchó contra los romanos a finales del siglo I de nuestra era. Finalmente, Trajano convirtió a la Dacia en provincia romana.

Entre los años 60 y 61, los celtas bretones, celosos de sus antiguas libertades, se lanzaron furiosamente contra los ocupantes romanos; pero la desproporción de fuerzas no dejaba ningún resquicio a la esperanza. Prácticamente fueron exterminados. Seis años más tarde, un general romano, nacido en Aquitania y de ascendencia gala, Vindex, que gobernaba la provincia lionesa, se sublevó contra Roma. Las legiones del Rin, bajo el mando de Virginio Rufo, marcharon hacia el sur para pacificar aquella zona, y en Vesontio —actualmente Besanzón— chocaron ambas fuerzas, en lucha fratricida. Parece ser que Vindex, viendo la derrota de los suyos, se quitó la vida con su propia espada.

Como ya hemos dicho anteriormente, la expedición de Julio César a las Islas Británicas no tuvo trascendencia alguna, ni dejó huella. Posteriormente, bajo Calígula, empezó la verdadera conquista de Gran Bretaña, continuada por Vespasiano. En el año 86 de nuestra era comenzó la construcción de un *limes* defensivo fortificado en tierras de Escocia, entre el Clyde y el estuario del Firth of Forth, al estilo del que se había establecido en Germania, desde el Rin al Danubio. Dicha línea defensiva o muralla fue terminada entre los años 122 a 143, en los días del emperador Adriano y de Antonino Pío.

Julio Agrícola —cuyos avatares nos han sido transmitidos por Tácito<sup>8</sup>— había sido designado gobernador de Gran Bretaña en el año 78, y aplicó su notable capacidad al empeño de infundir la cultura romana. Sin embargo, debe decirse que la romanización, en las Islas Británicas, fue mucho menor que en las Galias.

En el siglo IV, los romanos se vieron obligados a defenderse de los furiosos ataques de los pueblos pictos del norte de Escocia, que en el año 306 llegaron hasta la ciudad de Londres. Hasta principios del siglo V, los pictos mantuvieron sus incursiones depredadoras, que cesaron al producirse la invasión de grupos sajones germánicos, llegados a las Islas Británicas.

La invasión de los sajones provocó corrimientos y migraciones de los grupos célticos, principalmente los britones, que se trasladaron a la península armoricana, es decir, a Bretaña. Los pictos, por su parte, bajo el caudillaje de Vortigern, huyeron al País de Gales, fundando el reino de los Kyry. Los celtas dumnonos, de Cornualles, y los cornovernos, de Lancaster, pasaron el canal y se dirigieron también a Bretaña.

En el siglo IV, los pictos se establecieron en parte de Irlanda (el Ulster), unificando el país y organizando hasta siete reinos o grupos. La tradición señala al de Meath como el más importante.

Algo antes, allá por el siglo II, los goidelos, de Irlanda, a los que los romanos llamaban escotos, habían llegado a Bretaña, hasta la desembocadura del Loira. Con el tiempo, algunas de

---

<sup>8</sup> Cayo Cornelio Tácito: *Vida de Julio Agrícola*.



estas tribus se dirigieron a Gales, a Cornualles y a la isla de Man, robusteciendo la población y la sangre celta de aquellos parajes. En Escocia fundaron un estado que acabó absorbiendo a los pictos que permanecían por allí y a los caledonios.

Irlanda fue, sin duda alguna, el último baluarte del mundo céltico. Con la propagación del cristianismo y con la llegada de san Patricio la isla se convirtió en un gran centro religioso. Como veremos en el capítulo siguiente, los monjes irlandeses influyeron grandemente en el oeste y el norte de Europa. Las escuelas monásticas mantuvieron la llama viva del antiquísimo arte de La Tène, en la pintura, la escultura y la orfebrería.

**8**

**IRLANDA, TIERRA CÉLTICA**

## La huella céltica en Irlanda

Ninguna otra tierra ha conservado con mayor pureza la huella de la cultura céltica que la verde Irlanda. Pocos fueron los lugares de Europa que no recibieron el impacto de las correrías e invasiones celtas anteriores a la era cristiana. Pero en aquella isla se concentró particularmente la cultura de los celtas, y en ella encontramos las más características muestras de su arte. Como es sabido, la verde Erín quedó al margen de la cultura romana. Mientras Inglaterra y el sur de Escocia eran romanizadas a fondo, el norte de Escocia, separado por una muralla, y la isla irlandesa permanecieron sumergidas en el espíritu céltico. Y al cabo de los siglos, los irlandeses se esfuerzan en querer mantenerse celtas, a trancas y a barrancas.

«La cultura céltica no era uniforme —ha escrito el erudito José Pijoan<sup>1</sup>—. Es posible que, lo único que los celtas tenían en común, al comienzo de la era cristiana, es lo que podemos apreciar en su arte: un temperamento sentimental y al mismo tiempo exaltado, un alma apasionada y romántica, capaz de grandes excesos y furores. Pero, por de pronto, las lenguas eran diferentes entre las diversas naciones celtas. Poco sabemos de las lenguas celtas del continente y de Asia —porque los gálatas del Asia Menor eran todavía celtas—. Pero en las Islas Británicas se hablaban diferentes dialectos celtas: los de Irlanda, Escocia, isla de Man, País de Gales, Cornualles y el bretón. Cuatro de estos dialectos se hablan todavía por tres millones de personas. El único dialecto muerto es el de Cornualles.»

Esta diversidad se observa también en el campo del arte. Los celtas de España, los galos, los belgas, etc., presentan diversidad de estilos artísticos. Al igual que en la política y en la guerra, esta atomización, esta falta de un aglutinante nacional o central, les restó fuerzas para oponerse al ímpetu organizado de la cultura romana.

El influjo cristiano, que dio lugar a la aparición de un arte céltico-cristiano en Irlanda, penetró en la isla de la mano de san Patricio. Es ésta una figura extraordinaria, enraizada para siempre jamás en los destinos y en el alma de Irlanda. Su padre era un militar romano —un decurión— que mandaba un destacamento enclavado en los límites de la zona romanizada. Pero por parte de su madre tenía sangre céltica. En la infancia vivió influido por las prácticas del cristianismo, que se había extendido por las tierras romanizadas como una mancha de aceite. Luego fue raptado por unos piratas y vendido como esclavo a los celtas irlandeses, cuya vida dura e inquieta compartió. En su famosa *Confesión*, escrita en los años de plenitud, cuando era celeberrimo obispo y patriarca de Irlanda, ha descrito su mocedad con tonos coloristas: la novelesca fuga del cautiverio, y su encuentro con san Martín de Tours que «iba derribando, con su cayado de obispo, las encinas sagradas de los druidas de la Galia».

San Patricio evangelizó Irlanda ayudado estrechamente por un cortejo de fidelísimos monjes. Algunos de ellos eran celtas convertidos al cristianismo. Destacaba en el grupo, por su habilidad como orfebre y, sobre todo, platero, el monje Asicus, del que se hace lenguas la famosa *Crónica* de Armagh. Labró altares, patenas y estuches para los libros sagrados.

---

<sup>1</sup> José Pijoan: *Summa Arta*, t VIII. Madrid, Espasa Calpe, 1954.

## Las cruces altas irlandesas

Las obras más representativas de este arte cristiano-céltico, son las archifamosas cruces altas. Son monumentos estupendos, que van marcando los lugares donde se levantaron los cenobios irlandeses. Un centenar de ellas han resistido el paso del tiempo, con sus ruedas en la parte alta, evidente concesión al símbolo de la rueda, tan caro a los celtas. Las cruces célticas, como insinúa Romilly Alien<sup>2</sup>, debieron ser utilizadas en Irlanda, no para decorar tumbas, sino para ciertos cultos al aire libre. Su gran número —en algunos monasterios había hasta doce— hacen presumir una especie de transacción de san Patricio y sus frailes, para compensar de alguna manera a los celtas de la desaparición de sus ídolos pétreos, entre otros el de Cavan, o Crom Cruach, rodeado de menhires.

Las cruces célticas de Mac Lean, en la isla de Iona, y las de Ahenny y Kells sólo están decoradas con figuras geométricas, a la usanza céltica; pero otras presentan relieves con temas bíblicos y con figuras paganas de origen celta. Kingsley Porter<sup>3</sup> ha estudiado a fondo esta extraña mezcla de elementos cristianos y paganos, y ha rastreado, en la figura de Cristo de algunos de tales monumentos, reminiscencias del mito de Osiris.

En algunas de las cruces altas aparece la conocida figura de san Columbano, insigne sucesor y continuador de san Patricio, y promotor de la difusión de la Iglesia céltica fuera de Irlanda, por tierras de Gran Bretaña y del continente. San Columbano y sus discípulos fundaron un cenobio en la isla de Hy —por otro nombre Iona—, en el canal de San Jorge, entre Escocia e Irlanda. En su retiro de dicha isla, san Columbano iba todos los atardeceres a contemplar el mar, sentándose junto a una cruz, y mirando con nostalgia hacia la lejanía, hacia su querida tierra irlandesa. En la cruz de Monaster-boice aparece un relieve superior, con la efigie del santo, empeñado en la ardua tarea de convertir al gigante celta Mongan Mac Fiachna.

Aparte de las cruces altas, son testimonios del arte céltico-cristiano los relicarios para campanas y libros. En Irlanda no hubo apenas persecuciones ni mártires y, por consiguiente, tampoco hubo reliquias de santos. Los relicarios, algunos de ellos primorosos, se usaron, por lo tanto, para otros fines. El que guardaba, y guarda todavía, la campana o esquirla de san Patricio, y que se exhibe en el Museo Nacional de Dublín (Ard Mhúsaeum na h-Eirean), de plata labrada, es una pieza magistral. Está decorado exclusivamente con figuras geométricas, típicas del arte céltico. Es curioso que, en su reverso, el tema del adorno sean una serie de cruces esvásticas —gamadas— entrelazadas.

Los relicarios para libros, que eran llamados, en Irlanda *cumdach* o *cathrach*, son también de gran belleza. Suelen adoptar la forma triangular, o rectangular, y están hechos de bronce, plata, o madera chapeada de plata. Merecen una especial citación el de San Machan y la llamada «caja de los Evangelios», de Ardagh, en el que las figuras y los símbolos celtas son predominantes.

Gozan asimismo de gran fama los báculos irlandeses, algunos de los cuales son, a su vez, relicarios. Aquí la influencia céltica —a base siempre de elementos geométricos—, cede ante la presencia de elementos zoomórficos, de origen escandinavo. A lo largo de los báculos de Lismore y Clonmacnois, trabajados en bronce, con adornos de plata y cuentas de vidrio azul, aparecen una serie de animales que se muerden la cola.

En cuanto a las fíbulas —o agujas imperdibles—, de forma anular, con el círculo entreabierto para dar paso a la aguja, son típicas de la orfebrería céltico-cristiana. Los antiguos celtas tenían

---

<sup>2</sup> J. Romilly Alien: *Celtic Art in Pagan and Christian Times*. Londres, 1912.

<sup>3</sup> A. Kingsley Porter: *The Crosses and Culture of Ireland*. Londres, 1931.

estas fíbulas, en grande estima y las utilizaban constantemente para mantener unidos los bordes de la túnica o vestido. Parece ser que, en tiempos remotos, en los albores de la cultura celta, las mencionadas agujas consistían en simples aros de bronce abiertos. Pero luego fueron objeto de delicadas decoraciones que las convirtieron en verdaderas joyas. Sin embargo, en las más historiadas de tales fíbulas, como las de Cavan, Killamery, Kilmainham, etc., no figuran otros adornos ni motivos que los sempiternos dibujos geométricos celtas.

La obra maestra de la orfebrería irlandesa céltica es la famosa fíbula de Tara, descubierta cerca de Drogheda, en el año 1850, prodigiosamente labrada con motivos curvilíneos y concéntricos. Es una joya de gran tamaño que debió servir principalmente como adorno, más que como broche y complemento del vestido. Sus dimensiones, casi diez centímetros de diámetro el anillo, y unos veinte el mango, afilado como una daga, convertían a esas joyas en armas u objetos peligrosos. Una antigua ley irlandesa, que proviene de la época celta, dice que nadie será responsable de daños causados por sus fíbulas, con tal de que éstas no proyecten las agujas fuera del cuerpo.

Hemos de citar, finalmente, dos piezas maestras de la Iglesia céltica irlandesa. Nos referimos al cáliz de Ardagh, descubierto en el año 1868. Está compuesto de trescientas cincuenta y cuatro partes ensambladas, de oro, plata y cobre, con aplicaciones y adornos de ámbar y esmaltes. Parece ser que es más antiguo que el relicario de San Patricio, y denota un estilo céltico puro. En cuanto a la segunda de las aludidas muestras de orfebrería, es la llamada cruz de Cong, de una altura de noventa centímetros y una amplitud —en los brazos de la cruz— de unos cincuenta. Fue ejecutada por Maeljesu Mac Bratdan por encargo del arzobispo de Connaught y no puede considerarse tan plenamente celta como el cáliz. Se notan en ella ciertas influencias escandinavas.

## Los manuscritos de los monjes célticos

El alma céltica trascendió hasta la alta Edad Media por obra de las maravillosas e inimitables miniaturas de los manuscritos, pintadas sobre pergamino. Los monjes irlandeses eran muy inclinados a ilustrar los evangelios y los salmos, y también sus libros de himnos célticos. Fue, aquélla, una Iglesia —ha escrito Stanford Robinson<sup>4</sup>— de poco esfuerzo intelectual y escasa erudición; pero repleta de luminosas visiones de cosas lejanas, premoniciones del porvenir y extraños éxtasis. Es decir, que el genio y la desbocada imaginación de la raza celta predominaban en ella.

Con el mismo apasionamiento y la absoluta entrega con que los pueblos celtas se lanzaban a cualquier empresa guerrera, religiosa o de la vida cotidiana, así emprendieron también la senda del cristianismo. Los cenobios irlandeses fueron lugares de un ascetismo impresionante y enfebrecido. Y llevados por el temperamento andariego de los antiguos celtas, los monjes irlandeses acudieron a infundir nueva savia a los monasterios de la Galia y de Italia. Su espíritu aventurero les llevó también a colonizar islotes y rocas perdidas en el océano —como las islas Arran—, o a la lejana y fría Islandia. Se ha demostrado que los vikingos, al llegar a aquellas tierras entonces desconocidas, cabalgando las olas con sus típicas embarcaciones, se encontraron con una comunidad de monjes celtas irlandeses. Eran trece, como el Maestro y los Apóstoles, todo lo cual dio lugar, probablemente, a la formación de una curiosa leyenda, que siglos después

---

<sup>4</sup> Stanford Robinson: *Celtic Illuminative Art*. 1908.

encandilaría a Colón y a los navegantes españoles: la misteriosa isla de San Brandán.

No cabe duda de que muchas obras maravillosas de los miniaturistas celtas cristianos fueron destruidas por los feroces vikingos, que saquearon Irlanda repetidamente, y que llegaron a tener, en la verde Erín, colonias de cierta importancia y permanencia. Pocas muestras han quedado, por lo tanto, de esta faceta del genio celta. Pero nos bastan, para poder valorar la inspiración de los monjes irlandeses, los celebérrimos libros denominados de Durrow y de Kells, que se conservan casi íntegros en la Biblioteca Nacional de Dublín.

El libro de Durrow procede del monasterio de igual nombre, fundado por san Columbano, y que puede considerarse como el centro neurálgico de toda la Iglesia celta irlandesa, hasta que san Columbano emprendió el camino hacia la isla de Iona, es decir, hacia el exilio.

Son muy interesantes las miniaturas de este famoso libro —en el que se transcriben los cuatro evangelios y una epístola de san Jerónimo, aparte de otros fragmentos—. En una de tales miniaturas, primorosamente trazadas, aparece san Mateo, vestido y tonsurado como un monje celta más. El león de san Marcos y el águila de san Juan, al igual que los restantes adornos e ilustraciones zoomórficas del códice, son claramente celtas, entreverados con ciertas influencias escandinavas.

El pequeño y humilde cenobio de Kells había sido fundado por san Columbano. Cuando en el año 563 el santo marchó desterrado a la isla de Iona, quedaron allí sus fieles discípulos. A principios del siglo IX, los vikingos saquearon el islote y forzaron a los monjes celtas a regresar a Irlanda tras de su abad Cellach. En el intervalo de aquellas fechas debió ser ejecutado el primoroso libro miniado de Kells, punto cenital del arte celta irlandés. Parece increíble que en aquellos azarosos días pudiera ser llevada a cabo una obra de tanto detalle y tanta paciencia. Téngase en cuenta que, en menos de un siglo, la abadía de Kells fue saqueada seis veces por los paganos e implacables vikingos.

La complejidad de los motivos y la riqueza de los dibujos de esta obra incomparable son pasmosos. Los copistas modernos no han podido orientarse en el laberinto de líneas curvas entrecruzadas, tan típicamente célticas. El observador actual queda perplejo ante algunas de sus famosas páginas. Las hojas tetramórficas dan la sensación de algo sobrenatural. Símbolos cristianos y símbolos paganos aparecen confundidos y entremezclados. Las miniaturas coloreadas del famoso folio 200 parecen una premonición de nuevas formas artísticas. Es curiosísimo el Cristo entre los sayones, un Cristo archi-celta, de larga cabellera y enmarañada barba de tonos rojizos.

## La expansión del arte céltico irlandés

Los hagiógrafos dicen que san Columbano, al morir en el año 593, había establecido ya varios monasterios irlandeses en las frías tierras norteñas de Inglaterra, es decir, entre los pictos, pueblos celtas que se mantenían ferozmente independientes de Roma y vivían al otro lado de la muralla edificada por los romanos.

Parece ser que san Columbano y sus monjes, todos ellos inquietos y andariegos como buenos celtas, cruzaron el brazo de mar que separa la isla de Iona de las tierras escocesas y se entregaron a la ardua labor de cristianizar a los rebeldes pictos. La isla de Lindisfarne, en la costa oriental de

Escocia, fue escogida como sede de un cenobio por el monje celta Aidán. Beda el Venerable, que sabía describir las cosas con precisión casi romana, dice que «Lindisfame es lugar que, dos veces al día, queda rodeado por el mar, con marea alta; pero cuando la marea baja, se puede llegar allí a pie enjuto.» En cuanto a la isla de Iona, Beda explica que «pertenece a Bretaña; está dividida de ella sólo por un brazo de mar; pero los pictos de aquellas partes la dieron a monjes celtas que les comunicaron la fe de Cristo».

Lindisfame fue un foco de actividad religiosa y artística. Pijoan dice, muy gráficamente, que «brilló como un faro de cultura céltica». Y que, desde allí, en aquella abrupta costa del norte, «irradiaba luz para toda la Gran Bretaña»<sup>5</sup>.

El códice de los Evangelios de Lindisfame, ejecutado alrededor del año 669 por los monjes celtas que habían llegado desde Irlanda, y dedicado al abat Cutberto, apenas cede en belleza y mérito al libro de Kells. Sus características célticas son indiscutibles. En un principio, los Evangelios de Lindisfame se guardaban en una caja-relicario, a la usanza celta, denominada, como ya hemos dicho anteriormente, *cathrach*.

Si hemos de creer las leyendas irlandesas, que nos han transmitido muchos datos netamente históricos, los piratas vikingos obligaron a los monjes irlandeses, en el último cuarto del siglo IX, a evacuar la isla. En su precipitada huida, los monjes llevaban consigo el *cathrach* o caja de los Evangelios, y el cuerpo de san Cutberto. Durante una tempestad —que ciertas leyendas imputan al santo abad, que era de origen sajón y no quería que sus restos fueran a parar a la Verde Erín—, el *cathrach* cayó al mar. Menos mal que, al bajar la marea, los monjes pudieron encontrarlo intacto y bien conservado. Recordemos que era un rito antiquísimo entre los celtas, practicado por los druidas, el de someter objetos, escritos y toda suerte de cosas «a la prueba del agua».

En los días aciagos de la secularización de los monasterios irlandeses, bajo la férula británica, la caja o *cathrach*, hecha con metales preciosos, desapareció. Y el maravilloso manuscrito fue a parar a la biblioteca particular de lord Cotton, hasta pasar a incrementar, definitivamente, los tesoros del Museo Británico.

La portada de los Evangelios de Lindisfame es realmente inenarrable. Es un universo de líneas curvas y espirales superpuestas y entrelazadas hasta el paroxismo. El estilo céltico, por consiguiente, queda fuera de toda duda, pero los estudiosos han señalado que la presencia de figuras representando los pájaros marinos denominados cormoranes, prueba que el códice fue realizado en aquella isla, en el mismo cenobio que fundara san Aidán, y no en tierras irlandesas. Los cormoranes habitan únicamente en los escollos desnudos del mar del Norte.

La influencia de la cultura celta-cristiana, propagada por los inquietos monjes irlandeses, alcanzó mucho más allá de las tierras británicas. Columbano, al que no hay que confundir con el homónimo san Columbano, pasó al continente, encabezando un reducido pero denodado grupo de monjes, y se estableció en Luxeuil, en la actual Alta Saboya, que formaba parte del reino de los burgundios. Las tradiciones irlandesas nos cuentan que Columbano, como buen celta, era decidido, violento y combativo. Tenía una gran propensión a maldecir.

La regente Brunhilda tuvo sus más y sus menos con los monjes irlandeses y los hizo arrojar de sus dominios. Apresados, fueron conducidos por el río Loira hasta Nantes. Pero una oportuna tempestad les permitió escapar y desandar el camino, internándose hacia el corazón del continente. Por fin, después de muchos avatares, llegaron a las pendientes de los Alpes, en la región donde se asienta, actualmente, el cantón suizo de Saint-Gall.

Allí edificaron un cenobio, rodeados por gentes paganas, de pelo en pecho. San Columbano y

---

<sup>5</sup> Obra citada.

los suyos, que eran celtas hasta el tuétano del hueso, se dedicaron a evangelizar a los bárbaros *manu militari*, cosa que, al parecer, les encantaba. Predicaban enfebrecidos, pegando fuego a cuantos ídolos se les ponían por delante.

Cuando los naturales de la región estuvieron ya bastante «evangelizados», san Columbano dejó al frente del cenobio a su discípulo Ceallach —que es el Saint-Gall de nuestra nomenclatura—, y partió hacia el norte de Italia. En Bobbio, Piamonte, fundó un nuevo monasterio, que pronto adquirió gran fama, y que llegó a ser, según afirman muchos historiadores, el primer centro intelectual de Italia.

En la riquísima biblioteca de Saint-Gall se conservan, hoy día, antiquísimos códices que los monjes celtas se trajeron de la misma Irlanda. Sobre este punto no cabe discusión alguna: las figuras miniadas —apóstoles y evangelistas— son rubios, de tez clara, y suelen ir vestidos a la usanza céltica. Algunos lucen los *plaids* escoceses, mantos con cuadros y franjas, que no son otra cosa que los viejos tartanes de los celtas.

En aquellas tierras de la actual Suiza, los monjes de san Columbano debieron causar honda impresión, como seres venidos de un mundo exótico. Vestían a la manera celta e iban tonsurados, no en forma de corona, sino hasta la mitad de la cabeza. A mayor abundamiento, sus maneras arrogantes y autoritarias les distinguían del clero cristiano. Las cartas al Papa de san Columbano contienen de todo menos humildad y sumisión. Los celtas nunca fueron gentes que se dejaran avasallar. Las tradiciones alemanas hablan de un tal Adalberto, monje celta, entreverado de místico y nigromante, que perdonaba los pecados sin confesión alguna. Sostenía, airadamente, que todo lo oculto le era revelado. Y hay numerosos testimonios de que gustaba de convocar a los fieles en lo más profundo de los bosques, para adorar a Cristo con mayor fe que en los templos. ¿Acaso los druidas no hacían algo semejante? Y otro monje irlandés juraba y perjuraba que no existían los antípodas, increpando a san Agustín, que se había permitido mencionarlos.

La zona de expansión, por Europa, de los monjes irlandeses, no está bien definida. Influyeron grandemente en la Francia merovingia, y penetraron en Alemania; pero se ignora si llegaron hasta el Midi francés. Y no se encuentran vestigios de que hubieran alcanzado la Península Ibérica.

Sin embargo, el excesivo ímpetu y la enorme expansión de los monjes irlandeses les restó cohesión y tuvieron que acabar sometidos a la autoridad de la Iglesia romana. Les sucedió lo mismo que a los galos en su lucha contra César y a todos los pueblos celtas en general. Excesivamente individualistas, sin una autoridad central aglutinante y directiva, acabaron por sucumbir frente a las sociedades organizadas. Es muy curioso y sintomático que, aún en nuestros días, los emigrantes irlandeses pululan por todo el mundo, sin preponderar en parte alguna. El alma céltica ha persistido, a través de los siglos, con todas sus grandezas y servidumbres.

Digamos, para terminar, que los manuscritos de Bobbio—el cenobio fundado por san Columbano en el norte de Italia—, y que se guardan en la Biblioteca Nacional de Turín, presentan algunas particularidades asombrosas. Jesucristo y los doce apóstoles, representados en las miniaturas de dichos códices, tienen un aspecto celta abrumador. Podría creerse que son irlandeses de nuestra época. Todos ellos van con la cara afeitada, o imberbe, y llena de pecas.



## CRONOLOGÍA

### *Antes de Cristo*

- 1600 a 1300 (aproximadamente). Cultura protocéltica de los túmulos, en Alemania.
- 1200 (aprox.). Cultura de los campos de urnas. (Urnenfelder.)
- 1200 (aprox.). Los celtas asentados en la Europa central.
- 1100 (aprox.). Los celtas en Gran Bretaña.
- 900 (aprox.). Los celtas llegan a las Galias.
- 800 a 700 (aprox.). Apogeo de la cultura de Hallstatt.
- 800 (aprox.). Pueblos célticos comienzan a penetrar en la Península Ibérica, por el Pirineo, en oleadas, según ciertos autores; en continuo fluir, según otros.
- 700 (aprox.). Los celtas alcanzan el corazón de la Península Ibérica.
- 600 (aprox.). Otra oleada céltica trae a la Península la cerámica decorada,
- 600 (aprox.). Se instalan en España las tribus célticas de los sefes, lugones y vetones.
- 500 Cultura de La Tène, de los celtas. (Primer período.)
- 500 Algunos grupos célticos procedentes de las Galias, galli, se instalan en la ribera derecha del Ebro.
- 425 Los celtas en la Galia Transalpina.
- 400 (aprox.). Se inician nuevas migraciones de los celtas.
- 390 Batalla de Alia, en la que los galos derrotan a los romanos.  
Los senones, mandados por Brenno, penetran en la ciudad de Roma y la destruyen parcialmente.
- 359 Los celtas derrotan al rey Pérdicas II, hermano de Filipo de Macedonia.
- 350 Los grupos célticos han ocupado gran parte de la Península Ibérica, derivando hacia la Meseta, y luego hasta Portugal y Galicia.
- 348 Nueva invasión de los galos en el Lacio.

- 342 Los romanos rechazan a los galos.
- 324 Las tribus celtas del norte de Macedonia envían una embajada extraordinaria a Alejandro Magno.
- 300 (aprox.). Los grupos célticos derivan hacia Asia Menor y se establecen en la antigua Frigia, que toma el nombre de Galacia.
- 300 Cultura de La Tène, de los celtas. (Segundo período.)
- 299 Nueva invasión de Italia por los galos.
- 298 Las tribus célticas del Danubio, reforzadas por la llegada de grupos boios, entran en Bulgaria y Tracia.
- 295 Derrota de los galos y de los sabinos.
- 279 Una oleada céltica saquea la Grecia septentrional. Muere, en lucha contra ellos, el rey Ptolomeo Cerauno de Macedonia.  
Los galos saquean el santuario de Apolo, en Delfos.
- 277 Antígono Gonatas expulsa a los celtas de Macedonia.
- 250 (aprox.). Los boios se afianzan en Bohemia.  
Los voleos, del sur de Alemania, llegan hasta la Provenza. El territorio de los voleos es ocupado por los helvecios.
- 250 (aprox.) Los celtas gálatas son vencidos por el rey de Siria, Antíoco Soter.
- 250 Nueva migración de las tribus célticas del valle del Sena, hacia las Islas Británicas.
- 233 Guerras de los galos en el norte de Italia.
- 230 Atalo I, rey de Pérgamo, rechaza a los gálatas.
- 225 Victoria de los romanos sobre los galos.
- 197 Las exacciones romanas en España provocan una insurrección de las tribus celtíberas de la Meseta española.
- 193 Los vetones, los vacceos y los lusitanos prestan ayuda a los numantinos contra el cónsul Catón.
- 189 y 188 Roma declara la guerra a los gálatas y envía contra ellos al cónsul Manlio Vulso.
- 186 Los gálatas, actuando como mercenarios de Ptolomeo III de Egipto, toman parte en una expedición contra los macabeos de Judea.
- 186 El pretor Tiberio Sempronio Graco vence a las tribus celtibéricas al pie del Moncayo.
- 178 El pretor Graco firma la paz con las poblaciones celtíberas de la Meseta española y funda la ciudad de Grachurris (Alfaro), a orillas del Ebro.
- 154 Sublevación general de los celtíberos contra Roma.
- 153 Los celtíberos y los numantinos derrotan totalmente al cónsul Nobilior.
- 152-151 El cónsul Claudio Marcelo hace la paz con los celtíberos.
- 150 Primera entrada de los germanos en las Galias
- 141-140 Los cónsules Cecilio Métego y Quinto Pompeyo fracasan rotundamente ante Numancia.
- 138 Derrota del cónsul Popilio Lenas ante Numancia.
- 137 El cónsul Emilio Lépedo fracasa ante los celtíberos y los vacceos.
- 134 Llega a España el cónsul Publio Emilio Escipión.
- 133 Numancia es destruida por los romanos.
- 125 Los romanos inician la conquista de la Galia meridional.
- 120 Los teutones y los cimbrios comienzan a migrar hacia el sur y centro de Europa, partiendo de Jutlandia.
- 113 Los celtas helvecios se establecen definitivamente en Suiza.
- 107 a 105 Los teutones y los cimbrios, agrupados, derrotan a los ejércitos romanos de Cassio

- Longino y Cneo Mallio. Se produce en Roma el llamado «pánico de los cimbrios».
- 103 Los celtíberos hacen frente a los cimbrios y les cierran la entrada en la Península. 102 El general romano Mario destroza a los cimbrios en Aquae Sextae (Aix-en-Provence). 101 Las legiones de Mario, junto con las del cónsul Cátulo vencen nuevamente a los cimbrios en Vercellae. 100 Cultura celta de La Tène. (Tercer período.)
- 82 Sila funda la provincia de la Galia Cisalpina.
- 61 Los germanos invaden la Galia.
- 58 Comienzo de las campañas de Julio César en las Galias.
- 58 Derrota de los helvecios y su jefe Ariovisto.
- 57 Campaña de César contra los belgas sublevados.
- 57 César y su lugarteniente Craso dirigen una campaña contra las tribus de la región armoricana (Bretaña).
- 56-55 César se dirige a los Alpes para combatir a los vénetos. Los romanos cruzan el Rin para atacar a los germanos.
- 55 César desembarca en la Gran Bretaña, sin resultado alguno.
- 54 La tribu belga de los eburones se subleva contra César y le pone en gran aprieto.
- 53-52 Rebelión general de las Galias, acaudillada por el joven Vercingetórix. César es vencido por los galos cerca de Clermont-Ferrand.
- 52 Se rinde a Julio César el reducto galo de Alesia. Vercingetórix se entrega a los romanos.
- 42 La Galia es anexionada a Italia.
- 16 División de la Galia en provincias. .
- 13 Druso reprime un levantamiento de los galos.

### *Después de Cristo*

- 21 Levantamiento de los galos. 43 Se completa la conquista de Bretaña por los romanos.
- 44 Muere Burebistas, rey de Dacia, iniciándose la disgregación de su enorme reino. 46 Se convierte el Danubio en frontera militar fortificada del Imperio romano.
- 60-61 Los celtas bretones se sublevan contra Roma y son exterminados.
- 68 Revuelta de Vindex, general romano gobernador de la provincia lionesa.
- 78 Julio Agrícola, gobernador de Gran Bretaña. 82 Durante el gobierno de Agrícola se romaniza Britania.
- 86 Se inicia la construcción de una línea defensiva fortificada, en Escocia, entre el Clyde y el estuario de Firth of Forth.
- 122 Adriano ordena seguir la construcción de la muralla de Britania.
- 143 Bajo Antonino Pió se termina la construcción de la muralla.
- 208 Campaña de Septimio Severo en Bretaña.
- 250 Los francos penetran en la Galia por el bajo Rin.
- 287 Bretaña, reino independiente bajo Carausio.
- 293 Derrota de Carausio.
- 306 Los pictos, del norte de Escocia, llegan a Londres.
- 368 Teodosio el Viejo pacifica la Bretaña romana.
- 400 (aprox.). Grupos de sajones germánicos llegan a las Islas Británicas. Se inicia una migración de las tribus célticas —britones, dumnonos y cornovernos— hacia la península armoricana. (Bretaña).

407 Las legiones romanas se retiran de Bretaña.

432 San Patricio llega a Irlanda.

445 San Patricio es nombrado arzobispo de Armagh.

563 San Columbano marcha desterrado a la isla de Iona.

593 Al morir, san Columbano deja establecidos varios monasterios irlandeses en el norte de Escocia, entre los pueblos pictos.

## ÍNDICE

1. LOS PUEBLOS CELTAS HACEN SU APARICIÓN EN LA HISTORIA.....	4
El enigma de los celtas .....	5
El origen de los celtas.....	7
La cultura de los túmulos .....	8
Los campos de urnas .....	10
Las tribus célticas en la época de la cultura Hallstatt.....	14
Los grandes movimientos de los celtas hacia Occidente.....	15
2. LA CULTURA DE LA TÈNE .....	19
La Tène.....	20
Las espadas y los cascos celtas.....	21
Los escudos decorados de los celtas.....	25
Los adornos de los dioses celtas.....	27
La cerámica celta, los esmaltes de La Tène.....	28
3. VIDA Y COSTUMBRES DE LOS PUEBLOS CÉLTICOS.....	30
Las literaturas célticas como fuente de datos .....	31
La sociedad céltica y sus instituciones .....	32
Carácter y costumbres de los celtas.....	35
Economía y vida cotidiana .....	39
Las ceremonias fúnebres .....	41
4. LOS CELTAS EN ESPAÑA.....	42
Los celtas cruzan los Pirineos.....	43
La entrada masiva de los celtas .....	45
Los celtas en Cantabria y en Galicia .....	46
Los celtíberos.....	48
La cultura de los castros .....	51
Numancia.....	54
Las guerras numantinas .....	58

5. RELIGIÓN Y MITOLOGÍA CÉLTICAS.....	65
El culto de la naturaleza por los celtas .....	66
Los dioses célticos.....	67
La religión céltica.....	69
6. LOS DRUIDAS.....	74
La casta de los druidas.....	75
Sacerdotes, jueces y profetas .....	76
El gran sacrificio del muérdago.....	77
Jerarquías, templos, creencias .....	79
La tenebrosa leyenda de los druidas.....	81
El fin del druidismo y su extraña proyección.....	83
7. LA GRAN EPOPEYA .....	86
Los galos.....	87
La gran marcha céltica hacia el este de Europa y Asia Menor.....	89
Los celtas vuelven a cruzar el canal .....	94
Julio César y los galos .....	96
Vercingetórix .....	99
El fin del mundo céltico .....	103
8. IRLANDA, TIERRA CÉLTICA.....	106
La huella céltica en Irlanda.....	107
Las cruces altas irlandesas.....	108
Los manuscritos de los monjes célticos.....	109
La expansión del arte céltico irlandés .....	110
CRONOLOGÍA.....	113